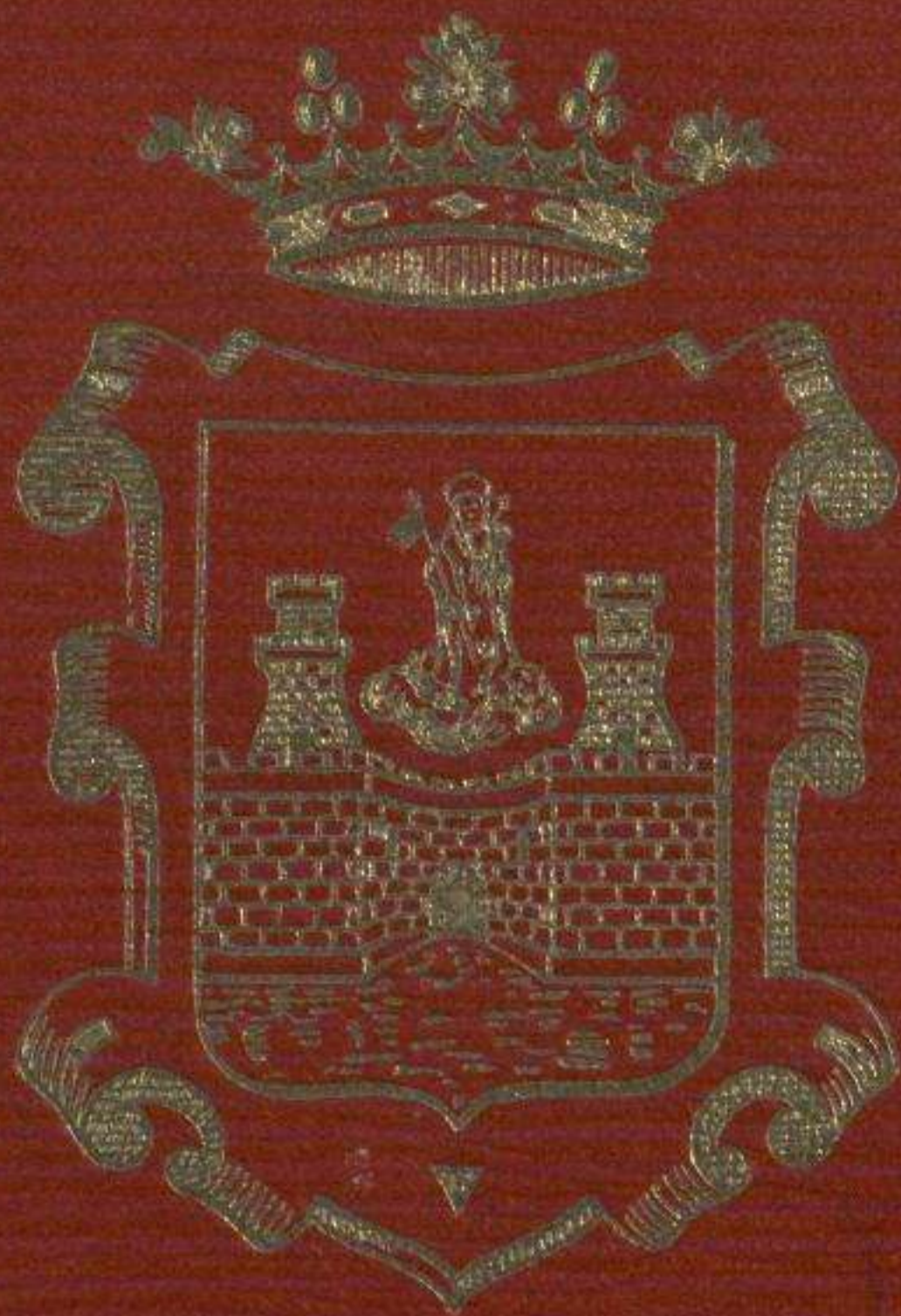


Ayuntamiento de Trujillo.



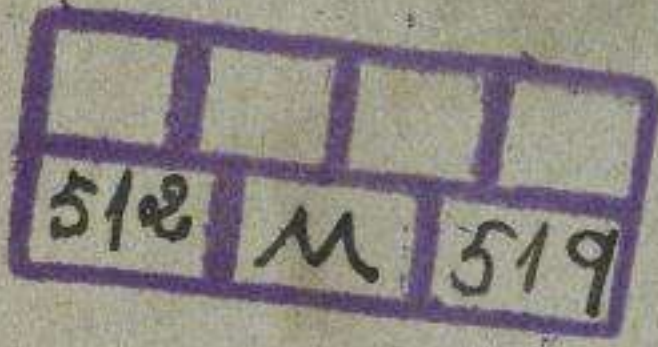
Concurso Literario

≡ con motivo de la ≡  
inauguración de la estatua de

≡ Francisco Pizarro ≡

1927

regalo de D.

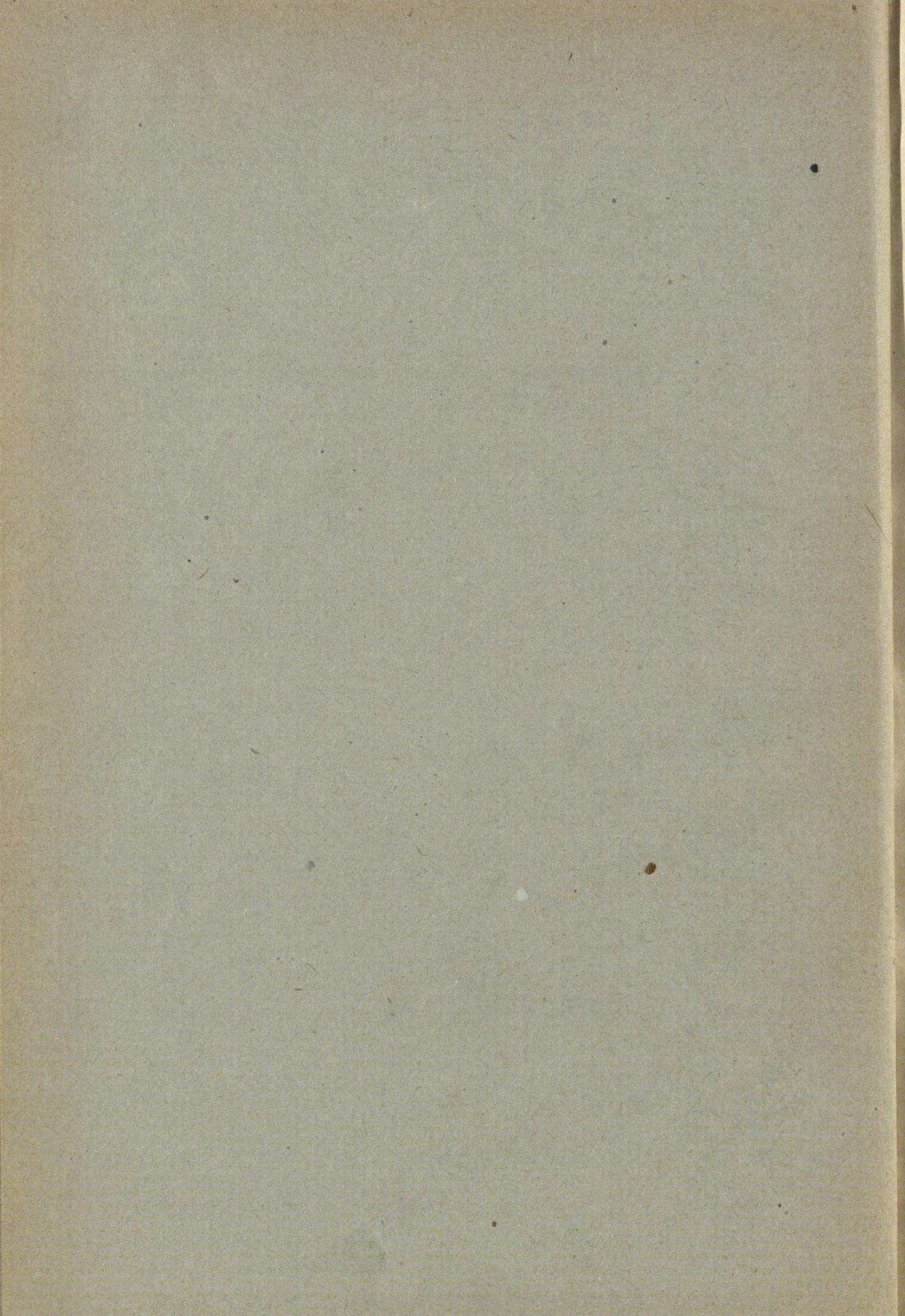


Zosi Alvarez

1774



R.E. 519



2

5/50

Tit. 58812

Cod. 1065402

2  
5150

# CONCURSO LITERARIO DE TRUJILLO

ORGANIZADO POR LA COMISION DE FIESTAS PARA SO-  
LEMNIZAR LA INAUGURACION DEL MONUMENTO A  
PIZARRO, LEVANTADO EN ESTA CIUDAD POR  
LA DAMA NORTEAMERICANA MARIA  
JARRIMAN, VIUDA DE CAR-  
LOS RUMSEY



TRUJILLO  
TIP. DE SOBRINO DE BENITO PEÑA

—  
1928

512	u	519	



# Inauguración oficial del Monumento a Pizarro

---

## CONCURSO LITERARIO

*Para solemnizar la inauguración del Monumento a Pizarro, que en la típica plaza de Trujillo se levanta a expensas de una dama americana, amante y admiradora de la raza española, la Comisión designada por la Junta de Vecinos y fuerzas vivas de la Ciudad, ha organizado un "CONCURSO LITERARIO" que sirva de estímulo a la intelectualidad en general, y muy especialmente a la extremeña, al mismo tiempo que enaltezca la figura del trujillano insigne, cuya labor, después de cuatro siglos constantemente falseada y calumniada, ha resistido las mordeduras de la crítica parcial, presentándose hoy, por escritores americanos, tal cual fué la actuación meritísima del Conquistador y Colonizador del Perú, gloria de Extremadura y orgullo de Trujillo, que forma, con Hernán Cortés y Vasco Núñez de Balboa, la Trinidad heroica y honorable que, salida de los campos extremeños, cruzó el Atlántico para llevar al Nuevo Mundo la sangre y la civilización españolas, gérmenes de las Repúblicas Hispano-Americanas, hoy tan florecientes y unidas a la madre común por estrechos lazos espirituales.*

LA COMISION

Trujillo, 10 de agosto 1927.



# Temas para el Concurso

No queriendo los organizadores excluir del Concurso la concurrencia al mismo de ningún amante de las letras, tanto en literatura, propiamente dicha, como en lo que pudiera llamarse parte poética o amantes de la versificación, se ha dividido el Concurso en dos partes: una con tres temas en prosa, y otra con otros tres en verso.

## PRIMERA PARTE

### TRABAJOS EN PROSA

TEMA PRIMERO.—Estudio biográfico de PIZARRO, desde su nacimiento hasta que concertó, con Almagro y Luque, la exploración y conquista del Perú. Dotes de PIZARRO como guerrero y diplomático.

*Premio.*—Un Diploma de Honor, del Jurado calificador, y 500 pesetas del Excmo. Ayuntamiento.

TEMA SEGUNDO.—Ideales que impulsaron a PIZARRO a la Conquista y Colonización del Perú. Labor colonizadora que llevó a cabo en aquel imperio. Falsa leyenda de que fuera un porquerizo ni un aventurero. Justificación adecuada.

*Premio.*—Igual al del tema primero.

TEMA TERCERO.—Importancia de Trujillo en la Edad Media y posición preeminente que tuvo entre otras ciudades españolas, en el descubrimiento y colonización de América. Estudio histórico de los hombres naturales de Trujillo que acompañaron a PIZARRO en la conquista y colonización del Perú, y de los trujillanos ilustres que brillaron en las letras, las ciencias y las artes en los siglos XV al XVII.

*Premio.*—Igual al de los temas primero y segundo.

## SEGUNDA PARTE

### TRABAJOS EN VERSO

TEMA PRIMERO.—Composición poética, con libertad de asunto y metro, dedicada a PIZARRO.

TEMA SEGUNDO.—Composición poética, con libertad de asunto y metro, dedicada a la señora viuda de Carlos Rumsey, donante de la estatua de PIZARRO al pueblo de Trujillo.

TEMA SEGUNDO.—Composición poética, con libertad de asunto y metro, dedicada a la ciudad de Trujillo.

*Premios.*—Para cada una de las poesías de esta segunda parte del Concurso, el Jurado dedica, como premio, un Diploma de Honor y 250 pesetas el Excmo. Ayuntamiento, también por cada una de las poesías premiadas.

### JURADO CALIFICADOR

El Jurado que ha de calificar los trabajos y adjudicar los premios lo constituyen representaciones del Excmo. Ayuntamiento, de los Centros culturales legalmente establecidos en Trujillo y de la Comisión organizadora, en la forma siguiente:

Por el Excmo. Ayuntamiento: El Alcalde, *D. José Núñez Secos*, licenciado en Derecho, que presidirá el Jurado.

Por el Colegio de Santiago y Santa Margarita: *R. P. Juan María Urquiola* (Agustino).

Por el Colegio-Academia de la Purísima Concepción: *Don Ramón Escalada*, licenciado en Filosofía y Letras.

Por la Comisión organizadora: *D. Juan Tena*, Presbítero, autor del libro *Divulgación histórica Francisco Pizarro*; *D. Fernando Civantos*, Maestro nacional, y *D. Juan Terrones*, licenciado en Derecho.

## Relación de los trabajos que han concurrido a este Certamen, por el orden de su recepción

### A LA PARTE PRIMERA

1. *Labor.*
2. *Figuras de gesta.* (Accesit.)
3. *38 L., 39 M.*
4. *Trujillo, cuna de conquistadores.*
5. *Dios no muere.*
6. *Cuna de exploradores.*
7. *Estos eran los hombres de mi amada tierra.*
8. *Bajo el arco de Fernán.* (Premio.)
9. *Extremadura, patria de sabios, de héroes y de artistas.*
10. *A mi madre y a Trujillo* (Premio.)
11. *Trujillo, patria chica de grandes hombres.*
12. *Blasón de hidalguía.*
13. *Atahualpa.*
14. *Dios, Religión y Monarquía.*
15. *Los grandes hombres son siempre motivo de orgullo para sus conciudadanos.*
16. *Mucho hay maravilloso.*
17. *Siempre mi espada venciera.*
18. *Inca Silu.* (Premio.)
19. *El héroe de Trujillo.*
20. *Gloria a Pizarro.*
21. *Primus.*
22. *Pizarro inventa et pacata.*

### A LA PARTE SEGUNDA

1. *Yo soy Don Quijote.*
2. *Plato del día.*
3. *De corte clásico.*
4. *Castra Julia.*
5. *Por la Religión y por la Patria.*
6. *Apurimac.*
7. *Hispania victrix.* (Accesit.)
8. *Aventura.*
9. *España heroica.*
10. *Nicarao.*
11. *Eternos lazos.*
12. *Sangre española.*
13. *¡Si hablara Tumbes!*
14. *Gratitud.*
15. *Luz de antaño.*
16. *Resurrexit.*
17. *Perdonen; no hay máquina.*
18. *Alabemos a los varones gloriosos.*
19. *Madre e hija.*
20. *Gloria.* (Premio.)
21. *Fons gloriae.*
22. *Cacique argentino.*
23. *Lux.*
24. *Pro patria et juventutem.*
25. *Altamirano.*
26. *Luz, más luz.*
27. *Ni fu ni fa.*
28. *Trujillo, cuna de hidalgos.*
29. *Trujillo, cuna de hidalgos.*
30. *Gratitud.*
31. *Javier Frías.*
32. *Turris Julia (?).*
33. *Alea jacta est.*
34. *Viva España.*
35. *Viva España y viva el Perú.*
36. *Julianillo Valcárcel.*
37. *Marcha triunfal.*
38. *De la heredada historia.*
39. *Corazón de mujer.*
40. *Era un jardinero...*
41. *Pizarro y la Virgen de Trujillo.*
42. *Petrarca, Echegaray, Romeo, Ulises.*

- |  |  |
|--|--|
| 43. <i>De la epopeya.</i>  | 50. <i>Gratitud.</i>                                     |
| 44. <i>Fiat Lux.</i>   | 51. <i>Hosana, Scalavis.</i>                             |
| 45. <i>Sirvió a su patria.</i>   | 52. <i>Dios, Pizarro y su nación.</i>                    |
| 46. <i>Dios, Religión y Monarquía.</i>                                     | 53. <i>Más vale volando.</i>                             |
| 47. <i>Dios, Religión y Monarquía.</i>                                     | 54. <i>Gentileza.</i>                                    |
| 48. <i>Un poeta español cuenta a<br/>Mari Rumsey lo que es<br/>España.</i> | 55. <i>Siempre justicia, pero siem-<br/>pre equidad.</i> |
| 49. <i>España-América.</i>   | 56. <i>In memoriam tuam. (Premio.)</i>                   |
|  | 57. <i>De jure.</i>                                      |

## Fallo del Jurado

En la ciudad de Trujillo, a diez y seis de octubre de mil novecientos veintisiete, reunido en el Palacio Municipal el Jurado calificador de este Concurso, declara: Que habiendo hecho un minucioso examen de los *setenta y nueve* trabajos presentados, veintidós de los cuales pertenecen a la primera parte y cincuenta y siete a la segunda, resultan ser los mejores, a su juicio, aquellos cuyos números y lemas se expresan en la relación adjunta, a los que se les adjudican los premios respectivos. Después de otorgados, se ha procedido a abrir las plicas correspondientes, resultando ser autores de los respectivos trabajos los señores que se consignan en la relación que se acompaña.

Y para que conste y se comuniqué el resultado a la Comisión organizadora de las fiestas de la Inauguración del Monumento, extendemos la presente acta, con lo que damos por concluso el encargo que se nos hiciera, felicitando a los autores que resultaron premiados y dando a todos las más expresivas gracias, porque con su concurrencia han dado a este número del programa de fiestas, quizás el de más interés y atractivo, todo el realce que debía tener, ha tenido hasta ahora y tendrá, Dios mediante, en la fiesta cultural que se prepara.

## Relación de trabajos premiados y sus autores

### PRIMERA PARTE

TEMA PRIMERO.— *Premio:* Al trabajo número 18. Lema: “Inca Silu”. Autor, D. Luis Hernández Alfonso. Divino Pastor, 9 duplicado, primero, Madrid.

TEMA SEGUNDO.— *Premio:* Al trabajo número 10. Lema: “A mi madre y a Trujillo”. Autor, D. Fermín Corredor Lebrón. Peñón, 28, tienda, Madrid.

TEMA TERCERO.— *Premio:* Al trabajo número 8. Lema: “Bajo el arco de Fernán”. Autor, D. José García Morgado. San Ildefonso, 2, Plasencia.

### SEGUNDA PARTE

TEMA PRIMERO.— *Premio:* A la poesía número 20. Lema: “Gloria”. Autor, R. P. Conrado Rodríguez, Agustino, Real Monasterio de El Escorial.

TEMA SEGUNDO.— *Premio:* A la poesía número 56. Lema: “In memoriam tuam”. Autor, D. Ricardo G. Salavert, Académico de honor de la Real Academia Hispano-Americana de Ciencias y Artes, Plegadero, 24, segundo, Toledo.

TEMA TERCERO.— El premio correspondiente a este tema se declara desierto, por no encontrar el Jurado méritos suficientes para otorgarlo a ninguna de las diez poesías que concursan a él.

### ACCESIT PARA LOS TRABAJOS DE LA PRIMERA PARTE

Al trabajo número 2. Lema: “Figuras de Gesta”. Autor, D. José Blázquez Marcos, Archivero de la Diputación provincial. Cáceres.

## ACCESIT PARA LOS TRABAJOS DE LA SEGUNDA PARTE

A la poesía número 7. Lema, "Hispania victrix". Autor, Fray Juan Gil Prieto. Real Monasterio de El Escorial.

NOTA.—Aunque en el Concurso no estaban anunciados más que seis premios para los seis temas propuestos, habiendo considerado el Jurado dignos de distinción los dos trabajos que figuran con accésit, acordó dedicar 250 pesetas como premio al accésit de la primera parte y 125 pesetas al de la segunda, cantidades sacadas de los fondos destinados para este Concurso por el Excmo. Ayuntamiento.

Trujillo, fecha ut supra.

*José Núñez.—P. Juan Urquiola, O. S. A.—Ramón Escalada Hernández.—Juan Tena Fernández.—Fernando Civantos.—Juan Terrones.*



# PARTE PRIMERA

---

## TEMA PRIMERO

PREMIO: Al trabajo número 18. Lema «INCA SILU». Autor, don Luis Hernández Alfonso, Divino Pastor, 9 dup., 1.º. Madrid.

## SUMARIO

---

### A MANERA DE PRÓLOGO

- CAPÍTULO I.—Francisco Pizarro.  
— II.—Los Españoles y América.  
— III.—Pizarro en América.  
— IV.—Pizarro, Guerrero.  
— V.—Pizarro, Diplomático.  
— VI.—La Obra de Pizarro.  
— VII.—América Española.



## A MANERA DE PROLOGO

Al comenzar la ardua tarea de exponer de manera breve la historia de un hombre, siempre nos acomete el temor de no reflejar en nuestra obra el heterogéneo conjunto de circunstancias que basten para interpretar rectamente su conducta. Y esto, que ocurre de ordinario, se acentúa cuando la biografía es la de un hombre excepcional, casta de héroes, cuyo nombre tanto dice en la Historia de la Humanidad.

Preciso es, para la más acertada consecución de nuestro deseo, examinar someramente el ambiente que rodeó a Pizarro desde su nacimiento, el estado de España en cuanto a su organización interna y sus relaciones con el exterior.

Es indudable que el descubrimiento de América, obra eminentemente española, lograda a sus expensas, sellada con su sangre, colocó a nuestra patria en lugar privilegiado de la política mundial. La raza hispana, siempre rebosante de ansias, de entusiasmo y de valor, halló en el Nuevo Continente amplios horizontes y perspectivas infinitas.

Cierto que era móvil de gran parte de las hazañas el deseo de reunir riquezas fabulosas; pero no lo es menos que, puestos frente al peligro, los cachorros del león latino jamás cejaron en su empeño hasta salir victoriosos sobre la Naturaleza, hosca y rebelde, y sobre los hombres, más rebeldes y hoscos aún.

“Los exploradores españoles de ambas Américas—escribe el historiador norteamericano Lummis—constituyeron la

más amplia, grande y maravillosa serie de valientes proezas que registra la Historia.”

La época fué, para el mundo entero, propicia a las revelaciones y a los grandes hechos.

Mucho se ha discutido la veracidad de los orígenes atribuidos a Francisco Pizarro; pues bien, si a ello no nos obligara el propósito que nos guía, desdeñaríamos ese cuidado porque no lo consideramos fundamental. Fuera noble o plebeyo, capitán precoz o guardador de puercos, nada se quita ni añade al valor de las hazañas que le hicieron inmortal. Por el contrario, hoy que conocemos la negligencia absoluta que rodeó su camino al comenzar la vida, hemos de admirar más aún al héroe que supo autoeducarse. Abandonado a sus propios esfuerzos, con el estímulo de lograr fama y riquezas, él, como tantos otros, se lanzó hacia lo desconocido. Y como en algo se demuestra el temple de las almas, él triunfó donde otros fracasaron. Esta es la gran labor de selección de la vida.

Pecaríamos de injustos si pretendiéramos presentar el ejemplo de Pizarro como único. Contemporáneos suyos fueron hombres de relevantes méritos; unos, como Hernando Cortés y Vasco Núñez de Balboa, alcanzaron el honor de ser tenidos con razón por héroes gloriosos, y otros, como Andagoya, Baturto, Las Casas, Almagro, Cabeza de Vaca, Orellana, Mendoza, etc., si no brillan tanto en las áureas páginas de la Historia de América, son también dignos de perpetuarse en la memoria de los hombres, pese a los defectos y malas pasiones que, como a seres humanos que eran, les restaron méritos, de los que no anduvieron escasos.

Así, como el correr de los siglos da apariencia de fantasía a muchas de las hazañas de las que no es posible dudar, porque poseemos testimonios irrefutables, también, conforme se desentraña la causa íntima de los sucesos, desapasionadamente, curadas ya las heridas y sofocados los partidismos, se dibuja claramente el contorno concreto y seguro de aquella magna empresa, acometida y realizada por unos centenares de solda-

dos rudos, venidos muchos de ellos de tierras que jamás sintieron la caricia del mar, dócil y apacible en la bonanza y alborotado y pujante en el temporal.

Propio de hombres es abrigar ideales santos y sentir espolazos de las pasiones. Alguien ha dicho que el equilibrio absoluto sólo se halla en las medianías; y si el hombre fuera perfecto dejaría de ser hombre...

“Podemos confiar—dice D. Rafael Altamira—en que la total historia de nuestra colonización arroja mayor saldo en beneficio que en perjuicio nuestro, absolutamente consideradas las cosas, y más aún si se compara aquélla con otras colonizaciones anteriores al siglo XIX y aun con algunas del XIX y del XX, v. g., la holandesa en Batavia... y no pocas de las africanas” (Prólogo a la obra de Lummis).

Finalmente conviene que, para no extremar la severidad ante la conducta de los héroes españoles en los tiempos de la conquista de América, no olvidemos las intrigas y desconfianzas en que solían tener su base las relaciones entre la Corona y sus súbditos, y aun de éstos entre sí. Hombres eran aquellos “que afirmaban hoy lo que negaban mañana”, dice Ortega y Rubio, muy atinadamente, a nuestro juicio; y siendo esto así, no ha de extrañarnos que, habituados todos a esta conducta, los reyes y sus consejeros procediesen solapadamente, dando lugar a contingencias desagradables y a menudo furestas.

Durante el reinado de los Reyes Católicos mejoró algo esta situación; pero recordemos que el mismo Fernando V no se distinguió por su buena fe y claridad, ya que el propio Zurita, en sus Anales, dice, refiriéndose a este soberano, “que no guardaba la verdad y fe que prometía y que se anteponía siempre y sobrepujaba el respeto de su propia utilidad a lo que era justo y honesto”.

Fué en esta época cuando Francisco Pizarro realizó gran parte de su magna epopeya, y fué él (y aun fueron sus adversarios) víctimas de ese terrible mal que tan nefastas consecuencias produjo. Con esto salimos al paso a las censuras acres y

exageradas que sobre Pizarro y sobre Almagro hicieron caer historiadores y comentaristas que juzgaron los hechos de hace cuatro siglos con el mismo criterio que juzgarían los de hoy.

## I

### FRANCISCO PIZARRO

Cábele a la muy noble y leal ciudad de Trujillo el honor de ser patria de Francisco Pizarro. Los historiadores mejor documentados han podido comprobar que esta es la verdadera cuna del gran conquistador del Perú, quedando ya desechadas algunas afirmaciones gratuitas que atribuían a La Zarza (Conquista) esta honra.

Vese, en efecto, en el conocido "Poema Panegírico de la Fundación de Lima", de Valdés, un pasaje que dice: "La Zarza es un lugar de Extremadura, donde nació y se crió Francisco Pizarro, conquistador del Perú." Este error sólo puede explicarse por el hecho de que en La Zarza pasó Pizarro su infancia y su juventud, circunstancia que se presta a confusiones.

Trujillo, hoy sombra de lo que fué, tiene un origen remotísimo. Denomináronla Turgalium y Turgulium los romanos, Turguela los visigodos y Turgela o Trujela los moros, de donde se ha derivado su nombre actual. La marcha de la Historia ha hecho que la ciudad que al ser arrancada a los mahometanos por caballeros santiagueses y calatravos, en el reinado de Fernando el Santo, ejerciera hegemonía sobre toda la Extremadura, sea hoy dependiente de Cáceres, población ésta que antes fuera su subordinada. Pero poco importa, ante los siglos, esta anomalía. Allí, en aquellas vetustas casas, hoy en ruinas, palpité una raza pujante y leal, cuyos blasones aún desafían al tiempo y aún lo vencen.

Parece ya también suficientemente comprobado que Francisco Pizarro fué hijo habido por el capitán D. Gonzalo Piza-

rrero “el romano” sin vínculo legal, en Francisca (según otro, Teresa) González, perteneciente ésta a familia acomodada del campo extremeño, y, a la sazón, sirviente en el convento o monasterio de San Francisco el Real, donde sólo había monjas (ferilas) pertenecientes a la más rancia nobleza castellana.

Don Gonzalo Pizarro era descendiente de caballeros asturianos que colaboraron con Pelayo en la obra de la reconquista. Así permiten suponerlo, aparte de la tradición, los cuarteles de su escudo (pino en campo de plata y dos osos). El ascendiente más antiguo de quien se tienen noticias concretas es Gonzalo Sánchez Pizarro, que vivió a fines del siglo XIII.

Don Gonzalo Pizarro, padre del conquistador y conocido por el sobrenombre de “el romano”, a causa de haber hecho servicio de guarnición en la Ciudad Eterna, peleó en los ejércitos españoles bajo el cielo de Italia y de Flandes. No faltan historiadores que afirmen que murió en el sitio de Amaya, pero es lo cierto que allí sólo sufrió una herida por la que perdió un ojo. Murió en 31 de agosto de 1522, a los setenta y seis años de edad, siendo coronel en Pamplona, donde se le enterró en el convento de San Francisco, como lo acredita una lápida que con su blasón hay en dicho templo.

Francisco Pizarro, al nacer (según Acedo en 16 de marzo de 1468; según otros autores, en 1470), fué depositado a la puerta del monasterio de San Francisco el Real, quizás por mano de Inés Alonso, “la barragana”, a cuya casa acudió muy probablemente Francisca González a dar a luz. Esto parece confirmar el hecho de que, sesenta años después, “la barragana” declarase “que le vido nacer e que fue público y notorio que dicho Francisco Pizarro es hijo de D. Gonzalo Pizarro, ya difunto e de la dicha Francisca González... que conoció a la madre de la dicha Francisca González la cual se llamaba María Alonso”.

Es verdaderamente extraña la coincidencia existente entre esta historia y la de D. Diego de Almagro, el que, andando el tiempo, llegó a ser rival de Pizarro, y que fué, como éste,

abandonado, apenas nacido, a la puerta de la iglesia de Malagón, ignorándose su linaje.

Han pretendido algunos historiadores que Pizarro fué amamantado por *una puerca*. Esta hipótesis es inverosímil. Ni la lógica ni los datos que poseemos nos permiten aceptarla. ¿Es digna de crédito esa especie que supone que no hubiera en toda Trujillo y su comarca, habitada por cristianos viejos, una mujer que por caridad se prestase a darle el pecho a un niño abandonado? Afirmarlo sería injuriar a la raza. Más bien creemos, con Vidal, que la misma "barragana" se prestase a ello a ruegos de Francisca González, o bien que ésta cumpliera el maternal deber valiéndose del ofrecimiento de Inés Alonso. La condición de *mujer impura* de esta última, pudo dar origen a la leyenda de que Pizarro fué amamantado por *una puerca*.

Aunque no existen documentos que lo comprueben, parece lo más verosímil que la madre procuró, cuanto le fué posible, hurtar al pequeñuelo a la curiosidad pública, en espera de que el padre, a la sazón en Italia, tornase a España, y, reconociendo el fruto de aquellos amores, permitiese a la pobre mujer declarar su culpa con menor afrenta. En este punto dice, con justicia, Quintana: "fué (Pizarro) al fin reconocido por su padre, pero con tan poca ventaja suya, que no le dió educación ni le enseñó a leer". Más adelante nos ocuparemos de esta cuestión con el detenimiento que merece.

Francisco Pizarro fué enviado a la Zarza hacia los años 1457-1480. Allí, desde donde se vislumbran las torres trujillanas, pasó sus años mozos sin que le fuera dado vivir en familia con sus hermanos, Hernando, Gonzalo y Juan, quienes más tarde hubieron de pelear a sus órdenes en las memorables jornadas del Cuzco.

Olvidado por su padre en el testamento que otorgara éste en Pamplona el día 14 de agosto de 1522, el pobre joven vió cómo sus hermanos, hijos legítimos unos y otros no, entraban en posesión de los bienes que pertenecieran al capitán D. Gonzalo Pizarro "el romano". Hernando, como legítimo a quien de



derecho correspondía, heredó el mayorazgo de La Zarza con sus alrededores y dependencias.

Don Gonzalo tuvo como hijos legítimos habidos en su esposa doña Isabel de Vargas, a Isabel de Vargas, Inés Rodríguez y Hernando Pizarro; y extramatrimonio, en Francisca González, a Francisco Pizarro; en María Alonso, a Juan Pizarro, y en María de Viedma, a Gonzalo Pizarro, María Rodríguez, Graciana Pizarro, Catalina Pizarro y Francisca Rodríguez. De todos ellos se acordó en su testamento, excepto de Francisco, al que ni siquiera cita, como si hubiera olvidado que tenía tal hijo o no lo hubiera sabido nunca.

En La Zarza fué encomendado Francisco a unos molineros parientes de su madre, los Alonsos, y aunque por su condición de ilegítimo no gozara de los derechos que los demás hermanos, es de suponer que, conocedores todos de su origen, no le encomendaran servicio de guardador de cerdos, labor poco digna de la noble sangre que llevaba en sus venas.

Además, ¿puede creerse que hombre de su temple, acreditado años después, se aviniera a tan bajos menesteres en las propias tierras de su hermano, teniendo siempre ante sus ojos el olvido en que su padre le dejara?

Su situación en La Zarza no fué la de un desconocido. Como hace notar Cune Vidal, en aquellas épocas abundaban los bastardos, porque era frecuente la ilegitimidad en las uniones en todas las clases sociales, y muy especialmente en las altas, sin que los monarcas fuesen los menos aficionados a tales aventuras. Por esta razón, el origen no legítimo no constituía un motivo de afrenta, como hoy es (con harta injusticia), y buena prueba de ello es que esta ilegitimidad no fué obstáculo para que en 1529 se le admitiese en la Orden de Santiago, cuyo honroso distintivo sólo se otorgaba a los de noble genealogía.

Es, pues, aún menos posible que, no cabiendo a nadie duda del origen del futuro conquistador del Perú, se le dedicase a cuidar una piara perteneciente a su hermano Hernando. Re-

cordemos la declaración de “la barragana”. Imposible, después de leído este documento, pretender que el origen fuese desconocido en Trujillo ni en La Zarza.

Mientras el futuro conquistador fué niño, poca impresión habría de causarle su vida, cuyo comienzo quizá ignorase hasta mucho después.

Agregan que su marcha de La Zarza obedeció al temor de ser reprendido por habersele extraviado uno de los animales puestos bajo su custodia. ¡Un Francisco Pizarro, a los veinticinco años, huyendo, como tímido colegial, ante el temor de una reprimenda! ¿Es esto concebible?

Parécenos más razonable y sencilla otra explicación.

La eterna humillación de verse menospreciado, el conocimiento de su noble origen, el deseo de alcanzar por su propio esfuerzo lo que los hombres le negaban, debieron hacer brotar en él un firme propósito, una inquebrantable resolución: iría lejos de aquellas tierras, donde tanto sufría, ya que en ninguna otra se sentiría más extraño ni más dolido.

Y un día se fué a Sevilla y de allí a Italia, donde desde veinticinco años atrás disfrutaba su padre de fama como capitán valeroso. Así se desprende de lo manifestado en un escrito por Francisco Hernando Pizarro, nieto de Hernando Pizarro.

Ignórase si llegó a conocer en Italia a su padre; nos inclinamos a creer que no. Es lo más verosímil que permaneciera en aquel país hasta que once años más tarde tornó a España para embarcar con rumbo a América, o, lo que era igual, con rumbo a lo desconocido.

Por causas que se ignoran y sobre las que sería aventurado hacer conjeturas, se sintió atraído hacia los territorios descubiertos años atrás por Colón, y el 1504 (mientras el desventurado almirante tornaba a España encadenado, bajo la custodia de Alfonso Vallejo, por orden del odioso Bobadilla) Francisco Pizarro arribó a la isla española.

En el mismo año llegó al nuevo continente Hernán Cortés, conquistador de México.

Permítasenos aquí una pequeña divagación, necesaria para nuestro propósito.

## II

### LOS ESPAÑOLES Y AMÉRICA

Corresponde a España no pequeña parte del honor que la Historia reserva a quienes, arrancando vendas de ignorancia de sobre los ojos de la Humanidad, han hecho que mundos desconocidos entren en la ruta única y gigantesca del progreso y de la civilización.

Preciso es que, para la más sólida fundamentación de lo que después diremos, hagamos aquí un ligero estudio, que nos servirá de norma o guía en el relato en que hemos de ocuparnos.

Surgido, ante la proa temeraria de las naves de Colón, un nuevo continente, originóse confusión entre los que pensaban que aquellas tierras paradisiacas eran parte integrante de la India, cuyas costas, no menos maravillosas, recorriera Marco Polo. Es interesante el hecho de que Cristóbal Colón creyera firmemente, al pisar Cuba, que se hallaba en el extremo oriental de Asia, y persistiese en tan grave error, haciendo la célebre acta jurada en la que se declara la no insularidad del territorio. Aferrado a este prejuicio, pretendió llegar fácilmente a Malaca primero y a Mesopotamia después, asegurando más tarde que el territorio por él descubierto, al Sur de las Antillas, era el Paraíso terrenal. De manera que el glorioso navegante no tuvo noción exacta del valor de sus descubrimientos, y únicamente años después comenzó a sospecharlo, aunque todavía se aferraba a su primitiva idea.

Hubo espíritus perspicaces que tuvieron la certera intui-

ción de que Colón se equivocaba. “Quedó (éste) rezagado—dice Aguado Bleye en su *Historia de América*—con relación a los pilotos y cosmógrafos españoles, sus colaboradores en los primeros viajes, exploradores y descubridores luego por cuenta propia. Así, por ejemplo, Juan de la Cosa, que ya en 1500 había roto con el dogma colombino de la identidad del Nuevo Mundo y Asia.”

Por esto sospechábase, aun antes de comenzar el trato con los indígenas del interior, la existencia de lo que luego fué denominado por Núñez de Balboa *Mar del Sur*, y que hoy llamamos Océano Pacífico, porque a la llegada de Magallanes aparecían sus aguas tersas y tranquilas como las de un quieto lago entre montañas.

Asombra la magnitud del esfuerzo que hubieron de realizar nuestros navegantes para, a bordo de embarcaciones no provistas suficientemente para tan largas travesías, arribar a las costas americanas, países desconocidos y poblados por tribus salvajes y hostiles, que tenían entre sus bárbaras costumbres la de la antropofagia, en no pocos casos. Eodas las privaciones fueron soportadas estoicamente, sin que por un momento se pensase en, hayendo de los peligros, abandonar lucha tan cruenta.

Pudo decir con justicia Diego de Cieza “en cuya navegación y descubrimiento de tantas tierras, el prudente lector podrá considerar cuántos trabajos, hambre y sed, temores, peligros y muertes los españoles pasaron; cuánto derramamiento de sangre y vidas suyas costó”. (*Crónica del Perú*.)

Y es muy digna de tenerse en cuenta la circunstancia de que al frente de aquellos grupos animosos que desafiaban al mar y a la tierra, a la naturaleza y a los indios, fueron algunos trujillanos, como los Pizarro, Martín de Alcántara, Orellana, los Pesotos, Carvajal, Alvarado, Las Casas Camargo, Valverde, Peralvez, Alonso de Toro, Orgoñez Hinojosa, Loisa, Vargas, Pergonzález, Sotomayor, Chaves y otros, cuya enumeración completa nos ocuparía más espacio del que podemos dedicar

en estas páginas a tan bizarros varones. Hagamos, pues, esta mención para honra de la muy noble y leal ciudad de Trujillo, cuna de tan ilustres caudillos, y saludémosla con la reverencia que sus títulos le dan derecho.

Es curioso también comprobar que gran parte de los españoles que se arriesgaron a emprender tan largas travesías, eran nacidos y criados en tierras interiores, y que no pocos de ellos vieron por vez primera el mar cuando, ya decididos a desafiar sus iras, fueron a embarcar para América.

Alonso de Ojeda (1499), recorrió la costa de Venezuela; Alonso Niño (1500), el golfo de Paria, isla Margarita y Cumaná; Vicente Yáñez Pinzón (1500), la costa del Brasil, el Orínoco y el Amazonas; Diego de Lepe (1499-1501), la misma costa; Bastidas (1502), el Darien y el río Magdalena; Vasco Núñez de Balboa (1500 a 1517), Tierra Firme y el Istmo por sus dos litorales; Ponce de León (1508), Puerto Rico; Ocampo (1508), Cuba; Cortés, Hernández de Córdoba, Grijalva, Dávila, Alaminos, Escalante, Las Casas, Velasco, Aguilar y otros (1517 a 1550) México; Pánfilo de Narváez (1520), Nueva España, Panamá y Darién.

Todo esto solamente en la América que no ha de ser descrita por nosotros en este estudio.

En cuanto a la casi milagrosa labor de conquista, hay hechos cuyo simple enunciado basta para asombrar. Elíseo Reclus, que no se distingue mucho como benévolo para España, escribe en su *Geografía de América*: “En aquella época (la de la conquista por Vázquez de Coronado) la población india de la actual Costa-Rica, debía subir por lo menos a sesenta mil personas... Los españoles no pasaban aún de quinientos, en 1675, más de un siglo después de la conquista del país.” La región o gobierno de Nueva Granada (Colombia) fué conquistada por Belalcázar y Quesada (1534), con no más de trescientos cincuenta soldados.

En cuanto al arraigo de nuestra obra de colonización, nadie puede atreverse a negarlo. Existen muchas poblaciones que

llevan nombres puestos por nuestros descubridores y se conservan (algunas de ellas repetidas cinco o seis veces) las denominaciones de Trujillo, Barcelona, Mérida, Gibraltar, Miranda, Pamplona, Valencia, Cartagena, San Fernando, Zaragoza, Medellín, Córdoba, Santander, Ocaña, Málaga, Loja, Santiago, Cuenca, Miraflores, León, Granada, La Unión, Rioja y otras muchas.

---

(Cuando las guerras llamadas *de independencia* desmembraron nuestro imperio colonial americano, sangriento parto del que nacieron las nuevas naciones de origen hispano, hubo un gesto de adhesión a nuestra causa: los indios iquichanos (que según infundios de nuestros detractores habían sido cruelmente tratados por nosotros) combatieron a favor de España, en la región de Apurimac, hasta el último momento, uniendo voluntariamente su suerte a la de nuestras armas. El hecho, por sí solo, es harto elocuente).

### III

#### PIZARRO EN AMERICA

Poco después de llegar a la Isla Española, Pizarro tuvo ocasión de reverdecer sus laureles en el sometimiento de aquellos indígenas.

Durante cinco años permaneció en Santo Domingo (hasta 1509) fecha en que, con el capitán Alonso de Ojeda, tomó parte en la expedición a Urabá, comarca abrupta, hostil y salvaje, donde vierte sus aguas el turbulento río Atrato (costa septentrional de Colombia) en el mar de las Antillas. Aquel país era realmente inaccesible, pues, por si no bastasen las dificultades del terreno, intrincado, pantanoso y accidentadísimo en extraña mezcla, existían en él tribus salvajes e indomables, acostumbradas a los rigores terribles del clima inexorable.

Todas estas circunstancias determinaron el fracaso de tan aventurada empresa; la firme voluntad de aquellos héroes impidió una retirada inmediata. Fundaron la colonia-fortaleza de San Sebastián, sobre el golfo de Urabá. Una vez esto logrado y viendo acercarse el desastre definitivo, Ojeda tornó a la Isla Española en demanda de víveres y refuerzos, quedando Pizarro como gobernador de la nueva colonia y capitán de la gente que en ella siguió.

Mas como pasados unos meses los refuerzos no llegaban y los conquistadores sufrían el azote del hambre y los ataques de los indígenas, Pizarro, bien a su pesar, sacrificando su amor propio, abandonó finalmente el país en evitación del exterminio de los pocos que le restaban. “Entendiólo él (Ojeda)—escribe López de Gomara en su *Historia de las Indias*—, y por estorbar el desorden de su gente y pueblo, se fué, con la nao de Talavera, dejando por su teniente a Francisco Pizarro. Prometió de volver dentro de cincuenta días, y si no, que se fuesen donde les pareciese; ca él les soltaba la palabra.”

“Pasados los cincuenta días se embarcó Francisco Pizarro con los setenta españoles que había, en dos bergantines, ca la grandísima hambre y enfermedades los forzó a dejar aquella tierra”; pero los obstáculos parecían existir con el exclusivo objeto de salir al paso del futuro conquistador; de los dos barcos en que los supervivientes intentaron volver a Santo Domingo, uno naufragó en una borrasca, pereciendo toda su tripulación. Salvóse de manera milagrosa el bergantín en que navegaba Pizarro, que pudo finalmente refugiarse en Cartagena de Indias.

El objetivo de la expedición que concluyó de tan deplorable forma fué, sin duda, hallar el canal que uniera el mar Atlántico (en su submar de Antillas) con el que luego se denominó Pacífico, cuya existencia se sospechaba hacía ya tiempo. Tal parecía la amplia desembocadura del río Atrato y el hecho de que fuera (como es) navegable en gran parte de los cuatrocientos cincuen-

ta kilómetros de su curso, encajonado entre las sierras de Bando y Quindío. Aparte de esto, las arenas del río eran auríferas, lo que prometía un tesoro en su origen. Este río, llamado también Chocó y Darién, tiene hacia su desembocadura una anchura que pasa de medio kilómetro; recibe centenares de afluentes y rinde tributo de su caudal al mar por quince brazos diferentes.

Al llegar Pizarro al hermoso puerto en que más tarde fundara Heredia la ciudad de Cartagena, halló a Enciso, que ultimaba los preparativos en el bergantín en que se proponían ir a la bahía de Urabá, con un retraso que hacía ya innecesario el viaje de socorro.

Pero el tesón de Pizarro no cedía ante la adversidad, y el ilustre caudillo pudo convencer a Enciso de que el buen nombre de todos exigía que recomenzasen la campaña de Urabá. Y nuevamente pusieron proa hacia el temible Atrato.

Pero aquella aventura estaba condenada al fracaso, y en el golfo encalló la nave de socorro, lo que hizo que los tripulantes se desmoralizasen en absoluto.

En la nave de Enciso fué encontrado, según las crónicas, metido dentro de un tonel, un hidalgo llamado Vasco Núñez de Balboa, quien estuvo a punto de ser abandonado por aquel capitán en una isla desierta, en castigo del modo subrepticio que había usado para hacerse llevar en la expedición. Pero como era hombre de gran valía, Núñez de Balboa no sólo obtuvo el perdón por su falta, sino que su consejo fué aceptado por Enciso cuando, de regreso de Urabá, señaló la costa de Darién como lugar apropiado para la conquista. Una vez allí, la influencia de Núñez creció tanto, que cuando fué fundada la villa de Santa María (llamada después la Antigua), sus vecinos no eligieron alcalde a Enciso ni a Pizarro, sino a Balboa, lo que desagradó profundamente al primero de dichos caudillos.

Este tornó a Santo Domingo, donde el relato de lo ocurrido no fué muy favorable para Balboa. Entretanto, Núñez y Pizarro hubieron de combatir contra los indígenas de las inmediaciones, lucha en la que fueron ambos caudillos auxiliados por



unos centenares de indios adictos. La campaña fué extraordinariamente ruda, no sólo por la ferocidad de los naturales, sino también por las condiciones climatológicas del país.

Aquellas luchas y la necesidad de concluir con tales resistencias dieron lugar a que Balboa dispusiera una expedición a las montañas denominadas de San Blas, empresa que se vió coronada por el mejor éxito, al que contribuyeron no poco las disensiones existentes entre los indios de una y otra ladera. El pequeño ejército hispano, despreciando cuantos peligros ofrecía la marcha por selvas desconocidas y temibles, cruzó el istmo, caminando Pizarro a la cabeza.

Y fué entonces cuando Núñez de Balboa descubrió el Océano Pacífico, al que puso el nombre de Mar del Sur (15 de septiembre de 1513); y tomó posesión de él en nombre de España. Para alcanzar esta costa hubo de caminar la columna (integrada por unos noventa españoles) durante más de quince días por entre bosques impenetrables, llenos de animales feroces y de no menos feroces indios, con los que había que luchar sin descanso.

Después de hallado el Mar del Sur, Balboa, que confiaba plenamente en las cualidades de nuestro biografiado, lo dejó como teniente suyo y se hizo a la mar, utilizando al efecto barquichuelas y balsas construídas después de numerosos ensayos.

Allí permaneció Pizarro mientras Núñez recorría la costa occidental del istmo, hasta el golfo de San Miguel, al sur de Panamá.

Poco después, en 1515, el capitán Gaspar de Morales realizó una expedición cuyo objetivo era el sostenimiento del Archipiélago de las Perlas, constituído por las islas del Rey, San José, Pedro González, Saboga, Santelmo y Cañas, situadas en el gran golfo de Panamá. Pizarro auxilió muy eficazmente a dicho capitán en tan arriesgada empresa. Balboa, cuyos éxitos habían despertado el recelo del Gobernador, su suegro, fué acusado por éste de traidor, apresado cuando se preparaba para una nueva expedición por mar y ejecutado públicamente en Ancla, en unión de varios de sus compañeros, en 1517. Tocóle

a Pizarro el penoso deber de prender y entregar al glorioso descubridor del Pacífico; Pedrarias Dávila no tuvo reparo en sacrificar a su ambición y a su envidia a su propio yerno.

Antes de este desgraciado suceso, Pizarro había hecho una accidentadísima expedición a las tierras de Abraime.

De regreso en Panamá acudió por orden del gobernador a reducir a la obediencia a los indios de la región de Veraguas, en pleno istmo, demostrando una vez más sus insuperables condiciones de hombre de guerra, en el que caballeridad y valor corrían parejas. La resistencia opuesta por los indígenas fué valerosa y tenaz, lo que hizo más brillante el éxito.

Nuevamente en Panamá, vivió Pizarro tranquila y cómodamente durante cinco años, sin que, como algunos pretenden, disfrutara de bienes importantes, lo que demuestra que sus hazañas no se encaminaron a obtener riquezas, sino a la consecución de los altos ideales que le hicieron buscar en tierras desconocidas una dignificación que en su patria no le era dado conseguir.

Pero esta existencia, que acaso para cualquier hombre vulgar sería apetecible, no podía, en modo alguno, satisfacer a un hombre como Pizarro, cuyo carácter osado e inquieto exigía las zozobras de la guerra y la interrogación muda de las dilatadas regiones de aquellas tierras desconocidas.

Por entonces Panamá era frecuentado por indígenas que hablaban de un vastísimo territorio, situado al sur de la tierra de Darién y cuya prosperidad era superior a cuanto pudiera imaginarse.

Vino a robustecer estas referencias el retorno del atrevido Pascual Andagoya. Este guerrero, hombre tenaz y valeroso, llegó con sus fuerzas a la bahía o golfo de San Miguel o de Darién del Sur, donde embarcó a pilotos que desde el territorio indígena de Tumbez venían a las costas panameñas en busca de productos naturales de las mismas.

Llevándolos a bordo, Andagoya puso proa al continente meridional y se adentró por él unas veintidós leguas castellanas,

no continuando su expedición por impedírsele un accidente que hizo más endeble su ya muy quebrantada salud. En la “Relación del Adelantado Pascual Adagoya” se lee: “Visto que yo no podía en persona andar en el descubrimiento de la costa y que se perdería la jornada, acordé de volver a Panamá con el señor e intérpretes que llevaba y relaciones que tenía de toda la tierra.

”Visto Pedrarias tan gran noticia que yo llevé, e informado de médicos que yo no podría sanar sino por curso de tiempo, y aun estuve tres años que no pude cabalgar a caballo (*sic*), me rogó que diese la jornada a Pizarro y Almagro y al P. Luque, que eran compañeros...”

Volvióse, puse, a Panamá, Andagoya, después de haber recorrido gran parte del río Viruque o Biruquete, muriendo algún tiempo más tarde.

Poco después el esforzado capitán Juan de Basurto, que había obtenido del gobernador Arias un permiso análogo al de Andagoya, hubo de retirarse por causas semejantes y murió sin tornar a las tierras que había visitado.

Quedaba, pues, libre y expedito el camino glorioso. Allá, más lejos de la Sierra de Darién, siguiendo las costas de los golfos Urabá por el Norte y San Miguel por el Sur, estaba la maravillosa región donde nacía el amplio y revuelto río Atrato. Y un poco más lejos, el territorio de que hablaban los indios de Tumbez, donde abundaba el oro y no faltaban jamás carne, frutas y maíz.

Estas noticias, propaladas por los indígenas que acompañaron en sus viajes a Pascual Andagoya y Juan Basurto, hicieron honda huella en el espíritu inquieto y batallador de Pizarro, quien se aburría en medio de la tranquila calma de la capital del territorio panameño.

“Viviendo en la ciudad de Panamá, el capitán Francisco Pizarro...—escribe su secretario Francisco Jerez—, teniendo su casa y hacienda y repartimiento de indios como uno de los principales de la tierra, porque siempre lo fué y se señaló en la con-

quista y población en las cosas del servicio de su majestad: estando en quietud y reposo... pidió licencia a Pedrarias para descubrir por aquella costa del mar del Sur a la vía de levante, y gastó mucha parte de su hacienda en un navío que hizo y en otras cosas necesarias para su viaje.”

Es, pues, muy aventurada la afirmación, hecha por Izquierdo Croselles en su “Historia general”, de que “a los cincuenta años no era todavía más que un humilde “ranchero” que vivía cerca de Panamá”; aunque conviene no olvidar tampoco lo que dice Andagoya en su ya citada “Relación”:

“... Me rogó (Pedrarias) que diese la jornada a Pizarro y Almagro y al P. Luque, que eran compañeros, porque tan grande cosa no parase de seguirla, y que ellos me pagarían lo que había gastado. E yo respondí que en lo de darles la jornada, que holgábame de ello, pero en lo de la paga, que yo no la quería de ellos, porque a pagarme a mí los gastos, no les quedaba a ellos con qué empezar la cosa, porque no tenían ellos en aquel tiempo más que hasta seis mil pesos y aun éstos no todos en dinero.”

Esta última afirmación se robustece con la escritura firmada en Panamá en 10 de marzo de 1526, pues de ella se deduce que Luque dió 20.000 pesos como representante del caballero Gaspar de Espinosa, hecho confirmado explícitamente por otra escritura de fecha 6 de agosto de 1531, en que se expresa que Luque recibió dicha suma de Espinosa en 1526 con el indicado objeto.

El fracaso de los demás es un motivo de abstención para los tímidos; pero para hombres como nuestro biografiado, antes son estímulos y acicate. Por eso no cejó hasta que, tras no pocas conferencias y discusiones, concertó con Diego de Almagro (antiguo camarada de campaña en el Darién) y el sacerdote Hernando de Luque (vecino de Panamá) la expedición al país ignoto que andando el tiempo había de llamarse Pirú o Perú, hoy repartido entre diversas repúblicas hispanoamericanas.

Muchas explicaciones se han dado del origen del nombre

Perú, siendo una de las más conocidas la de Garcilaso de la Vega, quien dice que la palabra *Perú* quería expresar “entre Panamá y Guayaquil” la idea de *río*.

R. Cuneo Vidal, escritor al que su calidad de peruano, conocedor profundo del habla quechúa, le da autoridad plena en este asunto, opina que cuando tiene razón Garcilaso es cuando añade: “También afirman muchos que se dedujo este nombre de Pirua, vocablo del Cuzco, de los quechúas, que significa *Orón*, en que se encierran los frutos” (granero propiamente dicho). Versión es ésta que tiene visos de certeza dada la abundancia de tales depósitos cuando Ojeda arribó a la comarca de Tumbes.

Aquí, en verdad, podríamos dar por terminada nuestra labor biográfica, ya que el tema impuesto nos traza este límite, Creemos, no obstante, que de continuar nuestra obra, sobrepasando la fecha del convenio citado, nada habría de perjudicarse el buen nombre y la clara conducta del conquistador del Perú.

Con saña verdaderamente cruel, muchos historiadores han acumulado, ya sobre Pizarro, ya sobre Almagro o sobre ambos, el peso de acusaciones que en su mayoría carecen de sólida base.

Hemos afirmado al principio y repetimos ahora que nuestro criterio es bien distinto. Pero acatando la voluntad de la Corporación que dictó las condiciones de este certamen, suspendemos aquí la narración en espera de ocasión propicia para reanudarla.

#### IV

### PIZARRO, GUERRERO

Cuando nos hemos visto precisados a suspender el relato de la vida de este soldado, es decir, en lo acontecido en el año de 1524, tenía nuestro héroe cincuenta y cinco años de edad.

¿No es ya asombroso que pueda decirse (y con razón) que

aún no había emprendido entonces su verdadera obra inmortal, que le elevaría más tarde al pináculo de la fama?

Esto nos indica claramente el recio carácter y fuerte complejión de Pizarro, cualidades que conservó hasta su alevosa muerte, acaecida el domingo 26 de Junio de 1541 (cuando contaba setenta y dos años). En aquel triste día, con sólo la ayuda de dos soldados y dos niños, hizo frente y mantuvo a raya a diez y nueve conjurados en su propia cámara. Era aún el león de Darién, el héroe de Puerto del Hambre...

Larga sería la narración de cuantas hazañas realizó el inmortal trujillano en su tormentosa vida.

Del tiempo que duró su estancia en Italia (aun discutida por algunos historiadores, pero que nosotros creemos cierta) no se halla en ningún documento de cuantos hemos consultado indicación que permita reconstruir sus hechos. Existe únicamente el indicio de que cuando arribó a la Isla Española, en 1504, era ya conocida su pericia militar y su valor y tenacidad inquebrantables; lo que nos permite dar por sabido que sus merecimientos durante su permanencia en Italia proporcionaron este renombre.

Para dar un resumen de los *jalones* que marcan la vida militar de Pizarro, señalaremos algunos hechos trascendentales.

Apenas desembarcado del galeón en que fué a la Española con el gobernador de Lares, hubo de contribuir a la pacificación de la isla.

Muy poco después realizó la penosísima expedición primera a la tierra de Urabá y desembocadura del Atrato, río éste que corre por un lecho profundo llamado "Cañón del Atrato", abierto entre las cordilleras de Bando y Quindío. En los 450 kilómetros de su curso arrastra arenas auríferas.

Allí encontró cuantos obstáculos y contrariedades pueden servir para contrastar el verdadero valor de los soldados: clima sofocante, país insano, azotado por huracanes, lluvias y fiebres; región llena de fieras y alimañas dañinas, sólo habitable por indios que competían con ellas en el dominio del territorio. Fra-

casado su heroico empeño, cuando ya de regreso logra encontrar el refuerzo que el gobernador de Panamá le envía, vuelve a su empresa temeraria hasta que por indicación de Balboa, guerreó en la tierra de Darién, al pie de la sierra de este nombre, que hoy marca la frontera entre Colombia y Panamá.

Conviene tener muy presente que los soldados-exploradores no tenían que luchar únicamente contra los hombres, sino también contra las fieras, y aun contra los accidentes naturales de selvas intrincadas, ríos, torrentes, pantanos y páramos de una tierra absolutamente desconocida a la sazón. Y no era una de las cosas menos temibles para aquellos héroes, anónimos en su mayoría, el riesgo de ser devorados por los indígenas, a los cuales, por extensión, consideraban antropófagos, como algunos de tierra firme.

Cruzó más tarde las montañas de San Blas, acompañando a Balboa en el descubrimiento del mar del Sur o Pacífico.

Pedrarias Dávila usó de sus servicios para la conquista del resto insumiso del istmo. Va después Pizarro con el capitán Morales al archipiélago de las Perlas (formado por las islas de Pedro González, San José, Del Rey, Saboga, Cañas y San Telmo), situado en el gran golfo de Panamá, entre las costas de los Santos y Darién del Sur, misión harto difícil y peligrosa.

Seguidamente realizó la expedición a Abraime, y a continuación, con Pedrarias y Espinosa, al sometimiento de los indios veraguas (en la región del mismo nombre, al Sur de la isla Escudo de Veraguas).

En 1524, con sólo 80 hombres, partió en busca del riquísimo territorio que se llamó más tarde Perú (Agustín de Zárate dice que con 114 hombres, y Francisco Jerez que con 112 españoles y algunos indios. Es de creer que estos 80 hombres a que otros historiadores reducen el número de los que acompañaron a Pizarro, se refieren a gente de guerra, sin incluir marineros y criados indios, con los que tal vez llegaran a las cifras indicadas por Zárate y Jerez).

Hizo escala en puerto Piñas y, siguiendo luego muy de cer-

ca la costa, llegó, arrostrando peligros sin cuento, a la ensenada o puerto del Hambre, ocasión en que se puso a prueba el temple del extremeño. En aquella terrible *estada* vió morir a una treintena de sus compañeros y tuvo que sostener la moral de los supervivientes, escondiendo bajo la máscara serena su pesadumbre y su desánimo. Según Lope de Gomara, en su primer desembarco en tierra peruana Pizarro fué herido siete veces, de flecha, por los indígenas.

Inútil nos parece encarecer el heroísmo y la abnegación que se necesita para emprender con 80 hombres la conquista de un imperio de 10 millones de habitantes.

Una vez en territorio desconocido (isla del Gallo), se negó a declarar su intento fracasado cuando Tafur; el enviado desde el istmo le intimó a que retornase a Panamá; solicitó plazo para un último esfuerzo y le fué negado. Entonces, jugándose su última carta, trazó una raya en la arena con su espada para separar a los españoles en dos grupos: uno, grande, por el número de los que le formaban, aunque pequeño por sus mezquinos ánimos, que volvió al “pan amargo” que el gobernador ofrecía; y el otro, de sólo 13 hombres que, con él, dando cara al destino, permaneció en la isla desafiando todos los peligros y dispuestos a morir o vencer.

Difieren los autores en algunos detalles de este supremo acto de gallardía, pues si bien la mayoría dicen que fué Pizarro quien trazó la raya, hay alguno que lo atribuye al propio Tafur, versión ésta que carece de fundamento y que, en sana lógica, no puede admitirse, ya que Tafur traía empeño de que volviesen todos a Panamá, siguiendo la orden estricta de su señor, Pedro de los Ríos, gobernador por aquel entonces.

En lo que convienen unos y otros es en que con sólo 13 hombres leales pasó a la isla Gorgona (llamada así por los muchos arroyos que tenía), donde pasaron calamidades sin cuento, “sin pan ninguno, con cangrejos, culebras grandes y algo que pescaban”.



“¿Qué se puede encontrar en las leyendas de la caballería —dice Prescott— que a tal hecho sobrepuje?”

Después la epopeya máxima: La conquista del imperio incaico, emprendida con un puñado de hombres en tierras hostiles (1530-1531). Ciertamente que esta empresa pudo realizarse merced a la división existente entre Atahualpa y Huascar, usurpador aquél, legítimo Inca éste, caudillos a los que defendían quiteños y cuzqueños, respectivamente, en espantosa guerra civil arrasadora y sin cuartel. Pero no es menos cierto que cuando Pizarro desembarcó en Passao, ignoraba esta circunstancia y, no obstante, había llegado dispuesto a morir o a salir victorioso.

Pizarro aprovechó las discordias para conseguir su propósito, cosa que, lejos de aminorar el mérito de su obra, da un mentís rotundo a quienes pretenden presentar al “viejo capitán” (como le decían los quechúas) ignorante, impulsivo y sin genio. No era sólo un gran soldado; fué también un gran general de clara inteligencia y maravillosa intuición.

El día 24 de septiembre de 1532 emprendió la conquista del territorio de *Caxamalca* (Cajamarca) “con sesenta de a caballo e noventa peones”. (Hernando Pizarro.—Mensaje a los oidores de Santo Domingo, 1533.)

Entró en el Cuzco el 15 de noviembre del siguiente año, aprovechando hábilmente la pasividad o las vacilaciones de Manco II. Este inca anduvo en campañas durante todo el año 1524 contra los quiteños, y muy especialmente contra el rebelde Quisquis. Hasta entonces Manco ocupóse en limpiar el territorio de los numerosos cabecillas que pretendían alzarse con la soberanía. Pero una vez conseguido esto, curtido ya en la lucha contra los propios indios y seguro de ser secundado por muchos millares de partidarios, el inca comenzó a soliviantarse, y poco después, tras de sufrir prisión por orden de Juan y Gonzalo Pizarro (orden harto impolítica), el soberano peruano declaróse en franca rebeldía (1535). Situóse en Calca, y poco después cien mil guerreros indígenas cercaron Cuzco, donde los españoles permanecieron sitiados durante diez y seis meses. A lo que pa-

rece, sólo había en dicha ciudad ciento noventa soldados con más de quinientos quechuas adictos.

Hallábase a la sazón Pizarro en Lima. Los indios de Jauja y Yauyos, a las órdenes de Tupac Inguil Yupangui, cayeron sobre la "Ciudad de los Reyes". Durante mucho tiempo, cuantas expediciones salieron de Lima para auxiliar a los sitiados del Cuzco, fueron aniquiladas. Más tarde hubo de luchar Pizarro en la capital contra el aplastante ejército indígena, capitaneado por el propio inca, teniendo aquél por todo auxilio a unos centenares de españoles y peruanos adictos.

La lucha fué realmente épica; peleóse con tenacidad increíble, y finalmente, merced a los refuerzos llegados de Guatemala, Nicaragua, Tierra Firme, Panamá y Nombre de Dios, fué sofocada la sublevación, que estuvo muy cerca de dar en tierra con la labor de tantos años y el fruto de tan cruentos sacrificios. Narrar las incidencias de esta campaña, nos haría salir del reducido espacio de que disponemos.

Muchas vidas españolas acabaron en los terribles combates librados en dichas ciudades. La maravillosa actividad desplegada en todo momento por el "Machu-Capitán" (en quechúa, Viejo Capitán), como llamaban los indígenas a Pizarro, hizo posible la obra colonizadora.

Preferimos olvidar las heroicas hazañas de nuestro biografiado, en sus luchas contra Almagro y sus parciales; estimamos que, al tratar de estos asuntos, tendríamos que exponer las poderosas razones que nos han movido a afirmar rotundamente que no cae la mayor parte de culpa de tan tristes hechos sobre ninguno de los dos ilustres caudillos. Ambiciones y codicias de sus compañeros, malas artes de los indios, descuidos y torpezas de la Corona de España en el gobierno de tan lejanas provincias... He aquí las causas de aquella dolorosa guerra que había de poner un borrón de sangre española en la gloriosa página de la conquista.

Pero bastan los hechos relatados para juzgar el temple extraordinario de Francisco Pizarro y sus cualidades como mili-

tar. De victoria en victoria, clemente en el triunfo, animoso en el infortunio cuando supo infundir a sus tropas, hambrientas, doloridas y cansadas, el vigor de su temperamento enérgico y tenaz.

El buen general ha de ser a un tiempo mantenedor constante de la disciplina y amigo y compañero de los soldados puestos a sus órdenes. Y estas cualidades adornaban a Pizarro, en especial la última.

“El, no sólo alentaba a los soldados con blandas y amorosas razones que sabía usar admirablemente cuando le convenía—escribe Quintana en su “Vida de Pizarro”—, sino que ganaba del todo su afición y confianza por el esmero y eficacia con que los socorría y los cuidaba. Buscaba por sí mismo el refresco y alimento que más podría convenir a los enfermos y débiles, se lo suministraba por su mano, les hacía barracas en que se defendiesen del agua y la intemperie, y hacía con ellos las veces, no de caudillo y capitán, sino de camarada y amigo.”

“Pizarro—dice Vidal, el historiador peruano, al relatar las desgracias de Puerto del Hambre—sufría la suerte común sin pestañear. Aguzaba su ingenio para conseguir alimentos y él mismo salía en su busca por las sendas inseguras de la manigua, curaba a los enfermos, auxiliaba a los moribundos, enterraba a los muertos. Sus soldados, viéndole sufrir sin quejarse, acallaban sus murmuraciones.” “Veíaseles—dice también—, macilentos y desencajados, vagar como fantasmas sobre la playa, sin apenas quejarse. ¡Se lo pedía la vieja honra española!”

En cuanto a la perspicacia y a la capacidad de mando, son tan evidentes en Pizarro, que fuera inútil aparentar desconocimiento de ellas. Sólo existiendo éstas pudo realizarse aquel milagro que causa y causará la admiración y el asombro de las sucesivas generaciones.

Sus cualidades fueron tenidas como extraordinarias por sus propios coetáneos, y si tenemos en cuenta cuántas y cuáles fueron las hazañas que se presenciaron en aquella época, podemos deducir lo que esto significaba entonces. “Fué—dice el ya citado

historiador norteamericano Lummis—el más grande de los exploradores; un hombre que de modestos principios se elevó más alto que nadie; un hombre en quien se ha cebado la calumnia y la maledicencia de los historiadores apasionados; pero un hombre a quien la Historia colocará en una de sus más altas hornacinas; un héroe a quien se gozarán algún día en venerar cuantos admiren el heroísmo.”

Mas no es sólo en su conducta personalísima, individual, donde hemos de encontrar al capitán Pizarro, sino también y muy especialmente en su labor de conquista y sometimiento del imperio incaico. Revélase entonces el espíritu grandioso de aquel hombre rudo, valiente y tenaz, al par que dotado de maravillosa táctica que podríamos llamar intuitiva.

Llegar a un país desconocido, hallar en guerra civil a sus habitantes y adoptar sin vacilaciones el partido que había de llevarle al éxito, fué todo uno. Su marcha sobre la región de Cajamarca fué una decisión magnífica, puesto que Atahualpa quedaba entre Pizarro y los defensores de Huáscar. Culminó aquella audacia en la toma de la ciudad, hecho que determinó el resultado de aquella fase de la conquista.

El genio guerrero de Pizarro consiguió convertir dicha conquista del Perú en campaña libertadora ante los ojos de gran parte de los peruanos, con las consiguientes ventajas. Con la ejecución de Atahualpa y sus feroces secuaces, Caulcuchima y Quisquis, nuestros compatriotas adquirieron el prestigio de realizadores de la justicia y reparadores del derecho.

Pudo así el pequeño ejército *castellano* (así llamábanse todos los españoles en América) reposar un poco al amparo de las huestes indígenas de Inca Manco, quien vióse obligado a combatir con ellas a los treinta mil partidarios del difunto Atabalipa, los cuales, fuertemente unidos, aún resistían. De otra forma, ¿hubiérase conseguido dominar en tan corto tiempo tan grande territorio? Habilidad fué ésta que no se desdeñaría de aprender ninguno de cuantos generales gobernadores han ido y van al sometimiento de cualquier levantisca colonia.

Muchos historiadores, cuya mala fe y malévolas intenciones contra nuestra Patria no debe pasar sin nuestra vigorosa e indignada protesta, han pretendido restar méritos a las campañas realizadas por nuestros capitanes. Basándose en testimonios de cuya autenticidad tenemos (y tienen ellos) infinitas razones para dudar, o buscando apoyo en los escritos de los enemigos de Pizarro, han tenido especial interés en presentar la bravura como crueldad, la energía como despotismo y la caballería como miedo.

La Historia no deben escribirla hombres cuya máquina cerebral carezca del "engrase" del buen sentido y de la ecuanimidad. Pretender *novelar* los hechos pasados, dejando que vuele la fantasía a su capricho, da tan lamentables resultados como el ridículo vergonzoso en que han dejado para siempre al gran César Cantú los inexcusables desatinos que se le escapan en su monumental obra cuando de la labor de España en América se ocupa. El lector debe buscar en aquellas páginas una fuente de regocijo. Pero es fácil que, como nosotros al leerla, sienta en el fondo de su alma un brote de indignación contra los falseadores de nuestras hazañas y los vilipendiadores de nuestras immaculadas glorias.

Pues bien; todos esos autores, aun los más absurdamente ignorantes, los peor intencionados, los más calumniadores, todos, repetimos, coinciden en estimar a Francisco Pizarro como el mejor de cuantos capitanes pisaron tierra del Nuevo Continente. Quién le hace menos caballero que Hernán Cortés; quién, menos humanitario que Pedrarias...; pero todos están de acuerdo para proclamarle como el más arriesgado, valiente y decidido.

Pero como carecen de base las otras afirmaciones y como al buen soldado no le basta su valor para que sus hazañas se perpetúen, interésanos muy de veras rebatir argumentos y deshacer infundios que pretenden perjudicar la memoria del héroe extremeño.

La cualidad de buen soldado no excluye en modo alguno otras que son precisamente complemento de aquélla. Y Pizarro

reune unas y otras, puesto que, lejos de ser, como arbitrariamente pretende el historiador italiano aludido, un hombre sin escrúpulos, era, como lo demuestra su caballerosidad para con los rebeldes almagristas, un general noble y un gobernador inteligente. La Historia de Cantú, como algunas otras, está plagada de falsedades cometidas a sabiendas. La afirmación que se lee en ellas de que “los conquistadores hallaban como final la horca, que es lo que merecían”, es tan censurable por su evidente mala fe, que sólo puede explicarse recordando que no hubo en América ni un verdadero conquistador italiano (Pedro de Niza fué casi exclusivamente explorador, por cuenta de Castilla) de que se guarde memoria. Este es el prisma al través del cual ve César Cantú la conquista de América.

Recordemos también las imposturas de Vespucio para arrebatar el descubrimiento de Paria al español Cristóbal Colón y condenemos a estos *historiadores* al desprecio, “que es lo que merecen”.

Claro es que esta conquista, como todas, tuvo su parte de violencia. No conocemos las conquistas pacíficas y en vano buscaremos una sola en la Historia del mundo en todas sus épocas.

Luego, admitida la necesidad de conquistar, no neguemos las naturales e indispensables consecuencias. Y aun así, distínguese el especial interés de los españoles en civilizar a los indígenas del Nuevo Mundo. Es cándido, por lo menos, creer que las civilizaciones precolombinas en América merecieron ser respetadas. Los sacrificios humanos de México, la antropofagia de Tierra Firme y la tan decantada cultura incaica del Perú (que ya estaba casi extinguida antes del arribo de Pizarro), justifican sobradamente las medidas adoptadas por nuestros caudillos. Y en cuanto a la pretendida virtud de los naturales, recordemos que todos los cronistas certifican que era frecuente el que ellos llamaban (eufónicamente) *delito nefando* o *contra natura*.

Húbose, pues, de imponer la civilización por las armas, y por las armas se impuso. No otra cosa han querido hacer los ingleses en Africa y Asia y los franceses en Dahomey y el Su-

dán francés, los italianos en Abisinia, Tripolitania y Erytrhea, no en el siglo XVI, sino en el metacivilizado siglo XX.

Guerreros eran y debían ser hombres como Pizarro, colocados en el dilema de morir o matar. Y ésta es, pese a quien pese, la solución que la ley de lucha da al problema de la vida de la Humanidad.

## V

### PIZARRO, DIPLOMATICO

La rudeza propia de los grandes soldados de aquellas lejanas épocas solía dar a sus actos, no exclusivamente militares, una sequedad y un descuido que adquirirían caracteres de verdaderas torpezas imperdonables y que en no pocas ocasiones malograban en la paz lo que consiguieran ellos por las armas. Podríamos aducir numerosos ejemplos para la demostración de nuestro aserto.

Pero en Pizarro tiene esta regla una excepción muy interesante.

Hombre sin educación alguna, abandonado apenas nacido, pasó su juventud en el doloroso estancamiento de la incultura. La mayor parte de sus biógrafos han afirmado que no supo nunca leer ni escribir. Pero es lo cierto que en una provisión expedida en Pachacamac el día 8 de enero de 1535 aparece la firma "Don Francisco Pizarro". Sin embargo de esta circunstancia, es extraño que tal firma varíe en los diversos documentos en que aparece puesta y que son todos posteriores a la fundación de la Ciudad de los Reyes (Lima); claramente se perciben en ellas diferencias de trazos que parecen hechos por distintas manos. Esto hace que muchos historiadores crean, con gran fundamento, a nuestro juicio, que la firma la escribía el Secretario, limitándose Pizarro a trazar una o dos rúbricas, según los casos.

Oviedo, por el contrario, afirma que sabía escribir, pero no leer, y agrega que ello era objeto de hilaridad por parte de Almagro, quien decía a Pizarro con frecuencia y en son de broma que “saber escrebir e no leer, era como recibir herida sin poder dalla”.

Sea esto lo que fuere, lo que no ofrece duda es que el fundador de Lima no era hombre culto. Y a pesar de ser iletrado, bastaron unos años de convivencia con personas de mayor cultura, en Santo Domingo y Panamá, para dotarle de cierta cortesanía y trato de gentes, que le permitió presentarse con soltura poco frecuente ante Carlos I y su corte y obtener con facilidad cuanto pretendía.

El tacto y la habilidad de Pizarro fueron suficientes para conseguir que Enciso, capitán de la nave que halló en Cartagena, a pesar de no necesitar ya poner proa al Urabá, se decidiera a recomenzar la peligrosa ruta. A fuerza de habilidad y constancia, también, logró vencer la resistencia que Pedrarias de Avila oponía sistemáticamente a toda nueva exploración y obtuvo de él las autorizaciones necesarias. Y una vez conseguidas, realizó tan intensa labor militar y política, que la Reina firmó una capitulación en cuyo preliminar se dice:

“Por quanto que vos... nos hicisteis relación de quanto vos e los dichos señores vuestros compañeros con deseo de nos servir... tomastes cargo de ir a conquistar, descubrir e pacificar e poblar por la costa del Mar del Sur...” “Doy licencia a vos capitán Francisco Pizarro para que por Nos y en nuestro nombre, e de la Corona real de Castilla podáis continuar el dicho descubrimiento conquista y población de la dicha provincia del Perú...” “Por honrar vuestra persona y hacervos merced prometemos de vos hacer nuestro gobernador e capitán general de toda la dicha provincia del Perú, e tierras e pueblos que al presente hay e adelante hubiere en todas las dichas ducientas leguas por todos los días de vuestra vida, con salario de setecientos veinte mil y cinco maravedís cada año...”

“Otrosí: vos hacemos merced del título de nuestro adelan-



tado de la dicha provincia del Perú, e ansimismo del oficio de Alguacil mayor della, todo por los días de vuestra vida.”

Constituye un documento de inestimable valor, por ser un verdadero historial de la obra del conquistador trujillano durante su primera expedición al Perú, la Real Cédula expedida con fecha 13 de noviembre de 1529, en la que se conceden nuevos blasones a Pizarro y sus descendientes. También se relatan allí, siquiera sea ligeramente, todas sus proezas y sus principales servicios desde su llegada a Santo Domingo.

Citamos ahora estos documentos porque de todos ellos se desprende que Pizarro, lejos de ser un soldado “por instinto”, como llegó a decir un historiador (?) extranjero, cuyo nombre no reproducimos porque, a nuestro juicio, no merece tal honor, era un capitán que sabía estudiar el terreno que pisaba y el carácter, espíritu y costumbres de sus habitantes.

Por eso dice muy justamente R. Cúneo Vidal que llama la atención del investigador el conocimiento que Pizarro demuestra poseer del territorio cuya conquista emprendía, no sólo en las costas ya reconocidas por Almagro, Bartolomé Ruiz y él, sino también de las comarcas del interior del continente como Tumebamba, Nasca, el Cuzco y otras.

Labor de diplomacia y no fácil fué la realizada por Pizarro cuando en 1529 vino a Extremadura. Para poder tornar a España tuvo que pedir prestados mil castellanos a sus amigos, por haber agotado todos sus recursos e incluso hallarse en deuda con muchos a causa de expediciones anteriores.

Téngase muy en cuenta que este viaje obedeció a la prohibición hecha por el gobernador de Panamá, Pedro de los Ríos, que había sustituido a Pedrarias, de que fuese nadie enrolado en Tierra Firme con destino al Perú. Prohibió dicha autoridad igualmente que se juntaran caballos, e hizo cuanto humanamente pudo para impedir la continuación de la conquista. Creemos firmemente que esta oposición no obedecía a un arbitrario empeño, ni tampoco a enemistad, malicia o recelo; muchos de los soldados que, acompañando al caudillo, sufrieron con él los ho-

rreros, hambres y dolencias de la Isla del Gallo, huérfanos del entusiasmo que a su jefe animaba, habían hecho llegar a manos del gobernador una carta en la que le pedían que los librase de aquella miseria. Por si esto fuera poco, la llegada de Tafur, que había tenido la virtud de tornar a Panamá a casi todos los que con Pizarro se hallaban en la Isla, hizo que la empresa se desacreditase hasta el punto de dar todos por locura la conquista de los ricos territorios de que les hablara Almagro cuando solicitó refuerzos.

Parécenos, pues, muy explicable la oposición de Pedro de los Ríos; para tener fe en la realización de tan gran quimera se necesitaba ser Pizarro, Hernán Cortés, Alvarado o Balboa... Y a todos los hombres no se les puede exigir que sean genios.

Francisco Pizarro traía, pues, un arduo problema para resolver: lograr de la Corona una autorización tan amplia que no fuera suficiente la firme voluntad del gobernador Ríos para estorbar la prosecución de la obra emprendida.

Tornaba ya célebre e ilustre el pobre muchacho que en cierto día triste huyera de La Zarza, apesadumbrado por la afrenta de su bastardía y la herida del ajeno menosprecio.

Lógicamente, húbole de resultar difícil borrar de su memoria los ultrajes añejos y saludar a sus hermanos (antes indiferentes para con él) y a los antiguos conocidos que vieran su desgracia sin que ella les moviera a lástima. Pero supo acallar sus viejos dolores y desvanecer las nubes de su rencor (si por acaso se llegaron a formar en su alma grande y generosa), porque interesábale el auxilio de sus allegados y amigos para proseguir su magna empresa, que él, con maravillosa videncia, consideraba aún en sus comienzos. Y merced a su tacto consiguió llevar con él hasta las lejanas costas del Pacífico a doscientos caballeros de lo más granado de España.

Pero donde culmina la diplomacia de Pizarro es en la difícil situación en que la guerra entre Huáscar y Atahualpa le colocó apenas se vió nuevamente en tierra peruana. No se le ocultó la necesidad de aprovechar esta lucha para obtener el

apoyo de ejércitos indígenas que, conocedores del terreno y del modo de combatir de los comarcanos, fuese un auxilio poderoso y alianza útil.

En Tumbes, ciudad donde estuvo Pizarro en su expedición, dominaban los partidarios del primero de los citados Incas, los cuzqueños, los cuales, viendo asolados sus campos y arrasadas sus ciudades por la saña feroz de los quiteños, secuaces de Atabalipa, hallaron en los españoles una protección eficacísima y para ellos casi milagrosa por lo inesperada.

Y quiso la casualidad que los soldados cristianos fueran a auxiliar a quienes con mejor derecho combatían, puesto que defendían a Huáscar, hijo mayor, legítimo, del difunto Inca Huayna Capac, contra Atahualpa o Atabalipa, bastardo y menor. Un escritor peruano ha dicho: “Atahualpa, quiteño, bastardo, inescrupuloso y cruel, y Huáscar, cuzqueño, legítimo y de más humana condición.”

Es, en verdad, posible que, enterado como estaba Pizarro del motivo de aquella guerra, aun cuando pudiese elegir aliado a uno u otro caudillo, prefiriese ponerse del lado de los humillados y vencidos, que veían pisoteados sus derechos y exterminados sus ejércitos. En su avance contra el ejército de su hermano (el legítimo Inca Huáscar), Atahualpa devastó las tierras, taló los campos, incendió las ciudades y mató a más de cincuenta mil hombres. Era, pues, no sólo un usurpador, rebelde y sin escrúpulos, sino también un desalmado, sanguinario y feroz, que no merecía, en modo alguno, la conmiseración que algunos le dispensan. “Regueros de sangre y resplandores de incendio—escribe el repetido historiador peruano Vidal—señalaron el paso de sus ejércitos.”

Empeño muy español y legítima causa de orgullo para nuestra patria ha sido siempre defender al débil contra el fuerte y la razón contra el desafuero.

Cuando, ya en la llanada de Cajamarca, recibió mensajeros de ambos hermanos, el conquistador acogió a unos y otros con

igual amabilidad; los de Huáscar le pidieron paz y alianza; los de Atahualpa le amenazaron con darle muerte a él y a los suyos si avanzaban un paso más. Y no obstante el tono altanero usado por los emisarios del usurpador, Pizarro respondiéndoles con toda mesura que “se holgaría de poderse volver, pero que no era posible, porque venía por embajador de los dos mayores señores del mundo, que son el Papa y el emperador..., por lo que pedía merced que no recibiese pena de dejarse ver y de oír la embajada que traía”. Difícilmente hallaremos otro ejemplo de contestación hábil y diplomática entre los conquistadores de aquella época.

Más tarde Atabalipa tornó a sus amenazas y, tras de largas jornadas, llegaron a la ciudad de Cajamarca, en noviembre de 1532; durante algunos días anduvo el Inca rehuyendo la entrevista, con informalidades y burlas que Pizarro, delicadamente, no tomó en consideración, resuelto a evitar la guerra.

Pero hay un punto en que la diplomacia, entonces y ahora ha de dejar paso franco a las armas. Y esto es lo que hizo Pizarro, anticipándose en siglos a los generalísimos y estadistas modernos.

De la lucha entre españoles sólo queremos indicar aquí que Francisco Pizarro al oponerse resueltamente a las pretensiones de Almagro, no sólo defendía su derecho, sino también la conveniencia geográfica y política de España en el Perú. Convienen los historiadores y comentaristas en que la gobernación de Pizarro sin el Cuzco hubiera sido un verdadero disparate. La estructura del terreno sometido a su jurisdicción, la distribución en él de los pueblos indígenas y cristianos, las relaciones creadas desde el principio de la conquista, son circunstancias que imposibilitaban al caudillo dejar en manos de otro hombre la ciudad, que ejercía hegemonía absoluta sobre el Perú.

Ello nos permite comprobar una vez más las excelentes dotes del héroe extremeño como gobernador, ya que bien claras y concretas están las que como general le adornaban.

Pero como estimamos que la obra colonizadora de Francisco Pizarro bien merece que dediquemos unos párrafos más a describirla, de ella nos ocuparemos en el capítulo siguiente.

## VI

### LA OBRA DE FRANCISCO PIZARRO

Historiadores poco escrupulosos o que han hallado más cómodo no profundizar en el estudio de la conquista de América (no queremos dejar toda la culpa al deseo de perjudicar el buen nombre de España), han repetido en sus obras que la ambición y la codicia fueron los únicos móviles que llevaron a nuestros ascendientes a tan apartadas regiones.

En primer lugar, todas las conquistas se han verificado por hombres entre los que unos caminaban tras un ideal y otros en pro de su personal provecho. Ejemplos numerosos podríamos citar aquí, desde las campañas egipcias, persas, fenicias, griegas y romanas hasta nuestros días. Recientes están aún las pretendidas colonizaciones de algunas "Compañías de Indias", y en la historia del Indostán hay páginas de no muy grata recordación.

Afortunadamente, la red de calumniosas cuanto arbitrarias imputaciones, que había llegado a constituir una "leyenda negra", ha caído estrepitosamente en el descrédito después de la aparición de las luminosas obras de investigadores, propios (como Julián Juderías) y extraños (como Lummis, Vidal y otros), los cuales se han encargado de dar el obligado mentís a tan difundidas patrañas.

No estará de más que, para responder a los extranjeros que muestran mayor empeño en atacar nuestro dominio colonial, repitamos las justísimas palabras de Quintana:

"A los extraños que por deprimidos nos acusen de crueldad y barbarie en nuestros descubrimientos y conquistas del Nuevo

Mundo, podríamos contestar con otros ejemplos de su misma casa, tanto y más atroces que los nuestros y en tiempo y circunstancias menos disculpables.” (Advertencia en *Vidas de hombres célebres*.)

Sabemos ya, y sabe el mundo entero, cuál fué la conducta de Cortés en Méjico y de Pizarro en el Perú; sabemos, sin que haya lugar a duda, las causas de algunas medidas de rigor adoptadas por apremiante necesidad de sofocar rebeliones. Sabemos que Atahualpa no era el caudillo noble y leal que pintaban los antiguos comentaristas, sino un bastardo cruel e inhumano que, contra todo derecho, encendió la más espantosa guerra civil que ha visto la Humanidad, que arrasó ciudades, saqueó templos y ejecutó en masa a los vencidos, sin que su saña se detuviese ante su propia sangre, de la que se manchó haciendo matar a Huáscar, su hermano, y ordenando arrojar después su cadáver a un río para “que no pudiesen llorar sobre él sus allegados”...

No fué la codicia el móvil que llevó a América a Pizarro. Buena prueba de ello es que en todo momento expuso su vida y empleó sus bienes por el mejor servicio de la honra patria. Negarlo o ponerlo en duda sería desconocer la verdad histórica.

Es preocupación de los hombres de alteza de miras dejar una huella perdurable de su paso por el mundo; el recuerdo perpetuado de generación en generación, la aureola de una gloria inmarcesible.

Pizarro soñó con una España en América con todas las bellezas y todas las características de su lejana patria. Y su conducta no fué jamás *negativa*, como lo hubiera sido si sólo le guiara el afán de obtener riquezas para regresar poderoso al lugar de su cuna. Pudo hacerlo y no lo hizo.

En los últimos años de su existencia vigorosa y activísima pudo ya ver los cimientos sobre los que habrían de elevarse, al correr de los años, unas naciones cultas y fuertes, en cuyo seno se fundieran, como en un crisol augusto y gigantesco, las cualidades de dos razas grandes y potentes.

“Este—escribe Vidal—parece haber sido un secreto pensa-

miento de Pizarro, no sospechado de los historiadores; procrear a hijos dignos del sino español y del indiano que a ellos convergían; pastores natos de pueblos con que forman un linaje..." Refiérese, naturalmente, a los hijos habidos por Pizarro en la nieta de Huacachillac Acu y hermana de Manco II, la que tomó el nombre de doña Inés Huaylas Yupanqui; fueron estos hijos Gonzalo y Francisca.

También parece favorecer esta hipótesis su constante empeño de obtener blasones para sus allegados indígenas, medio de que los nobles incaicos vinieran a ser parte integrante de la nobleza española.

Complétase la obra civilizadora del inmortal extremeño con la fundación de numerosas ciudades: ciudad de los Reyes (hoy Lima), ventajosamente situada en el valle de Rimac, cerca de la costa, hoy con más de 150.000 habitantes (6 enero 1535); La Plata o Chuquisaca, Charcas o Sucre (1538), hoy con 40.000 habitantes. Arequipa, situada en la falda del volcán de Misti (hoy 50.000 habitantes); Popayán, sobre el río Cauca; Cuzco (Nuevo, 1534), antigua capital del imperio incaico, hoy con 40.000 habitantes; Guánuco, (1539); Paria; Quito, situada cerca del volcán Pichincha, bajo un clima maravilloso (1534), hoy 100.000 habitantes; Trujillo (1530), 30.000 habitantes.

También fundáronse por él o por su orden expresa: San Miguel (1531), La Frontera, Guamanga, Guayaquil (1537), magnífico puerto natural sobre el Pacífico, hoy con 70.000 habitantes; Pasto (1539), Cali, sobre el río Cauca, en el hermoso valle de su nombre (1537), hoy 30.000 habitantes; Cartago (1540), Ancerma y otras varias.

Hoy, en aquellos campos abundosos, en las altísimas montañas donde la nieve y los vientos ejercen su soberanía, en los amplios puertos abiertos sobre el mayor de los mares, se recuerda y venera la gloriosa historia de aquel hombre que, abandonado apenas nacido a la puerta del convento de San Francisco el Real de la noble ciudad de Trujillo, de Extremadura, supo,

en fuerza de valor, tenacidad y patriotismo, vencer; sobre el mar, la indiferencia humana, el odio y los siglos.

Descubrámonos ante la sombra gloriosa de quien tuvo en su mano los destinos de un continente y supo trazar su camino sin vacilaciones ni renunciamentos para arrancarlo de la incultura en que se hallaba sumido e incorporarlo así a la marcha de la Humanidad hacia la libertad y el progreso.

## VII

### AMÉRICA ESPAÑOLA

Estudiada en conjunto la conquista del Nuevo Continente, podremos observar que en unos años (corto espacio para tamaña labor) España llevó su soberanía civilizadora desde la Florida hasta el estrecho de Magallanes en el Atlántico, y desde allí a California en el Pacífico. Y no limitándose a conocer y dominar la costa, sino cruzando tan vastos países y estableciéndose en territorios que más tarde han sido Méjico, Guatemala, Nicaragua, El Salvador, Honduras, Costa Rica, Panamá, Colombia, Venezuela, Ecuador, Perú, Bolivia, Chile, Paraguay, Argentina, Uruguay, Puerto Rico, Santo Domingo, Jamaica y Cuba...

Nombres gloriosos, nombres españoles han quedado escritos en la historia de esos países: Los Pinzones, Hernán Cortés, los Pizarro, Almagro, Alvarado, Pedrarias de Avila, Ríos, Las Casas, Basurto, Andagoya, Cabeza de Vaca, La Gasca, Grijalva, Velázquez, Vaca de Castro, Núñez de Balboa, Montejo, Córdoba, Pineda, Vela, Ercilla y cien más.

En esas regiones viven hoy más de cincuenta millones de habitantes de habla castellana, sobre trece millones de kilómetros cuadrados, donde se alzan ciudades amplias y cultas, cuyos cimientos pusieron nuestros antepasados en un alto de su caminar eterno de luchas e inquietudes.



## BIBLIOGRAFIA

- R. CUNEO VIDAL.—*Francisco Pizarro y Guerras civiles de los Incas.*  
E. RECLUS.—*Geografía Universal.*  
CH. F. LUMMIS.—*Los exploradores españoles del siglo XVI.*  
ONÉSIMO RECLUS.—*La terre a vol d'oiseau.*  
ZURITA.—*Anales.*  
AGUADO.—*Historia de América.*  
JEREZ.—*Verdadera relación de la conquista del Perú y provincia del Cuzco.*  
ZÁRATE.—*Historia del descubrimiento y conquista del Perú.*  
QUINTANA.—*Vida de Francisco Pizarro y Vida de Vasco Núñez de Balboa.*  
SOLÍS.—*Conquista de México.*  
PEDRO DE CIEZA.—*La Crónica del Perú.*  
L. DE GOMARÀ.—*Historia de las Indias.*  
IZQUIERDO CROSELLES.—*Historia general.*  
FERNÁNDEZ OVIEDO.—*Historia de la conquista del Perú.*  
R. ALTAMIRA.—*Papel de España en el mar Pacífico.*  
J. JUDERÍAS.—*La leyenda negra.*  
BOERO.—*Geografía de América.*  
ORTEGA Y RUBIO.—*Historia de España.*  
C. CANTU.—*Historia Universal.*  
SALÉS FERRÉ.—*Historia general.*  
C. PEREIRA.—*Historia de la América española.*  
NAVARRO LAMARGA.—*Historia general de América.*  
G. LATORRE.—*La Cartografía colonial americana.*  
MONTERO MEJUTO Y VALERO BERNABÉ.—*La sombra del Almirante.*



# PARTE PRIMERA

---

## TEMA SEGUNDO

PREMIO: Al trabajo número 10.—Lema: *A mi madre y a Trujillo.*  
Autor: D. Fermín Corredor Lebrón, Peñón, 28, tienda, Madrid.



## PRESENTACION

Hacer historia es, a mi juicio, una de las empresas que mayores dificultades ofrecen a los hombres que dedican sus actividades a la investigación de la verdad. Requiere un cúmulo de conocimientos y una preparación científica que muy contados escritores llegan a poseer. Tan lejos me encuentro de ello, que sería vano intento el mío si pretendiese dar a este trabajo el carácter de investigación o crítica histórica.

Escribir "historias" es más fácil y cómodo. En este menester, la imaginación suple la falta de conocimientos, y la habilidad literaria sustituye al concienzudo trabajo científico.

Incapaz de lo primero, no quiero caer en lo segundo, como acaeció a tantos otros que, sin elementos suficientes, pusieron mano en la Historia para no hacer sino "cuentos", que ni a "novela" llegaron.

Me queda un camino: aceptar la historia hecha por hombres de reconocida solvencia técnica y juicio recto. Sean para ellos los lauros que merece el penoso trabajo de la investigación y el esfuerzo intelectual de la crítica.

Del cotejo de sus libros con mi pobre lógica surgen unos razonamientos, sobre la vida de Pizarro, que hago y expongo con toda sinceridad, desde el plano de cultura general, no muy elevado, en que mis aficiones y mis estudios me colocaron.

Sirva de justificación a mi atrevimiento el buen deseo de aportar un granito de arena a la montaña que es necesaria para enterrar la "leyenda negra" con que empañaron la época más

gloriosa de nuestro pasado plumas movidas por odios y rivalidades de raza, cuando no por envidias y pasiones más bajas.

Tal es el carácter humilde de este trabajo, en el que la sinceridad y buen deseo son únicos méritos.

Los que espero reconocerá el Tribunal que le ha de juzgar.

## IDEALES QUE IMPULSARON A PIZARRO A LA CONQUISTA Y COLONIZACION DEL PERU

Si la vida es según los ideales, los ideales son según la educación. Quiere esto decir que si la causa o principio eficiente de nuestros actos ha de buscarse en los ideales que perseguimos, éstos, a su vez, son efectos necesarios o consecuencias de la educación recibida.

Entiendo por educación el conjunto de acciones, intencionadas o no, ejercidas sobre el educando por el medio en que se desarrolla su existencia. El modo de ser en cada momento (carácter) deviene, en la evolución psíquica, como resultante de la convergencia continuada de la herencia (disposiciones innatas) con el medio (sensaciones y emociones).

Por esta razón, si, al estudiar la vida de Francisco Pizarro, encontramos claramente dibujados los ideales que la presidieron, al investigar las características de esos ideales nos vemos llevados a estudiar su educación.

Tres aspectos interesantes en toda educación me interesan, sobre los demás, en la educación de Francisco Pizarro; la acción del medio ambiente (sugestión de ideales), la influencia educadora de la madre (recepción de emociones), y la adquisición de habilidad o arte (instrucción técnica por el ejercicio).

Prescindiré de las condiciones heredadas, así como de la capacidad fisiológica, porque, además de no ser parte en este tema, cae fuera de toda duda que en Pizarro se dió como pocas veces el "corpore sano".

No será difícil ver que, si la vida de Pizarro es la de un *gran conquistador*, su ideal, eje director de toda ella, fué el de *ser un gran capitán en las guerras de su Rey y de su Religión*, y su educación, la que correspondía como más adecuada para formar un *gran soldado* de su época.

¿Ideales? Una imagen, cargada de emoción, surge en nuestra mente, alterando el ritmo de nuestro corazón y promoviendo (si se quiere con Herbart) todo un juego de representaciones (representación de imágenes anteriores) hasta ocupar el centro de la conciencia. Ideas de fe y esperanza (representaciones de posibilidad) se asocian a ella y mueven a la voluntad en un deseo de realización. La fantasía o imaginación asociativa se encarga de adornarla de cuantas bellezas o percepciones placenteras nos proporciona o sugiere el ambiente en que nos movemos, originándose lo que se denomina “arquetipo o modelo interno”; “lo que *no es* en la realidad, pero *sí es* en la conciencia; lo que *debe ser*”, de Kant; la “idea”, de Natorp.

Sentidos internos de orientación, que nos hacen percibir el término positivo de nuestra dirección de perfectibilidad; brújulas que señalan el norte de los caminos de nuestra vida; estrellas que, como las de los Reyes Magos, nos guían a la meta de nuestro destino; así son los ideales: virtuosos o desordenados, viciados o normales, brillantes u opacos, como los sentidos, como las brújulas, como las estrellas.

A la manera que la Humanidad a través de la Historia y por los caminos de la civilización, marcha en el sentido de una constelación de tres estrellas: Bien, Verdad y Belleza, que están en Dios y por la eternidad, cumpliendo el mandato divino de Cristo... “Sed perfectos, como vuestro Padre que está en los Cielos es perfecto.” Los actos de cada hombre se dan siempre bajo la atracción y auspicios, benéficos o malignos, de algún ideal. ¿Los ideales de Pizarro?

Yo quiero verlos surgir en su infancia, fortalecerse en su ju-

ventud, dibujarse claros en su comportamiento de Tierra-Firme e iluminar brillantes en su actuación en la conquista y colonización del Perú.

Si la inteligencia del hombre no es la inteligencia del niño, el corazón modelado en la infancia conserva la misma estructura, las mismas fuerzas emotivas hasta la vejez. Nada influye más en el carácter de un hombre que los ideales grabados en su corazón durante la infancia, sobre todo si los grabó una madre.

Así se decía ya en los Proverbios, tan oportunamente aducidos por D. Juan Tena (1) "... que cual es el hombre en el comienzo de la vida, tal es en los días de la ancianidad" ...

El niño, tan incapaz de entender razonamientos como de formular juicios propios, es un excelente receptor de imágenes y emociones. Las que recibe en esta primera edad ocupan el lugar preferente de su alma para ser después centro productor de ideas, fuerzas y energías o valores positivos de humanidad.

Sus ideas de hombre inteligente, cuando se formen, vendrán a enjuiciar, aprobando o censurando, estas tendencias primeras, y hasta en algunos casos, podrán llegar a vencerlas y modificarlas; mas, en la generalidad de los humanos, la causa eficiente de todos los actos de la vida ha de buscarse en las primeras emociones recibidas; en las primeras imágenes elaboradas; en los primeros ideales que brillaron en sus almas de niños.

Así lo entiende también la más moderna Pedagogía, señalando la sugestión de ideales puros y elevados en la infancia como base necesaria de toda buena educación. A ello atienden los ingleses en la formación de su *christian gentleman*.

Dos son los aspectos externos reconocidos por todos, como colaboradores eficaces en la sugestión de estos primeros ideales: el ambiente en que se desenvuelve la infancia y la influencia emocional de la madre.

Es el ambiente el que provoca en nosotros las sensaciones con que construimos nuestras primeras imágenes; el que sugiere los juegos y actividades (aquí la importancia de la escuela),



en que se desarrollan las primeras aptitudes y se forman los primeros hábitos, que después serán vicios o virtudes; el que despierta los deseos que constituyen las primeras tendencias de la voluntad naciente. Es decir, el que proporciona los materiales con que se elaboran los prístinos ideales.

En Trujillo, en una época en que esta ciudad era plaza fuerte, frecuentada por los Reyes Católicos y su corte, más militar que palaciega; donde se firmaron las paces con Portugal (1479) que ponían fin a las guerras con la “Beltraneja” y aseguraban definitivamente a Doña Isabel en el trono de Castilla, a la vez que se ejercitaban en justas y torneos los mejores caballeros de un ejército que había de realizar las mayores empresas; cuando del seno de aquella ciudad surgían soldados de la categoría de García de Paredes...; *en aquel lugar y tiempo nació y vivió sus primeros años Francisco Pizarro.*

Su padre, Gonzalo Pizarro, perteneció a una de las familias más ilustres de Trujillo, y había de distinguirse como capitán esforzado en las guerras de Italia y Navarra.

Su madre, Francisca González, era hija de humildes labradores (Juan Mateo y María Alonso), y fué la encargada del cuidado y primera educación—¿quién mejor?—de aquel hijo, fruto bastardo de un amor de admiración al caballero Gonzalo (2).

No es necesario un conocimiento profundo de la psicología infantil para comprender el entusiasmo con que verían los niños de aquel Trujillo—entre ellos Pizarro—el maravilloso espectáculo de la Corte con su vistosa coloración de estandartes, trajes y paveses, con el brillo atrayente de las armas, con los emocionantes juegos de valor y destreza.

En este medio, en el que se hablaría a todas horas de guerras, conquistas, distinciones, hazañas y triunfos, se formaron las primeras imágenes en la mente de Francisco Pizarro, y en esta época debió surgir la tendencia que había de ser trayectoria de toda su vida, por la fuerza vocacional que siempre tienen los primeros ideales.

Ser un gran soldado, llevar aquellas armas tan brillantes, realizar las mayores empresas, merecer el aprecio de los Reyes, provocar la admiración de todos... Así soñarían aquellos niños, que jugaran a "moros y cristianos"; así soñaría Pizarro, y así debieron formarse sus primeras aficiones, cimientos necesarios del que, a mi juicio, fué ideal de toda su actuación: *ser el mejor soldado, ser un Gran Capitán.*

He de hacer aquí un paréntesis para rechazar, con todas mis fuerzas, las fábulas referentes a los primeros años de Pizarro.

Bástame, para ello, ver que ningún escritor serio las acepta sino a título de burdas invenciones. No puede concedérseles otro valor que el de deformaciones fantásticas, semejantes a las que experimenta toda tradición oral. Frutos de la imaginación, que interpretando mal, por ingenuidad o malicia, palabras oídas una sola vez, son el origen de todas las leyendas y mitos.

A este objeto, dice Prescott (3) que "los primeros años de los hombres que han ilustrado sus nombres con sus hazañas, como la historia primitiva de los pueblos, presentan un campo fértil a la imaginación". Y si un mito hizo mamar a Rómulo de una loba, otro, sin duda del mismo origen imaginativo, puso al niño Francisco Pizarro al pecho de una cerda.

Quintana (4) nos hace ver que si Gomara las cuenta, Garcilaso las combate; y de los demás contemporáneos, ni Herrera (llamado por algunos "ingenuo"), las recoge.

Y como me parecen excelentes los razonamientos que hace el Sr. Tena en los párrafos que dedica a este asunto (5), a ellos me remito sin reservas ni dudas de ningún género.

Mas, siquiera sea en compensación del trabajo que me ahorra, quiero hacer a dicho señor una reflexión que me sugirió la lectura de esos párrafos. Es ésta:

Lo que él buscó y razonó, sin pretensiones de historiador, ¿no pudo y debió buscarlo quien se pagaba de serlo?

Con piadosa bondad deja el Sr. Tena ocultos, en un intencionado silencio, a los "historiadores que, copiándose servilmente, dicen que Pizarro fué porquerizo", etc., etc. (6).

Mas hay casos tan absurdos, que yo entiendo ser de necesidad sacarlos a la luz pública, para que sus autores sean juzgados como merecen o para que rectifiquen las afirmaciones que hicieron, acaso sin más razones que las de comodidad.

Quien aspire a merecer el concepto de historiador tiene el deber de molestarse en buscar la verdadera historia, ya que sólo de los técnicos puede esperar España la destrucción de la "leyenda negra".

Uno de estos casos es el de la *Historia de España*, de Moreno Espinosa, libro de texto, por mucho tiempo, en el Instituto de Cáceres, y, como tal, leído y aprendido por varias generaciones de estudiantes trujillanos. Pues bien, en este libro sólo se dice de Pizarro lo que por todos es puesto en tela de juicio; lo que, hasta para extranjeros como Prescott, no merece otro aprecio que el de leyendas o mitologías.

¿No procedería pedir a los autores de casos como éste una explicación de las razones que tuvieron para recoger la "fábula" despreciando la historia? Acaso aducirían razones didácticas—ya que suelen abundar en los libros de texto—, y esas sí que serían razones de la peor calidad.

Si el Sr. Moreno Espinosa mereció, por otros motivos, el concepto de historiador, yo entiendo que en este caso dejó de cumplir con su deber.

Volveré, más adelante, a hacer la refutación de la parte que en la "leyenda negra" correspondió a Francisco Pizarro.

Si el niño, como educando aspirante a hombre, en su débil constitución es natural y casi exclusivamente apto para la recepción de imágenes y emociones, la mujer madre, con su amor de tal, con su feminidad y ternura, con sus especiales caracteres fisiológicos y psicológicos, es el mejor inductor de esas emociones o imágenes. Es por esto que la madre sea considerada como el educador por excelencia, como agente insustituible en la función de dar vida emotiva a los primeros ideales del hombre, así como en la de llevar a su alma virtudes que,

acompañándole toda la vida, le dan fortaleza en las luchas y en las desgracias consuelo.

Tan decisiva es la influencia de la madre en la vida del hombre, que apenas si hay alguno, entre los que se distinguieron en las luchas del Bien, la Verdad y la Belleza, hasta merecer la admiración de los demás, que no deba la energía de su excepcional actuación al amor, a la ternura, a las emociones, a las imágenes y a las virtudes recibidas en la educación de sus primeros años por su madre.

La Historia está llena de ejemplos como el de los Gracos, y la Pedagogía actual de todos los matices reconoce esta superior capacidad aducadora de la mujer, sin reservas de ninguna especie. El mismo Herbart, que toda la educación la fía en la recepción de ideas o instrucción, confiesa que debe todo lo que es a su madre, más amante que instruída, aunque lo era mucho.

Conviene, pues, señalar que Francisco Pizarro debió los primeros cuidados o primera educación a su madre.

“Descendiente de nobles, Pizarro, digna de su prosapia fué su educación... a la que *atendería su madre*, en Trujillo, con esmero y solicitud.” Así lo afirma el Sr. Tena (7), y yo he visto justificada en otros autores su afirmación.

He subrayado las palabras *atendería su madre*, porque, además de no ofrecer dudas para nadie, son para mí de importancia capital.

Ellas son la base más firme de mi razonamiento.

Pues bien; sin que nadie pueda juzgarlo como atrevimiento, yo creo poder afirmar que de su madre, de la humilde Francisca González, recibió nuestro héroe, entre otras cualidades que se destacan en su historia, tres que yo quiero señalar: una, el carácter de emoción, vivificadora de su primer ideal; las otras dos, con el de virtudes que presiden como fuerzas reguladoras los actos de toda su vida.

No es difícil inducir qué emoción dominaría en la comunicación amorosa de madre a hijo. A mi juicio, no podía ser otra

que una acendrada y respetuosa admiración hacia el padre, caballero y soldado, Gonzalo Pizarro.

Quien haya vivido sus primeros años bajo el amoroso cuidado de una madre que a todas horas habla con respetuoso cariño del padre ausente o difunto, puede juzgar el inmenso valor emocional de aquella admiración que, digo, debió de grabar la madre, sencilla labradora, en el corazón del hijo, futuro conquistador.

Sucede a los hombres, y más a los niños, que, siempre perfectibles pero siempre imperfectos, no les bastan, para moverse, las imágenes o ideas como términos abstractos. Viviendo al ras de la tierra pueden mirar al Cielo; pero he aquí que necesitan apoyar sus ideales en la realidad, o lo suprasensible, en lo sensible. De igual manera que los griegos dieron formas y cualidades humanas a sus dioses, cada hombre necesita, para su "arquetipo", un sujeto sensible de atribución, un "modelo externo" que venga a ser el término inmediato de su admiración, objeto de sus comparaciones y estimulante continuo de su actividad.

Esta función de modelo o "prototipo" fué la que desempeñó Gonzalo Pizarro en la vida de su hijo Francisco. También aquí se puede preguntar: "¿Quién mejor?"

La admiración al padre, militar, fué la emoción vivificadora de su ideal, que hubo de tomar esta fórmula: "Ser un buen soldado como su padre."

Las dos virtudes que, digo, recibió Pizarro de su madre, son: Una FE inquebrantable en las enseñanzas y prácticas de la Religión Católica, y una HUMILDAD de carácter en la apreciación de su capacidad y valores.

De tal manera influyen en su actuación estas dos cualidades, que solamente por la concurrencia de ellas puede explicarse el comportamiento de toda su vida, y, sobre todo, el de las épocas de Tierra-Firme (1510-1524) y exploraciones de la costa del mar del Sur (1524-1526).

Aunque volveré más adelante a hacer referencia a estas épocas, quiero dejar consignados aquí dos juicios que prueban mi afirmación.

En Panamá, en 1517, se consideraba locura arrostrar las dificultades que ofrecía la empresa de llevar a cabo los proyectos de Balboa, cuya muerte dejó un vacío que parecía imposible de llenar. Quintana dice de Pizarro: "El hombre extraordinario que había de superarlas todas, no conocía sus propias fuerzas." (8)

Refiriéndose a la segunda de las épocas citadas, dice Prescott (9) que "Pizarro procuraba dar a todos sus actos un carácter religioso", y que, según Herrera, "cada mañana daban gracias a Dios; a las tardes decían la Salve y otras oraciones; por las Horas, sabían las Fiestas y tenían en cuenta con los viernes y domingos". En medio de las terribles calamidades por que pasó aquel puñado de valientes, sólo en la fe recibida de su madre podía encontrar Pizarro la fuerza necesaria para mantener firme su ánimo y el de los que le seguían.

He de afirmar aquí que la educación de Pizarro, si bien fué incompleta, según el concepto moderno de "integral", no estuvo abandonada ni dejó de ser la que correspondía a su prosapia en su tiempo.

Casi todos los autores, al referirse a la educación de Pizarro, la califican de deficiente y "en realidad muy descuidada; se cree que nunca supo leer ni escribir"... (10) y afirman "que se le dejó crecer a merced de la naturaleza y no se le enseñó a leer ni a escribir" (11).

Aun siendo cierta esta condición de iliterato, como quieren los más, yo creo que se emplean confusamente, por todos, las palabras educación e instrucción.

Hablar de abandono y de descuido en la educación de Pizarro, porque no se atendiera debidamente (según el criterio actual) a su instrucción literaria, es tan absurdo como afirmar que los espartanos no recibían educación, puesto que no se les enseñaban las bellas artes.

Pizarro recibió una educación adecuada a los fines que se le destinaban—como lo prueba lo bien que cumplió aquellos fines—, en nada inferior a la que recibían los hijos de los nobles de aquel tiempo. Negarlo, sería negar la necesidad de la educación.

Si la educación era entonces deficiente en letras para los que habían de usar las armas—que no abundaron mucho los Ercillas—, ¿cómo extrañar que quien gustó y empleó como pocos de las segundas, se abandonara más que otros en las primeras?

¿No las prohibió Licurgo a los que quería buenos soldados para la patria?

Dígase, en buen hora, que fué deficiente la instrucción literaria de Pizarro o que fué nula su afición a las letras, y se estará más cerca de la verdad y la razón.

Es indudable que no usó mucho de las que aprendiera en sus primeros años. Este abandono, natural en un soldado, con la timidez que el hombre no literato siente al tratar de escribir lo que piensa, por temor al ridículo, debieron ser causas que le impulsaron a dejar este menester en manos de secretarios, siempre buenos calígrafos.

Yo podré conformarme con el criterio del P. Cappa (12), de que “con más instrucción hubiera dado a sus grandes hechos ese brillo que tanto agrada y que sólo es capaz de dar el bien cultivado “entendimiento”. Pero de esto a admitir que Pizarro llegó a la cumbre de esos “grandes hechos” sin el impulso de una adecuada educación, hay un abismo por el que yo no puedo saltar.

## FALSA LEYENDA DE QUE FUERA UN PORQUERIZO NI UN AVENTURERO

En gracia al orden rigurosamente cronológico de los hechos y a la hilación de mis razonamientos, no dudo me será permitido alterar el de los puntos que propone el tema: estudiar primero el de la falsa leyenda, dejando para después el juicio de la labor colonizadora llevada a cabo por Francisco Pizarro. Espero de los señores del Tribunal que sepan perdonar esta alteración, reconociendo el valor de los motivos que a ello me empujan.

¿Dónde se formó el mejor soldado de Tierra-Firme?

Es muy fácil llegar al conocimiento de una esfera, pero difícil modelarla, especialmente si ha de hacerse con rapidez.

La distinción entre arte y ciencia consiste en que aquél es una actividad y ésta un estado de reposo. La ciencia es conjunto de representaciones recibidas o elaboradas; el arte es la unión inmediata de representaciones y movimientos. Es la diferencia que existe entre “conocimiento” y “destreza”.

A la facilidad y precisión de movimientos que requiere la posesión de un arte—desde el arte de andar hasta las llamadas bellas artes—sólo se llega por el aprendizaje o ejercicio, mediante el cual se consigue la coordinación y aceleración de movimientos y representaciones; ejercicio que produce la eliminación sucesiva de los reflejos nerviosos, innecesarios y perturbadores. Únicamente cuando se ha llegado a esa eliminación, puede decirse que el individuo está adiestrado, o, también, que es hábil o experto en su arte.

Mas no se crea que esta necesidad de adiestramiento atañe solamente al mecanismo de la inervación senso-motora. La voluntad—ejemplo aquí pertinente—tiene los dos estados: pasivo y activo. La voluntad que quiere y la voluntad que “decide” el acto.



Voluntad “conocedora” o del libre albedrío, y voluntad “adiestrada” o de hábito. Por éste, actuamos con facilidad en bien o en mal; en virtud o en vicio.

El valor consciente, el de serenidad ante el peligro conocido, no es otra cosa que el resultado de un adiestramiento de la voluntad. Sólo por el ejercicio o experiencia del peligro se llega a eliminar los reflejos de defensa fisiológica—reacciones negativas ante sensaciones desconocidas—a cuyo conjunto llamamos miedo o instinto de conservación.

El arte militar—tanto en el siglo XVI como en el actual—necesita de dos adiestramientos: el que corresponde al uso de las armas y el del valor o anulación del miedo.

De este último se dice hoy “necesidad de estar fogueado”, que puede apreciarse por el terror que producía en los indios de América el ruido de los disparos.

El manejo de las armas era—como todas las artes—mucho más difícil de aprender en el siglo XVI que en el XX, ya que la mecánica precisión de las máquinas—en la guerra como en las industrias—fue sucesivamente sustituyendo al arte personal.

Nadie dudará que es más difícil de adquirir la precisión en el disparo de la flecha que en el tiro con fusil moderno. Que el arte de la esgrima requiere un aprendizaje más largo que el servir con rapidez un cañón.

Con estas razones, que no son sino realidades humanas, yo, en el lugar de Garcilaso, hubiera preguntado a Gomara: ¿Cómo podía explicarse que un hombre—de quien él mismo ha escrito tantas grandezas—adquiriese las habilidades de guerrero que todos reconocieron, marchando por el campo detrás de unos cerdos; que sin haber manejado hasta los veintiséis años otra arma que el látigo, propio de la profesión que le atribuye, supiese, apenas soltado aquél, manejarlas todas con la destreza de los mejores capitanes de su tiempo; que quien no “osó tornar a casa de miedo”, fuese en seguida el más osado de todos ante los peligros de la guerra—en los que siempre tenía serenidad para sí y para todos los que le acompañaban—; que quien

no había guiado ni visto mandar sino animales, revelase, desde un principio, las condiciones de capitán que le reconocieron jefes y subordinados?

Y a cuantos duden de la necesidad de admitir que Pizarro estuvo en Italia, yo les pregunto: ¿Dónde se formó el mejor soldado de Tierra-Firme? ¿Dónde adquirió la serenidad ante los peligros de la guerra, las destrezas del arte militar con las cualidades técnicas del mando, que sabemos demostró poseer en 1510? Porque yo creo, y creeré en tanto no se me demuestre lo contrario, que así al valor consciente como a la destreza, sólo se llega por eliminación sucesiva de reflejos perturbadores, lo cual se consigue únicamente por el ejercicio repetido en tiempo y lugar adecuados.

Si como período de aprendizaje en el manejo de los instrumentos de los más humildes oficios se señalaban, hasta hace poco tiempo, en los contratos de maestros y padres cuatro años, para formarse capitán del siglo XVI, ¿será mucho pedir nueve años (1495-1504) en las guerras de Italia?

Refiriéndose a los preliminares de la conquista del Perú, dice el P. Cappa (13): “Tres hombres nacidos, digámoslo así, para ser cada dos complemento del tercero... Hernando de Luque, prudente y sagaz... Francisco Pizarro, el más experimentado, *formado como soldado en las guerras de Italia y amaestrado en las de América con Ojeda y Balboa...* Almagro, de quien se sabe menos... Pizarro haría de cabeza en el mando de las tropas; Almagro se encargaría de llevar armamentos y pertrechos a Pizarro donde quiera que fuese, y Luque de orillar las dificultades que pudieran sobrevenir.”

Quintana, refiriéndose a la juventud de Pizarro (14), dice: “Semejantes aventuras tienen más aire de novela que de historia... Algunas (se refiere a la supuesta de porquerizo) están en oposición con los documentitos del tiempo que le dan sirviendo en las *guerras de Italia.*” Y en una llamada de la misma página: “En un discurso o papel en derecho, presentado al Rey por los descendientes del conquistador, para hacer efectiva en ellos

la gracia que le concedió del título de marqués con veinte mil vasallos, se dice: "Francisco Pizarro, señor, caballero de la Orden de Santiago, *después de haber servido en las guerras de Italia y Navarra* con el coronel Gonzalo Pizarro, su padre, etc..." No cita el lugar o texto donde vió este documento.

Prescott, aunque parece desentenderse del problema (15), aporta la opinión de Pizarro y Orellana en *Varones Ilustres*, que afirma "sirvió en Italia". De la autoridad de éste, dice Prescott, al acatarla para fijar la fecha del nacimiento de 1471, que como "pariente del conquistador, tenía motivos para estar bien informado".

¿Estuvo, pues, Pizarro en Italia? Así lo admiten los que, con detenimiento y sereno juicio, han estudiado su vida.

Yo me atrevo a defenderlo por la necesidad lógica de causa a efecto.

Si con las razones dadas puede afirmarse que Pizarro estuvo en Italia, ¿qué queda de la leyenda de que fué porquerizo?

En las guerras de Italia, y a la vez que se fortalecía "su ideal" con el ejemplo de su padre y del Gran Capitán, se formaba, con el ejercicio o adiestramiento adecuado, el que desde su desembarco fué por todos conceptos *el mejor soldado de Tierra-Firme*.

¿Qué ideales movieron a Pizarro a embarcarse para América? Los que principalmente animaban a los soldados de aquel tiempo: "Extender la fe de Cristo en regiones desconocidas e inmensas y ganarlas a la obediencia de su Rey." (16).

Me propongo demostrar aquí dos cosas: que Pizarro no fué a América como uno de tantos aventureros, y que no le movió la ambición del oro. Ambición que, con razón o sin ella, se atribuye a los soldados que fueron a aquellas tierras, donde, después de pasar por las mayores calamidades y padecer hasta hambres, los mejor librados apenas si lograron aumentar las

armas de sus mayores con un león fiero o un águila volandera (17). Quiero también hacer resaltar su humildad o falta de soberbia.

En 1510 fundó Ojeda el pueblo y fortaleza de San Sebastián, en el Urabá. En medio de las mayores miserias y calamidades, cansados de esperar los recursos que, según prometía Ojeda, había de traer Enciso, se formó entre los soldados la idea de escapar en uno de los barcos.

Conocedor Ojeda de estos propósitos, embarcó para buscarlos por sí, “dejando a Francisco Pizarro, varón noble, por Prefecto para guardar el fuerte que había edificado” (18).

Pizarro no debió ser de los impacientes conspiradores, por cuanto Ojeda le reconoció y eligió como el más apto para encargarse de una misión tan difícil y penosa como la de sostener y mandar a aquellos hombres en aquel estado, durante un plazo mínimo de cincuenta días.

Ni Enciso llegaba, ni Ojeda volvió en el plazo señalado. El hambre y las enfermedades habían reducido a sesenta el número de colonos, y... ¡ni este número tenía cabida en los dos bergantines de que disponían! ¡Había que esperar a ser niños! (19).

Cuando les fué posible embarcaron en los dos navichuelos. Apenas embarcados naufragó uno de ellos, y Pizarro, con los pocos hombres que le quedaron, se dirigió a Cartagena, donde encontraron a Enciso. Este, con los poderes que decía tener recibidos de Ojeda, se encargó del mando y ordenó la vuelta al Urabá. Pizarro no sólo cedió el mando a Enciso, a pesar de tener iguales o mayores derechos que él, sino que decidió a los que le acompañaban a la obediencia, venciendo con el ejemplo la resistencia que presentaban a la orden de volver a tan inhospitalarios parajes.

Me parece conveniente intercalar aquí unas observaciones incidentales.

Si es cierto que en las desgracias se temple el carácter de los hombres, el de Pizarro debió salir bien templado de esta primera prueba. Es el temple asombroso que reveló en las mandanzas de Río Birú, Puerto del Hambre, Punta Quemada, Chicama, Río de San Juan, Isla del Gallo y Gorgona; la grandeza de alma que maravilla a cuantos leen los sucesos de esta época (1524-1526), en la que se muestran, como nunca, resistencia física, valor, fe, paciencia y tenacidad: la fuerza invencible de su ideal. En medio de las mayores calamidades y sufrimientos, a los que contribuyeron por igual los elementos y el terreno, el hambre y las enfermedades, sus heridas en la lucha con los indios y la pena de ver morir a tanto compañero, ni un momento se deprimió su ánimo, que siempre, siempre, tuvo fuerzas de fe y esperanza para sí y para los demás. Si en las hazañas de Cortés figura con celebridad “Una noche triste”, ¿cuántas “noches tristes” pasarían por el alma de Pizarro en aquellos desastrosos principios de la conquista del Perú!

Las relaciones de Angleria demuestran hasta la saciedad que Pizarro no llegó a América como uno de tantos aventureros.

La facilidad con que Pizarro cedió la gobernación a Enciso, ¿no es bastante para poder afirmar que no sentía la ambición del mando?

Pues bien; cuando después del nuevo fracaso en San Sebastián y del mal gobierno del Darién, empiezan a suscitarse dudas sobre las atribuciones de Enciso; cuando surge Balboa con sus habilidades e intrigas, por las que, descontando capacidad y valor, llegó a la gobernación de Santa María la Antigua; cuando se acordó mandar a Colmenares en busca de Nicuesa para que fuese el jefe de todos; cuando se desistió de éste por sus imprudentes manifestaciones de soberbia; cuando, en fin, se encarga a Balboa del mando supremo de Tierra-Firme, ¿cómo no presentó Pizarro su candidatura ni intentó hacer valer sus derechos, de igual clase que los de Enciso y superiores a los de Balboa? ¿Qué condición es la suya, que le hace mantenerse al

margen de aquellas luchas y ambiciones a pesar de su capacidad ya demostrada en San Sebastián y reconocida por todos?

Si fué el primero a las órdenes de Ojeda, otro tanto le sucedió con Balboa y más tarde con Pedrarias.

Cuando Balboa, asegurado su mando, se decidió a explorar el interior, “envió primero a descubrir a Francisco Pizarro, que volvió después de una refriega con los indios de Cemaco” (20), y se cuenta que los soldados iban más contentos y confiados cuando los mandaba Pizarro, y que así lo pidieron muchas veces (21).

En el acta de posesión del Mar del Sur, extendida el 29 de septiembre de 1513 por el escribano Andrés de Valderrábanos, dice: “Los caballeros y hidalgos y hombres de bien que se hallaron en el descubrimiento del Mar del Sur con el magnífico y muy noble señor capitán Vasco Núñez de Balboa, gobernador por sus Altezas en la Tierra-Firme, son los siguientes: Primeramente el señor Vasco Núñez, y el fué el primero que vió aquella mar y la enseñó a los infrascritos Andrés de Vera, clérigo; Francisco Pizarro, Diego Albitez...” (22), continuando la relación de hasta sesenta y siete nombres. En ella, como en las de los veintisiete primeros cristianos que pusieron los pies en el mar y probaron sus aguas, puede verse a Pizarro figurando el primero entre los “caballeros e hidalgos” después de Balboa y del sacerdote de la expedición.

Durante el gobierno de Pedrarias, mereció idéntica distinción y confianza. En el acta (23) de posesión de la provincia del Paque, en 1519, figura el nombre de Pizarro con la misma preferencia de lugar que en la del Mar del Sur.

Si Pizarro no sintió hasta entonces la ambición del mando, tampoco manifestó deseos de riquezas, de que estuvo libre toda su vida.

Cuenta Pedro Mártir de Angleria (24) que al formarse en la Española (1505) las expediciones de Ojeda para el Urahá y Nicuesa para la Veragua, aquél sólo pudo alistar 300 hombres —entre ellos Pizarro—mientras que a Nicuesa “le habían se-

guido más—unos 785—porque corría la noticia de que la Veragua era más rica que no Urabá”.

Siendo ello así, bien se advierte que en Pizarro no influyó, para la elección, la sed de riquezas. Pero lo que demuestra que Pizarro no fué avaro, es el hecho de que al formar compañía con Almagro y Luque, mientras que éste, como testaferro de Espinosa, aportaba el oro necesario para la expedición, Pizarro, después de catorce años de milicia en Tierra-Firme como capitán de confianza de Ojeda, Enciso, Balboa y Pedrarias, no podía contribuir con otra cosa que con su experiencia y valor personal para el mando de las tropas. No poseía sino una humilde colonia de Panamá, que llevaba en granjería con Almagro.

He aducido varias veces, en el relato de estos sucesos, la autoridad de Angleria, y no quiero dejar de decir que me pareció preferible a otras, porque escribió en una época en que Pizarro no podía suscitar ni las maledicencias, hijas de la envidia, ni las alabanzas, hijas de la adulación y el agradecimiento.

Se ve, pues, a Pizarro en los años 1510 a 1524, que en esfuerzo, en sufrimiento, en diligencia y en pericia superaba a cuantos militaron en Tierra-Firme, contenerse en los límites asignados a la condición de subalterno. “Su carácter parecía estar exento de ambiciones, y, conformándose con merecer la confianza de los gobernadores, no quiso, hasta entonces, competir con ellos en honores, mandos ni riquezas” (25). Él era soldado, y su presencia estaba siempre en los lugares que reclamaban esfuerzo y valor. Quedaron para otros las luchas fratricidas con sus enemistades, envidias, odios y venganzas.

El tenía una ambición más noble que las del poder y el oro: ser un digno depositario del apellido de su padre; igualarle en su comportamiento y condiciones militares; llegar en cuanto pudiera a la categoría de aquel prototipo de soldados de su tiempo que se llamó Gonzalo Fernández de Córdoba. Francisco Pizarro seguía a “su ideal”.

Si Gonzalo Pizarro se distinguió en la defensa de Roca-

Seca, fortaleza puesta bajo su mando por el Gran Capitán, sirviendo, con su esfuerzo, de punto de apoyo al ejército para llegar al Garellano, Francisco Pizarro sostuvo, por encargo de Ojeda, la colonia de San Sebastián hasta términos de resistencia increíbles. Si el padre fué encargado de la vanguardia en la batalla del Garellano, el hijo marchó a la vanguardia de cuantas expediciones salieron de Santa María la Antigua del Darién.

Cuantos escritores han estudiado seriamente la vida de Pizarro extrañan la conducta de éste, que, habiendo sido el segundo en tiempos de Ojeda, dejó apoderarse del gobierno, sucesivamente, a Enciso, Nicuesa, Balboa y Pedrarias, sin intentar recabarlo para sí. Algunos, como Quintana (26), quieren explicarla atribuyendo su circunspección “a la timidez que debía causarle la bajeza de su origen bastardo”, olvidando que no era más preclaro el origen de los que allí lograron gobiernos y riquezas, a más de que le fué reconocida, desde el principio, su condición de “varón noble”, “caballero” e “hidalgo”. ¿No sería más justo atribuir aquella circunspección a la carencia de habilidad para las intrigas, a la repugnancia de usar los medios, casi siempre innobles y rodeados de injusticias, por los que se llegaba a la gobernación, y, sobre todo, a la humildad de su carácter—recibida de su madre en la educación de los primeros años—, que le impedía apreciar el justo valor de sus cualidades?

El mismo Quintana—de esto ya hice referencia en otro lugar—dice (27) que la muerte de Balboa dejó un vacío que parecía imposible de llenar. Que, para llevar a cabo el proyecto de exploración y conquista de los territorios de Oriente y Mediodía, hacía falta un capitán con las condiciones del que acababa de morir: un soldado capaz de hacer frente a las enormes dificultades que ofrecía la empresa; tan enormes parecían que intentarlo era para aquellos hombres curtidos en la lucha con los indios y la naturaleza, merecer el dictado de locos. “El hombre extraordinario que había de superarlas todas *no conocía sus propias fuerzas.*” ¿No es esto humildad? Se ha escrito con insistencia y en todos los tonos de la “soberbia” a que llegó Pi-



zarro en su gobierno. Algunos dicen que fué la causa de las disidencias con Almagro y de los luctuosos sucesos que determinaron la muerte de éste en el Cuzco y de Pizarro en los Reyes.

Y como dicha soberbia es pecado opuesto e incompatible con el concepto de humildad que yo he formulado como atributo de toda su vida, entiendo de necesidad documentar aquí mi opinión con un estudio, siquiera sea ligero, de cartas y relaciones escritas por personas que, más o menos directamente, intervinieron en aquellos sucesos.

Entre los documentos que figuran en la colección que yo he repasado *solamente hay uno* donde aparezcan cargos de soberbia contra el gobernador Pizarro. Es la relación que hace el tesorero Espinall en 15 de junio de 1539 (28). Su partidismo apasionado por Almagro es tan manifiesto como su odio a los Pizarros. Y, sin embargo, en dos cartas del mismo Espinall al Emperador, escritas en 6 de enero y 30 de mayo del mismo año, no hace acusación alguna contra Pizarro, a pesar de que habla de haber estado preso por orden de éste (29). En la última de dichas cartas dice: "... la causa que fué Francisco de Bobadilla, provincial de la orden de Nuestra Señora de la Merced, de la muerte del bueno y justo servidor de V. M. el gobernador D. Diego de Almagro."

Carta del licenciado Gama, escrita en 10 de mayo de 1539: "... supe cómo se tornaba a tratar de la conformidad, e por continuar lo que había trabajado, e no dejar de hacer todas las diligencias a mí posibles, volví otra vez donde estaba el gobernador D. Francisco Pizarro, e le hablé e hallé en él lo que siempre, que era evitar pasiones e diferencias, e escribí al dicho Adelantado Almagro sobrello e todo lo que le escribí e aconsejé *cecidit super lapidem*."—Subrayado en el texto (30).

El Obispo Valverde, en carta de 20 de marzo de igual año: "... parece que no tiene tanta culpa el que quiere restituir en la posesión que le han quitado como el que la quitó, e yo tengo por muy cierto que nunca el marqués dió parecer ni consintió

que muriese el Adelantado D. Diego de Almagro, e tengo por cierto que le pesó de su muerte como de la muerte de un hermano suyo, y, como aparecerá en el proceso, siempre lo convidó con muchos partidos para que estuviesen en paz...” (31).

Gonzalo Fernández de Oviedo, que en todos sus escritos se muestra enemigo de los Pizarros y que seguramente aceptaba, como los mejores, los informes que le enviaba Espinall, en una carta, sobre las disidencias, escribe el 25 de octubre de 1537: “Y téngolos por hombres que no errarán en la voluntad ni en la obra al servicio de VV. MM. si malos consejos no los hiciesen errar...” (32). Y en otra de fecha 9 de diciembre: “Creo yo que Pizarro y Almagro, sin Letrados, fueron mucho tiempo compañeros e amigos e lo quel uno tenía fué de entrambos y lo que de entrambos de cada uno de ellos y así allegaron mucha hacienda y la gastaron sirviendo a VV. MM. toda y aun la de sus amigos e descubrieron aquel grande y riquísimo imperio austral y no fueron menester Letrados para esto; pero después que los hubo en aquella tierra e entendieron entre ellos, se perdió la amistad y se perderá la tierra si tantas letras andan en ella” (33). Señala además a Hernando Pizarro como elemento de discordias y lo mismo teme del licenciado Caldera.

Lo acertado de este juicio puede verse en la carta que escribió Francisco Pizarro al Obispo de Tierra Firme en 28 de agosto de aquel año. Entre otras cosas dice: “... por consejo del Licenciado Prado, que es el principal destos movimientos, prendió a mis hermanos...” (34).

Alejándome cada vez más del apasionado lugar de los sucesos en esta busca de opiniones, quiero hacer referencia a las órdenes dadas a Vaca de Castro en 1540. Este documento da una buena idea de cómo se apreciaba desde España la actuación del Gobernador Pizarro. De él transcribo los siguientes párrafos: “... en lo que toca a la persona del dicho Gobernador, no avéis de conocer más de hacer la ynformación y proceso e invarlo ante nos: y esto se haga de manera que ninguno tome favor para desacatar y desobedecer al dicho Gobernador” (35). “... Y

porque aunque de la persona del dicho Marqués D. Francisco Pizarro y de su bondad y celo de Nuestro servicio tenemos buena relación, por ser como es hombre viejo terná necesidad de vuestra ayuda e consejo...” (36). Es decir, que, pasados aquellos sucesos, de los que en la Corte se debían tener relaciones de todos los matices, se entendía necesario enviar al licenciado Vaca de Castro más con el carácter de consejero de Pizarro que con el de juez.

El Cardenal Loaysa, en carta a Vaca de Castro, el 18 de agosto de 1540, dice (37): “El gobernador Francisco Pizarro, creedme a mí, señor, que es un bendito hombre y con él haréis lo que al servicio de Dios y del Rey conviène...”

Y no quiero terminar esta parte de mi trabajo sin dejar copiado un párrafo de una carta de Alonso Enríquez de Guzmán (38), anotando que este Enríquez fué uno de los comisionados de Almagro en los intentos de paz y es citado en las cartas de los contemporáneos, hasta por el mismo Espinall, como persona de verdadera imparcialidad y digna de todo crédito: “ni prosperidad, ni riqueza, ni favor del Emperador le ensoberbecieron para dejar de ser buen cristiano y muy buen compañero, sin vanidades ni pompas...; y así ceso rogando a Dios lo dé gloria de perpetua vida sin fin, como victoria en esta vida humana. Amén.”

¿Cabe mayor injusticia que aceptar el concepto de soberbia sin más testimonio que el juicio parcial de un enemigo?

En sus estudios de aquellos hechos, el más documentado que yo he visto, dice el P. Cappa: “Prodíganse al conquistador Pizarro los dicterios de pérfido, doblado y falso y otros análogos con sobrada pasión sin querer ver que usó de iguales armas que sus contrarios y defendió mejores causas.”

Es decir, que con injusticia manifiesta y con un empeño tan feroz como inexplicable—si no es porque fué el que más y mejor hizo en la conquista y colonización de América—se cargan a su persona, como defectos, los que eran ardides y leyes de guerra de su tiempo, y como crímenes, debidos a su soberbia

y maldad, las muertes de personas significadas, que, ocurridas en todas las guerras de todos los tiempos y en todos los pueblos, se dicen dictadas por una “razón política”, por “razón de Estado” o por “justicia necesaria al orden social”.

Si la más elemental equidad requiere para la apreciación de los hechos históricos no perder de vista la época y el ambiente en que se desarrollaron, resulta a todas luces absurdo el juzgar a personas y sucesos antiguos con el criterio ético de los tiempos actuales (\*).

Eso hicieron con España y con Pizarro los interesados explotadores de la “leyenda negra”.

Como resultantes de lo expuesto al tratar de los dos puntos anteriores conviene dejar aquí consignadas las siguientes conclusiones:

1.<sup>a</sup> Que Francisco Pizarro fué educado como correspondía a su nobleza en su tiempo y para los fines militares a que se le destinó.

2.<sup>a</sup> Que Pizarro no fué porquerizo, puesto que documentos de la época atestiguan que estuvo en Italia y así lo exige la ley lógica de la causalidad.

3.<sup>a</sup> Que no llegó a América como uno de tantos aventureros, ya que desde el principio de su actuación mereció de Angleria el dictado de “varón noble” y de todos los gobernadores y en todos los documentos el primer lugar como “caballero, hidalgo y soldado”.

4.<sup>a</sup> Que no le guió la ambición del oro, puesto que eligió la expedición de Ojeda, menos prometedora de riquezas que la de Nicuesa, y al cabo de catorce años en Tierra Firme no poseía otra que una humilde colonia en Panamá.

5.<sup>a</sup> Que no era soberbio ni orgulloso, por cuanto todos le conocían y apreciaban sus excelentes condiciones, menos él; y

6.<sup>a</sup> Que sus ideales hasta 1524, los que le impulsaron a la conquista, no fueron otros que los ya consignados: “Ser el me-

---

(\*) Prof. Munsterberg.

*jor soldado de su Religión y de su Rey; honrar con su conducta el apellido de su padre; elevar con su esfuerzo la nobleza de aquella casa a la que pertenecía como bastardo”; extender la fe de Cristo en regiones desconocidas e inmensas y ganarlas a la obediencia de su Rey.*

## LABOR COLONIZADORA QUE LLEVO A CABO EN AQUEL IMPERIO

Para hacer un estudio acerca de la obra colonizadora realizada por Francisco Pizarro serían necesarias las páginas de varios libros.

Teniendo que reducir el mío al juicio que cabe en unas cuartillas, no encuentro medio mejor de hacerlo que acudir al que, después de pacienzuda elaboración, formuló el P. Cappa.

No se puede condensar en menos líneas toda la cantidad y calidad de la labor colonizadora llevada a cabo por Pizarro. Dice así:

“Una voluntad de hierro y una prudencia poco común en los azares de la guerra y en el tráfago de los negocios le dieron siempre el disputado triunfo. Nunca fué derrotado ni sorprendido; su puñado de aventureros se tomará en todas partes como modelo de disciplina militar, donde todo convide al desenfreno y el pillaje (39).

”Ninguno conquistó más tierras ni tuvo menos recursos para conquistarlas, ni cambió más pronto benéfica y radicalmente el modo de ser de ellas, ni dió más riquezas a su patria, ni le fué más fiel, ni le gastó menos, ni atesoró más, ni les dió mejor empleo.

”Era sobrio en la comida, vestido y sueño; llano en el trato con todos, aunque fuese algo áspero; puntual e incansable para el trabajo; maduro en el resolver y pronto en el ejecutar; caritativo sin humillar al que daba; enemigo de gastos superfluos, empleó grandes sumas de su pertenencia en obras de utilidad

común; nunca tomó posesión de un gran territorio, con veinte mil indios de encomienda, que le concedió la Corona, ¡y se le llama avaro! (40).

”Cada paso de Pizarro dejó en el Perú una huella indeleble; Piura, Trujillo, Jauja, Lima, Huanaga, La Plata; Arequipa y Huanuco, ocho ciudades fundadas en menos de siete años; Tumbes, Cajamarca, Puerto Viejo y Cuzco notablemente mejoradas, y todo entre los azares de la conquista y de la guerra civil; serán siempre el pedestal sobre el que se eleve la gloria de Pizarro (41).

”Con estas fundaciones echó los cimientos al comercio y las artes y quebró los bríos de las tribus rebeldes. Con las encomiendas planteó la agricultura y la industria, la prosperidad y el trabajo organizado, la cultura moral y religiosa...” Su obra fué tan grande como su energía y tan noble como sus ideales.

En todos los idiomas se ha escrito que la conquista y colonización de América por los españoles no fué otra cosa que “matanza y saqueo”. Los pueblos rivales supieron esgrimir con harta habilidad el testimonio de Fray Bartolomé de las Casas. Es indudable que de haber sabido aquel santo varón cómo habían de aprovechar sus escritos los enemigos de su patria, no hubiera puesto mano a la pluma.

Matanza... y ¡después de cuatro siglos existen masas de indios bolivianos capaces de crear conflictos serios al gobierno de su nación!

En tierras colonizadas por otros pueblos habrían desaparecido hace muchos años o, cuando menos, quedarían algunos ejemplares dignos, por lo raros, de figurar en las películas de su país.

Pero de todos los argumentos que puedan aducirse en defensa de la colonización española, ninguno de mayor fuerza ética que el de la existencia de toda una raza de “mestizos”: tipo humano resultante de la fusión de las sangres de dos pueblos tan diferentes como lo fueron siempre el conquistador y el

conquistado, el vencedor y el vencido, el europeo civilizado y el indio salvaje. ¿Dónde, que no sea país colonizado por España, se da este ejemplo de amor o comprensión humana? ¿Cuál fué el orgullo o la soberbia de aquellos españoles, que, apenas llegados a América, no tuvieron por desdoro mezclar su sangre con la del pueblo vencido, ni legar su nobleza, ganada a costa de tantos sacrificios, a unos hijos habidos con mujeres de otro color?

Por eso me parece acertada la afirmación de D. Juan Tena al decir que es “de grande valor para la Historia” (42) apuntar que los “hijos de Francisco Pizarro fueron Gonzalo y Francisca, habidos de doña Inés Huaylas Iupanqui, hija de Huayna Capac...”

A estos hijos dió Pizarro los nombres de sus padres, su sangre generosa mezclada con la de una princesa india y su apellido, cuya nobleza había elevado con el esfuerzo y sacrificio de toda su vida.

No sé por qué me parece que esta sencilla referencia a la familia de Francisco Pizarro es como el símbolo de toda su vida; el símbolo de la vida de los que como él fueron a América; el símbolo de toda la Historia de España en relación con el Nuevo Continente.

Podrá suceder que no se aumenten los lazos económicos y políticos entre aquellas Repúblicas y la madre España; mas, aunque así fuera, siempre se encontrarán estrechamente unidas, como en los hijos de Francisco Pizarro, por los imperecederos vínculos de la sangre y del amor.

### JUSTIFICACION ADECUADA

¿He de justificar aquí mis afirmaciones sobre la vida de Francisco Pizarro?

Sería preciso volver a los razonamientos que ya hice. Si son sinceros y de ellos quedo responsable, ¿para qué más justificación?

Si son aceptables o de buena lógica, ¿qué más se les puede pedir?

Y si son injustos, erróneos o falsos, ¿cómo se podrán justificar?

Bien sé que justificación adecuada, para los que escriben de estas cosas, suele ser una constante referencia de autores, textos o fuentes históricas, a donde se envía al lector como a testimonios de lo que se afirma. Mas... ¡cuántas veces ocurre que en estos envíos el lector va de Herodes a Pilatos, de Pilatos a Anás, de Anás a Caifás..., y la verdad como la justicia no se ven por ninguna parte!

Muchas de estas referencias no persiguen otro fin que el de justificarse un autor de lo que para su razón y su conciencia es una injusticia. Justificación como la de Pilatos, que, no pudiendo o no queriendo oponerse al absurdo, “deja morir al Justo” mientras lava sus manos con una transcripción y una cita más. Y la fábula sigue a través de su escrito, suplantando a la historia. ¿Cobardía? ¿Comodidad?... O algún inconfesable interés. O la razón de estado por la que interesaba al Imperio romano la muerte de Jesús. No sé por qué Prescott me recordó a Pilatos.

No es Gomara el único responsable de que la fábula perdure, dominante, en la historia de Pizarro.

Otras veces—menos frecuentes en ciertas alturas—la abundancia de citas—que el lector no comprueba casi nunca—no representa sino un vanidoso deseo de asombrar a los demás con una erudición falsa, no muy difícil de presentar en casos como éste.

De las dos quise huir. Y de no entenderme obligado a más, aquí terminaría mi justificación.

Pero hay una que yo creo adecuada. La del escritor humilde que, amante de la verdad y la justicia, al tratar de defenderla, llama en su ayuda a cuantos testigos de calidad halla a su alcance. Y, tan sincero como modesto, no queriendo dejar como



propios juicios que sabe formularon otros, los encierra entre comillas y hace una llamada para decir su verdadero autor.

Así quise que fuera mi justificación: sin eludir responsabilidades ni dejarme llevar de la atrayente erudición, que suele resultar pedantería.

Las referencias o testimonios que entendí necesario aportar quedaron intercaladas en el lugar correspondiente.

He de hacer, no obstante, en este lugar, la conveniente anotación de las páginas a que pertenecen aquellos párrafos, que pasaron a mis cuartillas en sincera transcripción, salvando los errores u omisiones involuntarios:

(1) Tena Fernández, Juan: *Francisco Pizarro*. Trujillo, 1925; pág. 20.

(2) Tena: Ob. cit., cap. I.

(3) Prescott, W.: *Histoire de la Conquête du Perou*.—Tres tomos.—París, 1863 (?); t. I, pág. 207. (Es traducción del inglés. Hay edición española.)

(4) Quintana, Manuel José: *Vida de los españoles célebres*. Madrid, 1879; t. I, pág. 299.

(5) Tena: Ob. cit., págs. 23 y 24.

(6) Tena: Ob. cit., pág. 22.

(7) Tena: Ob. cit., pág. 20.

(8) Quintana: Ob. cit., t. I, pág. 298.

(9) Prescott: Ob. cit., t. I, pág. 265.

(10) Quintana: Ob. cit., t. I, pág. 299.

(11) Prescott: Ob. cit., t. I, pág. 207.

(12) Cappa, Ricardo: *Estudio crítico de la dominación española en América*. (? tomos). Madrid, 1887-1890; t. III, página 286.

(13) Cappa: Ob. cit., t. II, pág. 67.

(14) Quintana: Ob. cit., t. I, pág. 299.

(15) Prescott: Ob. cit., t. I, pág. 208.

(16) Quintana: Ob. cit., t. I, pág. 311.

(17) Montoto: *Colección de documentos inéditos para la historia de Iberoamérica*. Madrid, 1927; t. I, prólogo.

- (18) Angleria : Déc. II, cap. II.
- (19) Quintana : Ob. cit., t. I, pág. 238.
- (20) Quintana : Ob. cit., t. I, pág. 251.
- (21) Quintana : Ob. cit., t. I, pág. 301.
- (22) Oviedo, S. F. : *Historia general*, lib. 29, cap. III. Citado por Quintana, t. II, pág. 362.
- (23) *Colección de documentos inéditos relativos al descubrimiento, conquista y colonización... Sacados en su mayor parte del Archivo de Indias y publicados bajo la dirección de don Joaquín F. Pacheco*; 42 vols., 1864 a 1884, t. II, pág. 478.
- (24) Angleria : Déc. II, cap. I.
- (25) Quintana : Ob. cit., t. I, pág. 298.
- (26) Quintana : Ob. cit., t. I, pág. 299.
- (27) Quintana : Ob. cit., t. I, pág. 298.
- (28) *Colec. doc.* : Pacheco, t. III, pág. 152.
- (29) Idem íd, íd. íd, págs. 137 y 151.
- (30) Idem íd. íd. íd., pág. 144.
- (31) Idem íd. íd. íd., pág. 126.
- (32) Idem íd. íd. íd., pág. 70.
- (33) Idem íd. íd. íd., pág. 76.
- (34) Idem íd. íd. íd., pág. 53.
- (35) Idem íd. íd. íd., pág. 479.
- (36) Idem íd. íd. íd., pág. 481.
- (37) Cappa : Ob. cit., t. III, pág. 272.
- (38) Cappa : Ob. cit., t. III, pág. 285.
- (39) Cappa : Ob. cit., t. III, pág. 281.
- (40) Cappa : Ob. cit., t. III, pág. 295.
- (41) Cappa : Ob. cit., t. III, pág. 282.
- (42) Tena : Ob. cit., pág. 202.

Y no siendo mi intención escribir la historia de Pizarro, no creo correspondiente a este trabajo la relación de toda la demás bibliografía que conozco relacionada con él. Basta para mi objeto la que dejé en las anteriores notas.

No son muchas. Acaso pude hacer más. Pero quizá debí aportar menos. Debí comprender que se trataba de exponer mi

juicio, dando por supuesto que los señores que han de examinar su valor conocen los de esos autores. Mas ya lo dije: es el deseo de aportar testimonios de calidad en defensa de la justicia. Sinceridad y buen deseo.

## FINAL

Cada hombre es como un punto o centro productor de energías. Para que éstas tomen el carácter dinámico que les corresponde es necesaria una fuerza centrífuga o tendencia. El hombre tiende a... Como todo lo dinámico en una dirección: circunferencia de radio infinito; línea recta cuyo sentido positivo está en el más allá, en el lugar opuesto a nuestro yo: en Dios.

A esa fuerza centrífuga, para que la energía no se gaste en una explosión, ha de oponerse otra centrípeta, de tendencia estática, resistencia de inercia, útil en cuanto se mantenga menor y próxima a la centrífuga. Por carecer de ella Luzbel se convirtió en Lucifer: quiso ser Dios por explosión.

Francisco Pizarro nació dotado de una gran energía potencial. Su madre, Francisca González, fué la encargada de comunicarle las dos fuerzas o estados de energía que regularon la intensidad de su actuación. FE y HUMILDAD fueron las fuerzas que dieron la conveniente dinamicidad a la corriente de energía en la vida de aquel grande hombre. Por la FE llegó a ser grande; mas no le fué menos útil la HUMILDAD; quien carece de ésta se encuentra en el caso del que miró su sombra a la puesta del sol, y, viéndola tan alargada, pensó: "¡Cuán grande soy!" Y no creció más. O como los que se gastaron en una explosión de soberbia.

¿Una dirección?... El ambiente en que se desarrolló su infancia le marcó la línea recta. Su infancia en Trujillo le trazó el camino; formó su ideal.

La Madre... y Trujillo... He aquí el mejor lema para mi trabajo.



# PARTE PRIMERA

---

## TEMA TERCERO

PREMIO: Al trabajo número 8.—Lema: *Bajo el Arco de Fernán.*

Autor: D. José García Morgado, San Ildefonso, 2, Plasencia.



¡Salve, hermosa Trujillo, excelsa y magnífica matrona que perezosa te recuestas sobre las musgosas rocas de tus berrocales, añorando pretéritas grandezas, acariciada por la perfumada brisa de tus montes aménicos, donde trina el pintado jilguero al compás de la lira de plata de los cristalinos arroyuelos que esmaltan de flores tus campos de esmeralda!

Los vetustos paredones de tus murallas graníticas, donde antaño se estrellaran los esfuerzos de guerreros legendarios, muestran los zarpazos que la mano aleve del tiempo imprimió y la Naturaleza piadosa los encubre con el verde manto de la parietaria que por ellos trepa.

En tus calles, antiguas, tortuosas y empinadas, de clásico sabor, se yerguen aún, desafidores, los palazotes de magnates ilustres, en cuyos salones, de artesonados techos, se echan de menos los pajecillos lindos y las viejas dueñas de luengas vestiduras y albas tocas; en pétreas lápidas y heráldicos escudos se lee la limpia historia de linajes ilustres, cuyos hijos altivos duermen el sueño eterno en la quietud silente de tus templos magníficos; y en las noches espléndidas del plenilunio, parece escucharse, llevado por la brisa nocturna, el arpegio de la feudal tiorba, tañida en homenaje de la castellana gentil cabe los férreos barrotes de cinceladas rejas y góticos ajimeces, testigos mudos de pláticas de amores.

La que fué señora de villas y aldeas no ve ya circular por sus calles, para salir en *fonsado* a combatir a la morisma, la brillante cohorte de sus caballeros vestidos de acerada cota, segui-

dos de leales escuderos y fieles vasallos que lucen en la dalmática el blasón del señor, ni en la amplia plaza se corren cañas ni se justa en honor de reinas y damas linajudas, disputándose ansiosos los paladines las bandas bordadas por manos marfileñas.

En el viejo castillo, teatro de sus bizarrias, reina la soledad, y en el enhiesto torreón del Homenaje, donde flotara un día tu pendón concejil, albergas la divina Virgen de la Victoria, tu venerada Patrona y Madre excelsa, a la que vuelves tus ojos contristados en los días de penas y tribulaciones, a la que invocaron en sus bélicas empresas Añascos y Bejaranos, Altamiranos y Murieles, Chaves y Muñinos, Pizarros y Carvajales, Ramiros y Cámaras, Orellanas y Manriques.

La grandeza y poderío de otros tiempos, cuando tus Personeros dejaban oír su voz en Cortes y albergabas en tu seno a los Monarcas que rendían pleitesía a tu nobleza y lealtad, desapareció al rodar insistente de los siglos, pero tu limpia historia perdura, y en tus áureas páginas, limpio espejo de tu nobleza, se miran tus hijos y cantan tu hermosura las lindas hijas de tu suelo de ensueño, como cantaban, al son de sus salterios, las hijas de Judá, bajo los sicomoros del valle de Esdrelón.

Cautivo de tus leyendas, de tu estirpe soberana, de tu cielo esplendente, de tus pintorescos campos, de tu soberbio historial, te rindo el ferviente tributo de mi canto gárrulo, que no tiene otro mérito que el de la sinceridad más absoluta.

Yo lloro contigo tu perdida grandeza, tus heroicos y aguerridos caballeros del ayer y tu pretérito poderío, y digo con pena, como el poeta, al recordar tu edad de oro:

De justas y de torneos,  
paramentos, bordaduras  
y cimeras...  
Mas ya pasó aquel trovar;  
las músicas acordadas  
que tañían...  
Se acabó aquel guerrear...  
Y aquellas ropas chapadas  
que traían.



El origen de la bella e histórica Trujillo se pierde en las nebulosas noches de los tiempos, y las Geografías parecen señalarla como la antigua *Turgalium* en los límites de la Vittonia, lo que es muy posible, no siendo fácil determinar cuál fuera la primera raza que la habitó, pues los historiadores se pierden en un mar de conjeturas, no destacándose verdaderamente su personalidad hasta la época romana, en que, reunidos Pompeyo y sus hijos por Julio César, aparece llamándose *Castra Julia*, en homenaje al triunviro, como hicieron otras poblaciones, y con este nombre la designa Plinio, hasta que en las Geografías árabes se la denomina *Truhello* o *Turcheillum*, sufriendo las modificaciones de llamarse *Torquilla-Torgrella*, *Turquillo*, y en documentos latinos (Bula del Papa Honorio III, confirmando la erección de diócesis placentina) *Turgellum*; después *Trugiello*, *Truriello*, *Trurellum*, formándose de esta palabra *Trurillo*, y por cambio de *r* en *j*, *Trujillo*.

Romanos y godos dejaron en Trujillo huellas de su paso y vestigios importantes de la prosapia de su sangre, y una de las familias que en ella tiene su raíz es la de los Pizarros, ejecutoria que altivamente hizo saber Gonzalo ante el Gobernador La Gasca.

El paseo triunfal de Tarik y Muza por España después de la derrota del Guadalete, hizo que de los años 712 a 714 cayera Trujillo en poder de éste, e influenciada por los elementos de cultura que de los africanos recibiera, comenzó a adquirir importancia, llegando a contar con una importante población *muzárabe*.

La descomposición del Califato de Córdoba, que hizo surgir minúsculos reinos árabes, y la rebelión *muradi*, tuvo en Trujillo su jefe, Ben Afsun, descendiente de la raza goda, que con su hijo Caleb y su nieto Gaifar llegó a extender tanto su poderío que se adueñó de Toledo.

El ocaso de Almanzor en Calatañazor, las incursiones de Fernando I por tierras de Extremadura y la conquista de Coria por Alfonso VII, hicieron alborear en esta tierra las

esperanzas de sacudir el yugo musulmán, que, no obstante su larga permanencia en ella, no había logrado fundirse por completo con los naturales.

Estas belicosas incursiones de los monarcas cristianos infundían respeto a los moros, y acaso date de esta época la reparación del castillo, baluarte fortísimo que domina la ciudad y cuya construcción es indudablemente árabe, aunque reparaciones posteriores le han desfigurado por completo, siendo el segundo cuerpo del siglo xv, añadido por D. Alvaro de Luna. Desde la fortaleza arrancaba la sólida muralla de piedra y argamasa, que, asentada sobre roca, la hacían capaz de resistir los más encarnizados asaltos; y muchos debió sufrir, porque los restos existentes acusan en la construcción épocas diferentes.

La villa de Trujillo tenía acceso por siete puertas, llamadas de Vera Cruz, del Terrero o de la Coria, del Triunfo o de Fernán Ruiz, de San Juan o del Paso, de Santiago, Palomitas y la del Oreto; y a estas fortísimas construcciones debía agregarse la línea de fuertes de la ribera de Almonte, citando también D. Pascual Muñoz, en su *Diccionario*, como muy bien fortificada, a Villavieja o Zuferola y otras junto al río Tozo.

De esta misma época del siglo xii, es también el notabilísimo depósito o alberca, construido sin duda para evitar la falta de agua en un largo asedio que la villa pudiese sufrir.

Alfonso VIII el Magnánimo había ceñido a sus sienes la diadema de Castilla y acosaba a los moros, arrojándoles hacia Andalucía, y en una de sus afortunadas excursiones conquistó la aldea de Ambroz, a la que dió el nombre de Plasencia. *Placent Deo et hominibus*, para que agradase a Dios y al hombre, erigiéndola en Sede episcopal y otorgándola meritisimos privilegios, como ciudad que por la hermosura de su suelo, su cielo siempre azul, sus frondas y su amena vega, cautivó el ánimo del esforzado Monarca, siendo a la vez, por su excelente posición estratégica sobre el camino de Castilla,

baluarte que contuviera las arremetidas de los sarracenos; y en aquel mismo año atisbó a Trujillo desde las almenas del inexpugnable Almonfrague, ese nido de águilas que todavía resiste el poderoso embate de los años, arrogante y erguido, viendo a sus pies la unión del Tajo con el Tietar que se funden en amoroso abrazo.

Por entonces cayó Trujillo en poder de Alfonso VIII, discrepando los historiadores y cronistas en la fecha, pues mientras Garibay afirma que fué en 1178, Fray Alonso Fernández, el glorioso dominico de quien fué cuna Malpartida de Plasencia, dice fué en 1180, difiriéndola otros hasta 1184, el Marqués de Mondéjar en 1186, siendo más verosímil y acertada la opinión de Fray Alonso, puesto que no ofrece dudas, ya que en 1180 acompañó al Rey a Nájera Ferrán Rodríguez de Turgello; y el doctísimo genealogista Salazar y Castro dice que en 1186 se encontraba el Rey en Trujillo con el Vizconde de Nargona, y que entonces confirmó la donación que tenía hecha a Ferana Díaz, Maestre de Santiago, de la décima de las rentas reales de Trujillo y su término.

Ya en 1188, en las capitulaciones matrimoniales de Conrado, Príncipe de Suavia, con Doña Berenguela, hija de Alfonso VIII, figura firmando la representación de la villa de Trujillo, y en las Cortes de Burgos del mismo año asiste también, como Procurador o Personero de ellas, Fernán Martínez de Turjello.

Esta representación que Trujillo tenía ya en las Cortes generales del reino de Castilla, prueba cuál sería ya su importancia, por cuanto este derecho estaba limitado a las ciudades y villas de positiva importancia.

Siendo Trujillo centinela avanzado de esa parte de Extremadura para contener las correrías de los moros, nada tiene de extraño, como algunos cronistas aseguran, que en 1184 cayese por poco tiempo en poder de los antiguos dominadores, y que, comprendiendo el Rey su importancia estratégica, hiciese donación de ella a la Orden Militar de San Julián del Pereiro,

extendiendo formal documento con el entonces Maestre de ella D. Gómez Fernández Barrientos, cediéndole el castillo y villa de Trujillo con Cabañas, Albalat, Santa Cruz y Zuferola en plena propiedad, y trasladando a la nueva Encomienda parte de la invicta caballería; tomó el título de Maestre de la Orden del Pereiro y de Truxillo, existiendo también disconformidad entre los autores acerca de si fué la Orden Militar de Trujillo una prolongación de la del Pereiro o distinta de ésta, que, como es sabido, se refundió después en la de Alcántara.

La venida de los Almohades de Africa a España al mando del terrible Aben Jucet, Rey de Marruecos, llamado por los moros españoles, culminó con la triste jornada de Alarcos, y en su segunda expedición de julio de 1196 ó 1197, cayó de nuevo en poder del agareno, con Maqueda, Talavera, Mirabe, Santa Cruz, Montánchez y Plasencia, la villa de Trujillo, siendo saqueadas y casi destruídas, y viendo flotar sobre sus muros el blanco pendón de los Almohades; y aunque el Magnánimo Alfonso volvió a recobrar Plasencia, que fortificó, no pudo lograr lo mismo con Trujillo, que fué puesta por los moros en tal estado de defensa que la convirtieron en fortaleza inexpugnable.

Mucha debió ser la aflicción del Monarca castellano al no poder recobrar su villa, y mucho más teniendo que dilatar la realización de sus esperanzas con la tregua de doce años que se vió obligado a firmar.

Mucha debió ser también la de los trujillanos al verse de nuevo sometidos al despótico yugo musulmán.

Pero Alfonso VIII, que en el curso de esta tregua, que terminó en 1210, había asegurado la paz con los demás reyes cristianos y arreglado la administración, harto descuidada, de sus estados, esperaba arma al brazo la ocasión de tomar el desquite de Alarcos y el joven Príncipe Fernando que causó al nuevo Emir Mohamed el Verde serio descalabro, después del sitio de Salvatierra, a la que no pudo a tiempo socorrer, y a

poco de morir el Príncipe en Toledo, Alfonso tomó el desquite de Alarcos en la memorable batalla de las Navas de Tolosa; pero muere sin poder reconquistar Trujillo, como tampoco pudo el primer Maestre de Alcántara D. Alvar Pérez Gallego, en 1227, pues aunque—como afirma Torres Tapia—llegó a asaltar la villa, la volvió a perder a los dos meses.

Los acontecimientos políticos de la época habían reunido en las sienes de Fernando III las coronas de Castilla y de León; se acercaba para Trujillo el día en que definitivamente sacudiera el ominoso yugo de los hijos del Profeta.

El valeroso Maestre de Alcántara, D. Arias Pérez, no tranquilizaba viendo a Trujillo presa del enemigo, y aprovechando oportuna ocasión, rogó a Fernando III expidiese cartas para los Maestrazgos y villas cercanos a Trujillo, a fin de que le ayudasen con sus fuerzas a la reconquista de Trujillo; y en diciembre de 1231 consiguió del Monarca su propósito, y desde Alcántara expidió los regios despachos al Maestre de Santiago, a las villas de Salvatierra, Mérida y Montánchez y al Obispo de Plasencia, de cuya diócesis había dependido y depende Trujillo, para que convocase a Concejo a los caballeros de la ciudad y se dirigiesen en *fonsado* a realizar la empresa.

Ocupaba a la sazón la Sede placentina el Prelado bejarano D. Domingo Jiménez, guerrero insigne, que gustaba más de vestir la cota de mallas que los capisayos episcopales, y, ganoso de ensanchar los dominios de la Cruz, se apresuró a reunir en consejo a gran número de caballeros placentinos, ofreciendo su concurso y gran contingente de guerreros los Trejos y los Monroyes, figurando también alistados para la empresa, entre los caballeros de Santiago, el Maestre de la Orden don Pedro González Mengo y dos hijos de D. Fernando González Bejarano, y de los nobles trujillanos que salieron de la villa al tomarla los moros, los Muñinos, Murieles y Ramiros, miembros pertenecientes, bien a la Orden de Alcántara o a la disuelta caballería de la Orden de Trujillo.

Reunidas las tropas, marcharon sobre Trujillo que estaba

bien defendida, y aunque tuvieron que luchar con la espesa niebla que los envolvía, tomaron sus medidas para la conquista de la villa.

Defendiéronse con obstinado empeño los moros, rechazando los formidables ataques; pero el belicoso Obispo D. Domingo arenga con entusiasmo a los soldados, que tornan más furiosos al asalto; un noble muzárabe, que habitaba dentro de la villa, sublevó a un grupo de cristianos que allí vivían, y al frente de ellos atacó a los moros que defendían una de las puertas, los arrolló, y el ejército libertador penetra en las calles, y, puestos de rodillas, aclaman—según piadosa tradición— a la Virgen, que se les había aparecido flotando en los aires por encima del muro, como presagiándoles la victoria.

De ahí que el escudo de Trujillo ostente, sobre campo de plata, la imagen de la Virgen de la Victoria con el Niño en sus brazos y debajo de ella un almenado muro flanqueado por dos torres de color de gules, y por qué fué proclamada como Patrona la venerada Virgen que, bajo el título de la Victoria, tiene hoy su asiento en el torreón del homenaje de su vieja fortaleza.

El héroe de la jornada, el valeroso muzárabe Fernán Ruiz, descendiente de Lain Calvo, fué premiado por el Rey con el nombramiento de Alcaide del castillo, cabeza del nobilísimo linaje de los Altamiranos y el derecho a tener la mitad de los regidores del Concejo.

Aún le recuerdan dos monumentos notables: el Arco del Triunfo, que lleva su nombre, y el Alcazarejo.

Aquellos honores y justos privilegios concedidos al héroe trujillano, quedaron vinculados y aumentados en sus hijos D. Tomé y D. Benito.

Quedó la villa por la Orden de Alcántara, y en esta época en que se repartieron las tierras y se aumentó la población, debió tener origen en ella el asiento de linajudos caballeros, entre ellos los Hinojosas, Núñez, Bejaranos y Escobares, que, con los Añascos, Murieles, Muñinoz, Giles y Ramiros, forma-

ron la nobleza de la villa; treinta y seis dehesas de su término y aldeas cercanas fueron distribuídas entre los treinta y seis caballeros que más se habían distinguido, los que, por ellas, contribuían a la Orden de Alcántara para su sostenimiento, y de ahí que se las conozca con el nombre de dehesas caballerías.

Veintitrés años duró el dominio de la Orden de Alcántara sobre Trujillo, y en este tiempo poco pudo prosperar la villa, la que, con sus caballeros, sabiendo el apuro de dinero en que se encontraba el rey D. Alfonso el Sabio, le hicieron importante donativo; y agradecido el Monarca, les otorgó la merced que le pidieron de eximirlos del dominio de la Orden de Alcántara, a la que indemnizó el Rey con los terrenos, villas y lugares del territorio de la Serena, con el que se formó el importante Priorato de Magacela.

Veinte lugares y veinticinco aldeas se cree formaron la jurisdicción de Trujillo, entonces con otra porción de pequeños poblados, y el mismo Soberano otorgó el Fuero de Trujillo, documento importantísimo que revela el interés que por ella sentía la Corona.

Por documento fechado en Burgos en 25 de octubre de 1272, el Rey la hace merced de la villa y Castillo de Cabañas como gratitud a la suma que Trujillo le dió y que el Rey no quiso admitir como donativo, merced ésta que costó luego al Concejo trujillano ruidoso pleito con el Conde de Oropesa.

Grandes favores siguió dispensando el Monarca a los trujillanos, concediendo al nieto de Fernán Ruiz la dehesa de Tallarruyas, por lo que la familia Altamirano, que ostentaba ya los tres apellidos de Altamirano, Orellana y Torres, llegó a ser la más principal de la villa; y para más honrar a ésta, nombró Señor de los Honores a su hermano, el Infante D. Manuel.

El terrible epílogo que los bandos de Portugaleses y Bejaranos tuvo en Badajoz hizo que Diego y Gonzalo García Bejarano, temerosos del castigo decretado por el Rey Don Sancho IV, viniesen a Trujillo, donde, desde entonces, habitaron la

casa solariega que poseían como descendientes directos de aquellos Bejaranos que tan activa parte tomaron en la conquista de Trujillo, casando al D. Diego con doña Leonor Muriel de Vargas, siendo su casa la hoy llamada el Alcázar, donde se ve el león rampante entre cuatro cabezas de dragones.

Las depredaciones y pillajes de que los famosos Golfines hacían víctima a las tierras de Trujillo obligó a su Concejo a pedir auxilio a la Reina Doña María de Molina, quien oído el parecer del Consejo, ordenó se colonizase la dehesa de Valdepalacios, que era el foco y guarida de los Golfines, y al efecto otorgó un privilegio a la poderosa familia Sánchez para que la poblasen, edificando una aldea, y le dió los honores de población y señorío, obligando a los que la habitaran a contribuir con *pechos* y derechos, teniendo Trujillo jurisdicción sobre ella en lo que afectaba al ejercicio de autoridad, pasando luego la villa, por donación de doña Juana Sánchez, que murió sin sucesión, al convento de Guadalupe, habiendo dependido de la jurisdicción de Trujillo hasta el año 1468, pero volvió a ella en 1473 por la revocación de privilegios que hizo Enrique IV en las Cortes de Santa María de Nieva.

Habían transcurrido el azaroso y corto reinado de Fernando IV y la turbulenta minoría de Alfonso XI, y concertada la boda de este Monarca con la princesa doña María, hija de Alonso IV de Portugal, la que se fijó para el año 1328 en Alfayate; y entre la cuantiosa dote que el rey castellano señaló a su esposa se contaban los castillos de Burguillos, de Jerez de Badajoz y el Alconchel y los alcázares de Plasencia y Trujillo, no apareciendo si el Rey de Portugal llegó a ocuparlos por su hija.

En los primeros años del reinado de Alfonso XI privaba mucho en la Corte el ilustre trujillano Juan Alfonso de la Cámara, de la familia de los Altamiranos, poseedor de cuantiosa fortuna, a quien el Rey, que le estimaba mucho, había hecho merecer en señorío de veinte pobladores de Orellana, número que elevó luego a setenta.

Durante este reinado volvieron a Castilla, llamados por el



Rey, los únicos supervivientes de la familia Carvajal, que se hallaban en Francia desde la muerte de los dos hermanos Carvajales, despeñados en Martos, Sancho y Diego de Carvajal, a los que hizo donación de grandes rentas en Plasencia, Medellín y Trujillo.

Don Diego vivió en Plasencia y tuvo cuatro hijos, un varón y tres hembras, casando a la mayor, doña Mencía, con Alvar García Bejarano, descendiendo de éstos todos los Carvajales de Trujillo, y la segunda y tercera casaron en Plasencia, siendo aquélla, llamada doña Sarra, madre del Cardenal de San Angelo.

En el memorable sitio de Algeciras, en 1345, se distinguió notablemente, admirando al Rey, una de las cinco compañías de tropa levantadas en Extremadura, formada toda por hijos de Trujillo y mandadas por ilustres caballeros de esta villa, sobresaliendo Alvar García Bejarano, y de entonces data el haber añadido éste y otros caballeros trujillanos de su estirpe a su escudo las cuatro cabezas de dragón.

Por esta época estallaron en Trujillo graves discordias entre Altamiranos, Añascos y Bejaranos, por los cargos del Concejo, a las que puso término, por indicación de Don Pedro el Cruel, el Alcalde de Casa y Corte Domingo Juan de Salamanca, designado como árbitro en acta de 15 de marzo de 1353, reunido con el Concejo y dos escribanos de la villa ante la imagen de la patrona de ella en el pórtico de Santa María la Mayor; en cuya acta se convino que los Añascos y Bejaranos tuviesen la mitad de los cargos y oficios del Concejo por partes iguales y la otra mitad los Altamiranos; que de los cuatro oficiales, dos fuesen de este linaje y dos de Bejaranos y Añascos; que un año hubiese Alcalde y Alguacil de partes de Añascos y Bejaranos y dos de Altamiranos, y al siguiente a la inversa, imponiendo a los contraventores que hubiese en adelante la multa de veinte mil maravedises, que se emplearían en el arreglo de los muros de la parte del mediodía, siendo firmada dicha acta

por cuarenta y un asistentes y confirmada por el Rey en Tarragona el 1357.

Parecía que esta decisión había de aplacar los ánimos y borrar diferencias, pero no fué así, puesto que bajo ellas latía la más honda, que era el partidismo y simpatías de los Altamiranos por Don Pedro el Cruel y el de los Bejaranos por el bastardo de Trastámara.

Por aquella época se presentaron en Trujillo Samuel Leví, el famoso judío Tesorero del Real, y el natural de la villa Martín Martínez, Canciller del sello de la Puridad, los que tomaron posesión de la fortaleza en nombre del Monarca, quedando a su frente Martínez, como custodio de los fondos que el astuto judío iba arrancando a los recaudadores de alcabalas y rentas reales, que, validos de las revueltas políticas, se habían quedado con ellas y los fué obligando a la restitución, con cuyo procedimiento fué pronto cuantioso el tesoro de la Corona.

El resultado de la lucha fratricida que tuvo epílogo en Montiel obligó a Enrique II a prodigar favores a sus partidarios; y como dos personajes de Trujillo, Alvar García Bejarano y Pedro Alfonso de Orellana, hijo de Juan Alfonso de la Cámara, habían militado bajo sus banderas, les recompensó con el señorío pleno de la villa de Orellana, donde sólo tenía setenta vasallos éste, y por esta época se empezó a poblar en las sierras otro lugar del mismo nombre, y sobre él hizo señorío el Rey para Alvar García, uniéndose por matrimonio entre los hijos los Orellanas y los Bejaranos.

Estalló la guerra con Portugal por las pretensiones que alegaba a la Corona de Castilla Don Fernando de Portugal, como biznieto de Sancho IV, y en ella hubo de tomar parte muy principal Trujillo, que, por su proximidad al vecino reino, vino a ser el cuartel general de las tropas de esta parte de Extremadura que mandaba Don Tello, hermano del Rey, que murió en la villa en 1370.

El desastre de Aljubarrota y los gastos que la guerra ocasionó al Rey le obligaron a echar mano de todos los recursos, y

fueron vendidos el portazgo y la escribanía de Trujillo, que reportaban grandes rendimientos por el movimiento comercial que ya tenían, adquiriéndolas el convento de Guadalupe en 180.000 maravedises, suponiéndose que los rendimientos anuales eran doble que esta cantidad, teniendo lugar la venta en 1386, haciendo constar ya los escribanos en sus escritos que la tenían por merced del Prior de Guadalupe.

A la villa, que era ya importantísima, vinieron entonces los Hinojosas, casando el mayorazgo de este apellido con Constanza Ferrández Altamirano; Nuño García de Chaves, que casó con María Alfonso de Orellana, y Sancho Ximénez de Vargas, Alcaide del castillo, nombrado por Enrique III, que fué también Corregidor de la villa, en la que casó con María Alonso Ramiro Bejarano.

En 1428, reinando Don Juan II, la pujante y rica villa de Trujillo, modelo de administración, dejó de ser realenga para pertenecer al marquesado de Villena, como dada por el Rey a su hermana doña Catalina, casada con el Infante Don Enrique de Aragón.

Esta cesión desagradó mucho a los trujillanos, aunque aceptó a Don Enrique por obediencia al Monarca, suponiéndose acertadamente que el primer Alcaide del castillo nombrado por el infante fué su partidario, el trujillano Pedro Alfonso de Orellana, caballero de probado valor y fogoso temple, teniendo como segundo al bachiller Garci Sánchez de Quincoces.

La guerra que estalló entre Castilla y Aragón, debida a los manejos del revoltoso infante por odio a D. Alvaro de Luna, puso en gran aprieto al monarca, y algunas ventajas que el privado de Don Juan II obtuvo sobre las tropas de Aragón, indujeron a Don Enrique a proporcionarle dificultades en Extremadura, y ayudado de su hermano Don Pedro, comenzó sus correrías por tierras de Trujillo, causando tan graves daños que obligó al Rey a combatirle; pero nadie se atrevía a hacerlo, y sólo D. Alvaro de Luna se ofreció a acometer la empresa, llevando mucha y buena gente.

Conocedores los infantes de Aragón de la próxima llegada del de Luna y de las importantes fuerzas que le acompañaban, se apresuraron a mejorar las defensas de Trujillo, quemando y destruyendo los arrabales de San Martín y Santo Domingo, lo que excitó el rencor de los vecinos; pero no creyéndose aún seguros, huyeron a Montánchez, dejando encargado de la defensa de Trujillo a Orellana y Quincoces con numerosa guarnición.

Grande fué el disgusto que experimentó D. Alvaro de Luna al saber la huída de los infantes, pretendiendo correr en su busca, pero cedió a los consejos del Conde de Benavente y se decidió por apoderarse de la fortaleza de Trujillo, formalizando un verdadero sitio y estando seguro que la villa se entregaría, porque odiaba al infante, su opresor.

La captura, que consiguió, de dos hijos del Alcaide Orellana le daban prenda segura para obligar a éste a la entrega de la fortaleza, y acaso se hubiera decidido, pero estaba de por medio el tremendo Quincoces, y el astuto y valeroso D. Alvaro urdió el medio de apoderarse de él citándole a una conferencia en las afueras del castillo, a lo que accedió Quincoces.

Don Alvaro ocultó en la ermita del Oreto próxima un pelotón de aguerridos soldados y se presentó seguido de un criado en el sitio de la cita, a donde acudió Quincoces.

Propúsole D. Alvaro la entrega de la fortaleza, se negó resueltamente Quincoces y continuó insistiendo D. Alvaro, dirigiéndole frases mortificantes, y, sin sacar las armas, se fueron a las manos, luchando cuerpo a cuerpo, cayendo ambos asidos al suelo, rodando por la cuesta, en cuyo momento salieron los soldados y prendieron a Quincoces, obligando a los del castillo a capitular, tomando la villa sin resistencia y recibiendo al condestable como a su libertador. Don Juan II, ante el noble y leal comportamiento de los trujillanos, la declaró ciudad en Astudillo el 12 de abril de 1430, y dos años después, por gestiones del ilustre trujillano Alonso García de Vargas, la confirmó en privilegio fechado en 20 de enero de 1432 en Zamora.

El doctor Alonso García de García, del Consejo del Rey,

fué también agraciado por éste con el señorío de Valhondo, dehesa con casa fuerte, y al ser la ciudad incorporada a la Corona, fué nombrado alcaide del castillo D. Gómez González de Carvajal.

Trujillo tiene ya en esta época una gran importancia política, religiosa, militar y social y una autonomía administrativa que la permitía desarrollar sus beneficios en pro de las clases populares; pero ello también resucitaba o, por mejor decir, hacía recrudecer los bandos que se disputaban la preponderancia del mando en la ciudad, dando lugar a que sucumbiera víctima del asesinato Alvaro Pizarro de Carvajal, progenitor de esta rama de los Pizarros y perteneciente al grupo de los Bejaranos, como yerno de Alvar García Bejarano, bajo el puñal de Martín de Orellana, que pertenecía al de los Altamiranos, dando ello lugar a que comenzara una serie de escenas de sangre que enlutaban la hermosa población.

Por entonces dió Trujillo una hermosa prueba de amor a su libertad.

El poderoso Conde de Ledesma, que, por haber perdido esta villa por el tratado concertado con Portugal, solicitó del Rey le concediese en sustitución la ciudad de Trujillo, a cuya petición accedió el Monarca aparentemente, pero los trujillanos se opusieron con tenacidad a la pretensión del magnate, no tolerando a sus emisarios que se posesionasen de la ciudad, rechazando al mismo Zúñiga, Carvajales y Bejaranos al mando del valeroso D. Gómez González de Carvajal, al que cabe la gloria de esta memorable jornada.

No por ello renunció a sus pretensiones el flamante Conde de Plasencia, que comenzó con sus gentes a hacer correrías por tierras de Trujillo.

Noticioso el Rey de esta novedad, envió como emisario a D. Gutiérrez de Sotomayor, con recomendación a los caballeros de Trujillo que resistiesen a Zúñiga y se uniesen todos contra él, y como al mensaje verbal que el Rey enviara con el Maestre de Alcántara D. Gutierre siguiese la carta fechada en Avila el

26 de febrero de 1441, dirigida por el Monarca al Concejo trujillano, en la que ofrecía no habría jamás de enajenar la ciudad a señor alguno por muy privado suyo que fuese, concibieron los trujillanos la esperanza de no verse en otro trance como en el que se habían visto con el Conde de Plasencia, si bien algunos dudaban, dada la versatilidad de carácter de Don Juan II.

En efecto; cinco años después, con el triunfo que el Condestable alcanzara sobre los revoltosos en la batalla de Olmedo, tomó D. Alvaro de Luna pretexto para conseguir que el Rey le otorgara el Señorío de Trujillo, con el título de Duque, haciéndolo saber al Concejo en carta que le dirigió desde Toledo el 10 de febrero de 1446, tomando posesión de la ciudad y su fortaleza en nombre del Condestable el distinguido caballero trujillano Muriel de Vargas, Señor de Valhondo, y en poder del de Luna estuvo hasta que fué despojado de todos sus bienes y señoríos al rodar su cabeza por mano del verdugo en la Plaza del Ochoavo de Valladolid en 1453, muriendo al año siguiente el rey, que dejó en Trujillo muestras de su liberalidad, dotando los conventos de la Concepción Jerónima y San Francisco.

Advino al trono castellano Enrique IV, y pronto las rivalidades entre el favorito D. Juan Pacheco, Marqués de Villena, y D. Beltrán de la Cueva, estallaron, formándose aquella famosa conjuración de nobles y prelados que acaudillaban el Marqués de Villena, y en el que tomaron parte D. Alvaro de Zúñiga, Conde de Plasencia; los de Alba y Medellín, el Maestre de Alcántara D. Gome de Solís, los Arzobispos de Toledo y Sevilla y el Obispo de Coria, que tomaron el partido del Infante Don Alfonso y cuyos hechos culminaron en la llamada *Farsa de Avila*.

No podía esta parte de Extremadura sustraerse en estos acontecimientos por radicar en su territorio los señoríos de algunos de estos magnates ambiciosos y rebeldes, y el inquieto D. Gome de Solís no dejaba de recorrer las tierras de Trujillo procurando alzarlas por el Infante Don Alfonso; y el odio personal que tenía a los Chaves por la ayuda prestada a los nobles

placentinos D. Alonso de Monroy, el famosísimo Clavero de Alcántara, y su primo D. Hernán el *Bezudo* en el asalto de Cáceres, le hizo concebir el proyecto de apoderarse de Trujillo, como así lo intentó, pero como la mayoría de estos caballeros estaban por el Rey, y los Chaves y Vargas habían avisado secretamente a los Monroyes dándoles parte del apuro en que se hallaban, llegando éstos a marchas forzadas a Trujillo una noche, escalaron la muralla en medio de la oscuridad y con su gente y la de los Vargas acometieron a los partidarios del Maestre de Alcántara, trabándose terrible combate, en que fué derrotado Don Gome, que tuvo que huir de la ciudad, la que quedó en poder de los partidarios del Rey.

El sabio cronista Fray Alonso dice ocurrió este suceso en 1465, junto al arco de Santiago, y así lo corrobora el escritor extremeño D. Nicolás Díaz y Pérez.

Enterado Enrique IV de este acto de lealtad, premió a Trujillo con la concesión de un mercado semanal libre de todo tributo, privilegio rarísimo que sólo contadas ciudades disfrutaban; este mercado llegó a tener tal importancia, que a él afluían gentes no sólo de Extremadura, sino de Castilla y muchas ciudades de Andalucía, celebrándose todos los jueves y durante quince años, pues fué luego abolido por los Reyes Católicos y vuelto a conceder por Carlos I, y aún se celebra, aunque, por desgracia, ha perdido su primitiva importancia.

Don Alvaro de Zúñiga y el Marqués de Villena, que se habían de nuevo conruciado con el Rey, tomando el partido de Doña Juana *la Beltraneja*, a la que se había vuelto a jurar heredera del trono, conseguían del Monarca cuanto deseaban, y como no había olvidado las pretensiones de su padre a la posesión de Trujillo, la pidió y la obtuvo; pero recordando las dificultades, negativas y resuelta actitud de los trujillanos a entregarse al dominio feudal, rogó al Rey fuese con él a la ciudad para recabar de los caballeros la entrega y se la diese él mismo por juro de heredad, a cuya petición acudió el débil Enrique, acordando ir en el otoño de 1469 y a su paso para Segovia,

donde pensaba reunir el Consejo para tratar de las novedades que acarreaba el casamiento que su hermana, la Infanta Doña Isabel, había contraído contra su voluntad con el Infante heredero de Aragón; llegó a Trujillo el 10 de octubre del indicado año, siendo recibido con cariñoso respeto, y reuniendo el Consejo, le notificó el Rey cómo por pagar los leales servicios de Zúñiga había decidido otorgarle el señorío de la ciudad y que le tuviesen por su natural señor.

No cogió desprevenido a los nobles trujillanos la regia resolución, pues, previéndola, se habían convenido con el Alcaide de la fortaleza, Gracián Sesse, que no la entregase aunque los viese a ellos al parecer sometidos a la voluntad real, y le hicieron jurar que lo había de cumplir, que entretanto ya conseguirían del Marqués de Villena que obtuviese del Monarca la anulación de la concesión. Así, pues, al oír el mandato del Monarca parecieron conformarse, pero cuando el mensajero que mandó el Rey a posesionarse de la fortaleza se acercó a ella, el Alcaide Gracián se negó a entregarla, diciendo que la guardaba para servicio del Rey y que no la entregaría, y por más recados y razones que le enviaban, el Alcaide los entretenía con astucia, sin dar la fortaleza, y pasaban días y no se daba a partido, haciendo perder la paciencia al Soberano y desesperar a Zúñiga.

Habían ya los trujillanos puesto de su parte al Marqués de Villena, y éste sugirió al Rey la idea, que aceptó, de dar al Conde de Plasencia la villa de Arévalo, con lo que se conformó don Alvaro, y Don Enrique marchó a Segovia a tratar sobre los asuntos de Doña Isabel, de quien había recibido una carta en Trujillo participándole su casamiento y dándole razones de por qué había desobedecido su voluntad.

La proyectada boda de Doña Juana *la Beltraneja* con Alfonso V de Portugal, que iba a tratarse en Yelves, hizo reunirse en Trujillo al Rey y a D. Alvaro de Zúñiga, que partieron juntos hacia Badajoz.

La desmedida ambición del Marqués de Villena, que con nada se satisfacía, le hizo insistir cerca del Rey que le cediese a



él el señorío de Trujillo, que muy importante debía de ser cuando así despertaba los sórdidos apetitos de los validos, y para obtener esta gracia encomió con refinada astucia no sólo la ocasión propicia para no herir la susceptibilidad de los caballeros trujillanos, sino que hizo ver al Rey que aquellos caballeros que le desairaron cuando quiso ceder la ciudad a Zúñiga, necesitaban una mano fuerte que los contuviese, y que como la ciudad estaba cerca de la frontera portuguesa, podía estar a merced de cualquier ambicioso, y, sobre todo, que le parecía que los trujillanos habían mostrado afecto hacia él cuando la cuestión del Conde de Plasencia y que convenía que el mismo Rey le hiciese la entrega.

Se avino a ello el Monarca, y en agosto del mismo año se presentó con D. Juan Pacheco ante Trujillo, haciéndole entrega, sin oposición de los trujillanos, lo que extrañó sobremanera a D. Enrique. Sólo el Alcaide mostró obstinación en entregar la fortaleza y entretuvo al Rey y su privado más de lo que les convenía, teniendo al fin que ausentarse el valido, a comisiones del Monarca, quien se quedó en Trujillo hasta solucionar el asunto, pero cayó enfermo de fiebres antes de lograrlo y se retiró a Madrid, avisando al de Villena para que tornase a la ciudad, donde se dirigió el Marqués a mediados de septiembre, pero acometido de unas tercianas, tuvo que ser llevado a Santa Cruz en una litera y allí expiró el 4 de octubre de 1474. Avisóse al Rey y a D. Diego López Pacheco, a quien el Rey confirmó en todos los títulos que tenía su padre, y arreglado el asunto con el Alcaide de la fortaleza, se posesionó de ella el nuevo Marqués de Villena, que adoptó, como el Condestable, el título de Duque de Trujillo, y en diciembre de 1474 murió D. Enrique, dejando encargado de los negocios y personas de su supuesta hija Doña Juana *la Beltraneja* a D. Diego López Pacheco.

Antes de concluir de anotar la importancia de Trujillo en esta época nos vemos precisados a rectificar un error de gran importancia que algunos han cometido al tratar de este asunto.

Se menciona que Don Juan II hizo donación de Plasencia y

Trujillo a D. Pedro de Zúñiga, y realmente no es así, pues, como muy acertadamente dice D. Vicente Paredes, cuya competencia es muy reconocida, en su opúsculo “Los Zúñigas, señores de Plasencia”, en la página 44, “le dió Plasencia porque los trujillanos se negaron a entregarle la ciudad y castillo”, y en la nota puesta en la misma página afirma que el cambio de una ciudad por otra fué otorgado por cédula de 30 de diciembre de 1441, y por otra cédula de 2 de enero de 1442 se le autorizó a posesionarse de ella, lo que se verificó el 15 del mismo mes y año.

La tremenda lucha entre los partidarios de *la Beltraneja* y los de Doña Isabel había de hacer de Trujillo teatro de grandes acontecimientos.

Gobernaba la fortaleza, por el Marqués de Villena y Duque de Trujillo, el valiente Pedro de Baeza, y era adicto y fervoroso partidario de Doña Isabel el caballero trujillano Luis de Chaves.

Ganosa Doña Isabel de posesionarse de Trujillo para quitar fuerza al bando contrario y apoderarse de *la Beltraneja*, que estaba hospedada en el castillo y evitar sus desposorios con el Rey de Portugal, escribió a Luis de Chaves para que estuviese preparado a todo evento con sus parciales, y a fin de evitar el derramamiento de sangre, envió a Pedro de Baeza un emisario, que era su propio hermano Gonzalo, proponiendo le entregase el castillo a cambio de ciertas mercedes, que, según afirmaba Baeza, eran cuatro millones de maravedises, cuatro mil vasallos en el estado que él eligiese, la villa de Torquemada con condado y casarle con la hija del Almirante de Castilla.

Todo lo rehusó el leal Baeza por no quebrantar el juramento de fidelidad a su señor, que le había confiado la custodia de Doña Juana, y segunda vez volvió a negarse cuando la Reina le repitió el ofrecimiento por conducto de D. Rodrigo Maldonado y Hernán Alvarez de Toledo.

Mediaba mayo cuando volvió a Trujillo el Marqués de Villena con un representante del Rey de Portugal con amplios po-

deres para realizar los desposorios, no atreviéndose a más por temor a Luis de Chaves, que había llamado en su auxilio a los terribles Monroyes, que se acercaban con tropas a Trujillo.

Temeroso Pacheco de un audaz golpe de mano de los partidarios de Doña Isabel, dió orden de trasladar a Doña Juana a Plasencia y él se quedó en Trujillo con buena guarnición para defender la fortaleza tan amenazada por el Clavero y su primo *el Bezudo*, que lograron penetrar en la ciudad, derrotando a las gentes del Marqués y matando *el Bezudo* al famoso capitán Juan Ternerero de un terrible mandoble que le segó la cabeza por el cuello, no obstante tener éste defendido por la gorguera de mallas; y desembarazada la población, pusieron sitio a la fortaleza.

En tanto, se celebró en Plasencia el enlace de Doña Juana *la Beltraneja* con el Rey de Portugal, que a ella vino, y la rindieron vasallaje los confederados de su partido, alzando banderas por ella y proclamándola Reina de Castilla; no obstante lo cual no consiguieron éxito alguno, antes al contrario, veían cada vez más mermado su partido, pues Don Fernando y Doña Isabel redoblaban sus ataques contra los señoríos de los partidarios de *la Beltraneja*, y el Conde de Plasencia fué de los primeros que se decidieron a dejar su partido, siguiéndole la Condesa de Medellín.

Luis de Chaves recibió a mediados de junio de 1476 carta de los Reyes para que no abandonase el cerco de la fortaleza, y volvió a recibir el auxilio de los dos Monroyes y el del Conde de Feria, que se presentaron al mes siguiente, llegando a reunir un buen contingente de tropas, apretando el cerco del castillo, recibiendo también el socorro que enviaba la Reina de buen número de lanzas al mando del capitán Alonso de Enríquez; pero el astuto Baeza se dió maña de enemistar a éste con Luis de Chaves, y Enríquez abandonó la ciudad; pero volvió a instancia de Doña Isabel, que supo cortar toda enemistad entre ellos. Pidió Baeza auxilio a los amigos del Marqués de Villena, enviándole la esposa de éste, Duquesa de Arévalo, quinientas lan-

zas, con lo que Baeza les obligó no sólo a levantar el cerco del castillo en victoriosa salida, sino a abandonar la ciudad.

Ante esta novedad tornaron los Monroyes a Trujillo, escalaron de noche la muralla y atacando a los partidarios de Baeza con furioso empuje, los obligaron a encerrarse en el castillo.

Volvió también Alonso Enríquez acompañado del capitán Almaraz con artillería, y el sitio de la fortaleza tomó más serio aspecto; pero no intimidó esto al bravo y esforzado Baeza, que les desconcertaba con sus salidas, dando no poco que hacer a los Chaves, llegando D. Luis a perder en estos combates tres hijos, determinando entonces los Reyes Católicos acudir ellos mismos a Trujillo para ayudar a sus leales partidarios.

Avenidos ya con los Reyes, no sólo el Conde de Plasencia, sino el propio Villena, la Reina escribió a Baeza desde Guadalupe, haciéndole saber que había estipulado con el Marqués la entrega de la fortaleza, y que, con arreglo a lo pactado, la entregase a un tercero; que consintiese en salir de ella y que la hiciese pleito homenaje; negóse con altivez el Alcaide, y en mayo de 1477 llegó a Trujillo Doña Isabel con poderoso ejército, en el que figuraban el Duque de Medina Sidonia, el Marqués de Cádiz, el Conde de Feria, D. Alonso de Cárdenas, el Adelantado de Andalucía y el Maestre de Calatrava, y se unieron a los Chaves y Monroyes, que sitiaban el castillo. No dieron tampoco resultado para la entrega ni el nuevo mensaje que la Reina enviara con Hernán Alvarez de Toledo y el doctor Talavera para que Baeza entregara el castillo, y ya ordenaba la Reina emplazar la artillería para batirla, cuando Villena suplicó se suspendiese la orden hasta que él subiera a convencer al Alcaide, lo que no pudo lograr, como tampoco pudieron su padre y hermanos, y, por último, volvió el Marqués, que le expuso las desagradables consecuencias que traía para sus bienes tal obstinación, y molestado y despechado Baeza por la baja conducta de Villena y lo mal que pagaba su lealtad, se avino a entregar la fortaleza, separándose del servicio de tal señor, que ni aun

el seguro de vida pidió para su fiel vasallo, vida que acaso hubiera perdido sin la intervención del doctor Talavera.

El 24 de junio de 1477 se entregó a Doña Isabel la fortaleza de Trujillo, de la que fué nombrado alcaide Gonzalo de Avila, señor de Villatoro, como se había estipulado con Villena, y dadas por la Reina providencias de buen gobierno, y creada la Santa Hermandad bajo el mando del capitán Sancho de Aguilar para perseguir a los malhechores y a los señores que los encubrían, y haciendo demoler las casas fuertes de Orellana y Madrigalejo, salió para Andalucía a someter a los ya escasos partidarios de *la Beltraneja*.

El recrudecimiento de la guerra con el Rey de Portugal, que había obtenido dispensa pontificia para legitimar su casamiento con *la Beltraneja*, obligó al rey Don Fernando a trasladarse a Trujillo con la Reina para vigilar desde allí la frontera, penetrando en la ciudad el 20 de noviembre, alojándose en la casa de los Chaves, habiéndole precedido D. Alonso de Cárdenas con 15.000 infantes y 3.000 caballos, aposentándose en Trujillo y obligando a Villena, de quien nadie podía fiarse, a renovar el pacto, a lo que no parecía muy dispuesto.

Quedó, pues, Trujillo convertido por algún tiempo en la Corte de España, y allí también se firmó la tregua de seis meses con el Duque da Anjou, que no había podido firmar el Rey de Aragón por haber fallecido; y en Trujillo, en su magnífica iglesia de Santa María, tuvieron lugar los ostentosos funerales por el Rey aragonés, con asistencia de los Grandes del reino, de los Embajadores extranjeros y de los caballeros más distinguidos de Trujillo, oficiando el Obispo de Córdoba, el Abad de Cabañas, el clero trujillano con sus numerosos cantores y las seis cofradías de la ciudad.

En el viejo palacio de los Chaves, en cuyas venerables piedras se pueden leer las páginas más gloriosas de la historia de Trujillo, tuvieron lugar dos acontecimientos notables: el Consejo que se reunió para acordar cómo habían los jóvenes mo-

narcas de encabezar sus escritos, y la firma de la paz con Portugal, que tuvo efecto el 30 de septiembre de 1479.

Ocasión creemos es la presente para recabar del Gobierno se declare monumento nacional ese edificio, que es para la noble Trujillo una reliquia.

Las gratas nuevas de la paz se celebraron en Trujillo con solemne *Tedeum* en la iglesia de Santa María, repique de campanas y gran algazara, concurriendo los caballeros a jugar cañas y correr cintas.

El 30 de octubre de 1479 salió la Reina de Trujillo para Toledo, donde había de reunirse con su esposo, habiendo dejado de alcaide de la fortaleza a Nuño del Aguila, y corregidor a su hermano Sancho, y como prueba de su munificencia y religiosidad, el convento de Dominicos de la Encarnación y los de religiosas de San Pedro y San Miguel, ordenando asimismo se construyese una Casa Consistorial.

En su vetusta fortaleza estuvo preso también Francisco Ortiz, nuncio del Pontífice, hasta que el 19 de julio de 1480 juró en la capilla del castillo dar obediencia a ciertos puntos que los reyes le sometieron para arreglar las diferencias de la Corona con el Pontífice, de cuyo juramento se levantó acta por el consejero y alcalde de Casa y Corte Fernando Yáñez de Lobón, quedando luego el Nuncio en libertad.

En la guerra de Granada empezaron a distinguirse notablemente los jóvenes guerreros trujillanos, que más tarde habían de ser gloriosos adalides, Diego García de Paredes, Gonzalo Pizarro, Alvaro de Escobar, Juan de Vargas Carvajal y Alonso de Sotomayor.

En 7 de julio, cuatro años después de aquella epopeya que consolidó la Reconquista, fué aclamado como señor de la ciudad el Príncipe Don Juan, a quien la habían donado sus padres.

Muchos y muy notables hechos tuvieron lugar en Trujillo en los albores de la Edad Moderna, pero ésta no habremos de tocarla por imperativo del tema.

¡Ciudad tan gloriosa y de tan espléndida historia bien merece halagüeño porvenir!

De la parte preeminente que con relación a otras ciudades españolas tuvo en la conquista y colonización de América, nos lo dicen elocuentemente los hechos hazañosos de Francisco Pizarro y González, que llenarían ellos solos bastante más que el espacio concedido a este trabajo, y las bibliografías de los ínclitos paisanos del héroe trujillano que le siguieron y ayudaron en su obra guerrera y colonizadora del Perú.

2.º

Para demostrar la parte integrante que Trujillo tomó en la conquista de América, basta con consignar la pléyade de ilustres trujillanos que en estas empresas heroicas tomaron parte, entusiasmados acaso con la pintura que les hiciera su paisano Francisco Pizarro cuando, de regreso del descubrimiento del rico imperio peruano, estuvo en Trujillo, en la ocasión en que regresó a España para impetrar del César ayuda para la conquista.

FRANCISCO MARTÍN DE ALCÁNTARA, hermano de madre de Francisco Pizarro, con el que marchó a América. Fué muy discreto y logró gran renombre entre todos los expedicionarios y militares que gobernaban los países conquistados; su deber le imponía la obligación de estar al lado de su hermano Francisco, al que profesaba gran respeto y tierno afecto. Murió en el Perú en 1557.

FRANCISCO DE ORELLANA, capitán glorioso en América, nacido en Trujillo en 1488, partió con su pariente Francisco Pizarro a la expedición del Perú, habiendo sido el primero que bajó por el río de las Amazonas en 1541. En el segundo viaje que hizo desde España en 1549 perdió los buques de la expedición en un temporal, y murió en 1552, más bien de pesar que por los años que contaba.

Había acompañado en todas sus expediciones a Gonzalo Pizarro; y la famosa al río de las Amazonas la emprendió desde las aguas de Canca, pasando por las del Napo a las Amazonas. Ha sido y es objeto de grandes investigaciones desde entonces la filiación y apellidos de este capitán, hijo de Trujillo, pues ningún apellido como de Orellana es tan común en Trujillo en los siglos XVI y XVII. Sólo se ha podido averiguar que el famoso Orellana del Amazonas perteneció a la familia de los Orellanas Bejaranos, pues fué padrastro suyo Cosme de Chaves, y éste casó en segundas nupcias con doña Francisca de Torres Orellana, hija de Juan de Orellana, séptimo señor de Orellana la Nueva, sin que se sepa con quién estuvo casada esta señora en primer matrimonio y, por tanto, quién fué el padre de Francisco de Orellana. Por encargo de Pizarro reconstruyó la ciudad de Guayaquil, que gobernó algún tiempo, y después, Puerto Viejo, con gran acierto y diligencia. Cuando vino a España a dar cuenta de sus descubrimientos, fué muy honrado por la Corte y Consejo de Indias, dándosele el título de Adelantado de los territorios que había explorado, a que dió el nombre de Nueva Andalucía. Organizó una expedición para colonizarla, pero murió, como antes decimos, antes de realizarlo.

DON VASCO PESOTO DE HERRERA, hijo de D. Juan Pesoto de Herrera, y como él nacido en Trujillo. Fué oficial de corazas y, deseoso de gloria, partió con los Pizarros para América, encontrando la muerte en el Perú en una de las frecuentes contiendas habidas con los españoles. Había nacido en 1500.

GONZALO PIZARRO, comendador de Quito, nacido en Trujillo en 1480, era hijo bastardo de D. Gonzalo Pizarro. En 1529 acompañó a su hermano al Perú, trabajando mucho en la conquista. A la muerte de su hermano Francisco fué nombrado gobernador de Quito. Murió después de algunas victorias contra las tropas imperiales, ejecutado por su rebeldía.

HERNANDO PIZARRO, comendador de Cuzco, nacido en Trujillo en 1498, era hijo legítimo de D. Gonzalo Pizarro y doña Isabel de Vargas. Marchó con su hermano Francisco al Perú



en 1529. Tomó parte activa en la conquista del imperio, sintiendo gran antipatía hacia Almagro, a quien venció y aprisionó en la batalla de Salinas. A su regreso a España fué acusado por los partidarios de Almagro y encerrado en el alcázar de Madrid y trasladado después al castillo de la Mota, de Medina del Campo, donde permaneció hasta 1560, permitiéndosele pasar de allí a Trujillo, donde murió en 1578.

JUAN PIZARRO, hermano bastardo de Francisco, nacido en Trujillo en 1489. Partió con todos sus hermanos al Perú, donde falleció.

JUAN PIZARRO Y ORELLANA, primer hermano de los Pizarros, nacido en Trujillo en 1478. Con ellos marchó a América y ayudó eficazmente en la prisión de Atahualpa.

ALONSO DE SOTOMAYOR, notable militar nacido en Trujillo a últimos del siglo xv. Desde su infancia fué militar valeroso, distinguiéndose en la guerra contra los moros y en las campañas de Flandes, donde ascendió a capitán, pasando después a América con los Pizarros, figurando mucho su nombre en la conquista de Chile como capitán general de aquel reino.

CARLOS DE SOTOMAYOR, hermano del anterior y como él nacido en Trujillo a últimos del siglo xv.

Con los Pizarros y la orden de su hermano marchó a América, sirviendo con la categoría de coronel en las tropas que operaron en la conquista de Chile, muriendo a manos de los indígenas.

HERNANDO DE SOTOMAYOR, nacido a últimos del siglo xv en Trujillo. Partió a Holanda de capitán, en una de las últimas expediciones que Carlos V envió a aquel país. Cuando regresó a España se alistó en la expedición de Valdivia para América, pasando luego a la conquista de Chile.

MANUEL SOTOMAYOR, hermano del anterior, nació en Trujillo en 1498. Estuvo en Holanda y a su regreso a España marchó a América, reuniéndose en el Perú con sus paisanos, tomando parte en la conquista de Chile, donde se distinguió notablemente.

ALFONSO DE TORO, también nacido en Trujillo en 1495, estuvo en la conquista del Perú y siguió en sus viajes la suerte de los Alvarados, Orellanas y Ordóñez en la conquista y dominación de América.

ALONSO DE TRUJILLO, navegante y hacendista, nacido en dicha ciudad en 1502. En su juventud se trasladó a Cádiz y embarcó para América, regresando luego y siendo empleado por el Rey en las oficinas del puerto y navegación en Sevilla, donde vivió largos años y escribió varias obras.

DIEGO TRUJILLO, valeroso capitán nacido en esta ciudad en 1494. Se fué con Pizarro en la expedición de Pedro Arias de Avila, recorriendo toda Tierra Firme y contribuyendo a la fundación de la ciudad de Panamá en 1519 y a todos los actos de aquella expedición, siempre a las órdenes de Francisco Pizarro, siendo uno de los pocos que no le abandonaron.

MARTÍN DE ALARCÓN, capitán y navegante, nacido en Trujillo en 1500. Partió a la conquista de América, y en 1540 fué el primero que penetró en California.

LORENZO DE ALDANA, nacido en Trujillo a últimos del siglo xv. Partió con los Pizarros en la primera expedición y fué jefe influyente en el Perú.

FRANCISCO DE CAMARGO, nacido en 1478 en Trujillo. Acompañó a Cortés a América y fué muy renombrado en la conquista de Méjico.

FRANCISCO DE CHAVES, nacido en Trujillo en 1478. Marchó en 1519 a conquistar los países de Centro América.

En 1524 fundó la ciudad de Guatemala, con tan desgraciado acierto, que la encerró entre dos volcanes que la destruyeron en 1545. Vivió en Guatemala hasta su muerte, acaecida en 1542.

Don NUÑO DE CHAVES, nacido en Trujillo en 1500. En 1540 partió para América y en 1557 tomaba posesión de parte del territorio del Paraguay, fundando la ciudad de Santa Cruz de la Sierra, donde se estableció con su familia, y murió en 1570.

ALONSO DE LOAISA, nacido en Trujillo en 1499. Con los Pi-

zarros marchó a América, y al lado de su hermano Alvaro de Loaisa se hizo célebre en el Perú, ayudando y secundando a los Adelantados como fiel y valeroso capitán.

ALVARO DE LOAISA, nacido en Trujillo en 1494. Por deseos de gloria marchó a América en la primera expedición de Pizarro, siendo uno de los capitanes más distinguidos en la conquista del Perú.

DON FRANCISCO DE LAS CASAS, nacido en Trujillo a últimos del siglo xv. Estuvo en la guerra de Alemania, donde se portó bizarramente, viniendo con el empleo de coronel y siendo agraciado con el hábito de Santiago, marchando después a América con los Pizarros. Sus mejores hechos de armas están en la conquista del reino de Nueva España, a la que asistió como teniente general.

FRANCISCO DE CHAVES, navegante, nacido en Trujillo a fines del siglo xv. Fué con los Pizarros a América, luchando como un héroe en el Perú, habiendo muerto a manos de Diego Almagro por su lealtad a los Pizarros. Fué caballero del hábito de Santiago.

PEDRO GONZÁLEZ, navegante, nacido en Trujillo a últimos del siglo xv. Fué con Hernán Cortés a Méjico, donde se distinguió por su valor. Su nombre se cita como modelo de imitar, allí donde tanto malo había.

3.º

FRANCISCO DE CARVAJAL, valeroso general, nacido en Trujillo en 1477. Cuando el asalto de Roma fué el primero que subió a la brecha. Enviado después por Carlos V a América, donde auxilió primero a Vaca de Castro contra Diego Almagro, siendo después maestro de campo de Gonzalo Pizarro, muriendo en el Cuzco a manos del pueblo amotinado.

Excelentísimo Sr. D. GONZALO CERVANTES GAETE, cardenal nacido en Trujillo en 1513, fué privado del Papa Pío V.

Fray DIEGO DE CHAVES, famoso teólogo nacido en Trujillo en 1492. Fué confesor de Felipe II, renunció varios Obispados para que fué propuesto a Roma y murió en 1583.

FRANCISCO DÍAZ DE VARGAS, escritor militar, nacido en Trujillo en el siglo XVI. Escribió una obra titulada *Discurso y Sumario de la Guerra de Portugal y Sucesos de ella*, reputada como la mejor que salió de su pluma. Falleció por el año 1595.

DIEGO GARCÍA DE PAREDES, nacido en Trujillo en 1514. Cuando la conquista de América corrió al Nuevo Mundo, donde se hizo un nombre envidiable.

ALVARO GARCÍA DE PAREDES, nacido en Trujillo en 1470. Se distinguió mucho como capitán en las guerras de Italia.

DON DIEGO GARCÍA DE PAREDES Y TORRES, famoso capitán, nacido en Trujillo el 20 de marzo de 1466. Es conocido en la Historia por el Hércules español y el Sansón de Extremadura, por sus fuerzas colosales. Pasó a Italia y entró al servicio del Papa Alejandro VI, estando después a las órdenes del Gran Capitán.

Se cuentan infinitas hazañas de este personaje, por las que se ponen de manifiesto sus extraordinarias fuerzas. Murió en Bolonia el año 1530, a los sesenta y cuatro años de edad. Sus restos fueron traídos, pasado algún tiempo, a la parroquia de Santa María de Trujillo.

DON DIEGO GONZÁLEZ DE MEDINA Y BARBA, escritor militar, nacido en Trujillo en 1548. A últimos del siglo XVI publicó una obra importante sobre fortificaciones, que mereció ser traducida al francés y al portugués.

Fray JUAN DE CRISALBAS, nacido en Trujillo a últimos del siglo XVII. Estudió en Toledo Teología, y en Alcalá de Henares Derecho, abrazando el sacerdocio y siendo un excelente predicador. Fué caballero de la Orden de Alcántara y murió siendo prior de Magacela.

DON CARLOS HERASO Y VARGAS, segundo conde del Puerto, nacido en Trujillo en el siglo XVII. Perteneció a la Orden de Alcántara y fué consejero real.

DIEGO DE HERRERA nació en Trujillo en la segunda mitad del siglo xv. Era hermano de Vasco de Herrera, y, como éste, tomó parte en el alzamiento de los Comuneros de Castilla; y fracasada aquella revolución, partió para América, contribuyendo a la conquista y dominación del Perú.

Doctor D. DIEGO HERRERA, hijo del capitán Vasco de Herrera, nacido en Trujillo el año 1520. Jurisconsulto distinguido, fué nombrado uno de los primeros oidores en las Audiencias de Indias, donde prestó grandes servicios a España.

VASCO DE HERRERA, nacido en Trujillo en 1486. Tomó parte muy activa en el levantamiento de los Comuneros de Castilla. Vencidos éstos en Villalar, pasó a América, y por sus hazañas se hizo célebre en la conquista del Perú.

DON FRANCISCO HERRERA LOAISA Y TAPIA, regidor perpetuo de la ciudad de Trujillo, donde había nacido en 1670. Fué familiar del Santo Oficio, caballero del hábito de Santiago y autor del libro titulado *Memorial de la nobleza de Extremadura*, que se conserva en la biblioteca del señor Marqués de Camarena.

FRANCISCO DE HINOJOSA, caballero de la Orden de Alcántara, nacido en Trujillo a principio del siglo xvi. Fué juez mayor, en comisión, de Trujillo y gobernador de Alcántara, donde murió.

PEDRO DE HINOJOSA, capitán, compañero de Hernando Pizarro, nacido en Trujillo en 1489. Partió para América en 1534, regresando a Panamá y volviendo al Perú, donde realizó proezas de valor.

En los trabajos de arreglo de la colonia del Perú y fundación de Lima llevó parte muy principal por distinción de Pizarro. Fué víctima de una cobarde traición por el tristemente célebre Garci Tello de Vega en 1552.

PEDRO ALONSO DE HINOJOSA, jurisconsulto, nacido en Trujillo en 1496. Marchó a América a unirse con su hermano, que estaba en el Perú, habiéndole nombrado Felipe II con posterioridad justicia mayor de la ciudad de Charcas.

PER ALVAREZ HOLGUÍN, nacido en Trujillo el año 1582. Fué con Pizarro al Perú, donde se hizo célebre.

Doctor GARCÍA DE LOAISA, escritor y latinista distinguido, nacido en Trujillo en 1530. Publicó en Madrid la obra *Collectio Conciliorum Hispaniae*. Fué un prosista muy culto.

JUAN DE LOAISA, militar y poeta, nacido en Trujillo al mediar el siglo XVII. Tuvo el hábito de Santiago y compuso algunos versos que no llegaron a publicarse.

Doctor D. JUAN BALTASAR LOAISA, jurista y teólogo, nacido en Trujillo a fines del siglo XVI. Estudió en Sevilla y ejerció la abogacía en Madrid y Burgos. Tenía el hábito de Santiago y fué nombrado inquisidor de Llerena, donde parece que murió.

Excelentísimo Sr. Fray JERÓNIMO LOAISA CARVAJAL, primer arzobispo de la ciudad de los Reyes, nacido en 1489 en Trujillo, siendo sus padres D. Alvaro Carvajal y doña Ana González de Paredes. Estudió Latinidad en Coria, se matriculó de Teología en Sevilla, profesó en el convento de Dominicos de San Pablo en Córdoba, fué colegial en el de San Gregorio, de Valladolid y, siendo prior del convento de Carboneras, le presentó el Emperador para obispo de Cartagena de Indias en 3 de agosto de 1537; de allí pasó al Obispado de Lima y, al crear aquella metropolitana en 1548, murió en ella de arzobispo en 1575.

DON GARCI LÓPEZ DE CARVAJAL, militar de gran fama, nacido en Trujillo a mediados del siglo XVI. Era de la Orden de Calatrava, y desempeñó largos años el cargo de Alcaide Mayor de la fortaleza de Trujillo.

DON GARCI LÓPEZ DE CARVAJAL, hijo del anterior y también nacido en Trujillo a fines del siglo XVI. Era del hábito de Santiago, y el Rey le dió el Señorío de Torrejón y fué Embajador de España en Portugal.

DON CRISTÓBAL BEJARANO, nacido en Trujillo en 1602; sirvió en caballería como capitán de corazas, hizo durante siete

años la guerra contra Portugal, y murió el 20 de mayo de 1644 en la célebre batalla de Montijo, ganada por los españoles.

DON GREGORIO BEJARANO, Marqués de Sofraga, Caballero de la Orden de Alcántara y familiar del Santo Oficio, nacido en Trujillo a fines del siglo XVII.

DON JUAN DE LAS CASAS, del hábito de Calatrava, nacido en Trujillo a últimos del siglo XVI. Hizo la guerra de Alemania, y estuvo en la de Portugal como capitán de corazas. Murió de Alcaide del castillo de Alcalá la Real.

Ilustrísimo Sr. D. GARCÍA CERVANTES, teólogo, nacido en Trujillo en 1520. Fué orador muy celebrado; desempeñó varios cargos eclesiásticos en Toledo, Madrid y Salamanca, siendo uno de los que más brillaron en el Concilio de Trento. No quiso aceptar el Arzobispado de Zaragoza.

DON GONZALO CHACÓN DE ORELLANA, marino, nacido en Trujillo a fines del siglo XVI. Se distinguió en las guerras de América, después en la de Portugal. Fué del Consejo de Indias y tenía el hábito de Calatrava.

DON GABRIEL CHAVES, nacido en Trujillo a últimos del siglo XVI, era Caballero de Calatrava y notable jurista, que perteneció al Consejo Real de Hacienda y al de Castilla.

DON GREGORIO CHAVES, abogado, nacido en Trujillo a últimos del siglo XVI. Era hermano del anterior; tuvo, como éste, el hábito de Calatrava y falleció en Madrid siendo Consejero Real de Castilla.

Licenciado DON GONZALO CHAVES Y ORELLANA, jurista, nacido en Trujillo a mediados del siglo XVI. Era de la Orden de Calatrava; desempeñó varios cargos en Madrid, y murió siendo Corregidor Mayor de Almagro.

Licenciado D. LUIS GARCÍA DE CHAVES, del hábito de Santiago, nacido en Trujillo a últimos del siglo XVI. Notable jurista, fué Corregidor de Plasencia, después de Salamanca y últimamente de Antequera, donde murió.

Excelentísimo Sr. D. JUAN DE CHAVES MENDOZA, jurista, nacido en Trujillo a principios del siglo XVII, del hábito de

Santiago. Sirvió varios destinos de Juez y Corregidor de Sevilla; pasó a Madrid como Consejero de Castilla, y murió siendo Presidente del Real Consejo y Cámara de dicho alto Cuerpo.

Don ALONSO ESCOBAR, nacido en Trujillo a fines del siglo XVI. Por su valor en las guerras del siglo XVII, llegó al empleo de Teniente General y Comendador de Santiago.

SANCHO MENDO, famoso capitán, nacido en 1494. Hizo la guerra de Turquía y entró en Túnez en 1535, marchando después a América, ya achacoso, no tanto por los años como por los sufrimientos en las campañas anteriores. Tuvo fama de valiente en Europa y América.

Don FERNANDO ORELLANA, político distinguido, que nació en Trujillo a mediados del siglo XVI. Tuvo el hábito de Calatrava, y fué Señor de la Cumbre y murió de Superintendente de Rentas Reales en el reino de Córdoba.

Fray JUAN DE ORELLANA, teólogo distinguido, que nació en Trujillo a fines del siglo XVI.

Fué orador de fama, y escribió algunas obras de las que sólo se conservan las siguientes:

1.<sup>a</sup> “Ordin. predicatorum, D. Gregorii Vallisoletanis”; varias materias teológicas, etc.

2.<sup>a</sup> “De officio et potestate judicis delegatis”. Ambos libros existen en la Biblioteca provincial de Cáceres.

Don DIEGO DE ORELLANA BEJARANO, político distinguido, nacido en Trujillo a principios del siglo XVI.

Sirvió grandes destinos, y, entre otros más principales, el de Bailio de la ciudad de Loja y la Embajada de la Orden de San Juan, a la que perteneció y por la que obtuvo la rica encomienda de Quiroga. Perteneció este señor a los Orellanas emparentados con los Pizarros.

Don FRANCISCO ORELLANA PIZARRO, nacido en Trujillo a principios del siglo XVI, tuvo el hábito de Calatrava, siendo Comendador de Betera y desempeñó por largos años el puesto de Consejero de Castilla.



DON ANTONIO ORELLANA Y TAPIA, ilustre político, nacido en Trujillo a mediados del siglo XVII. Tuvo muchos cargos y comisiones, pero donde más se distinguió fué como Corregidor y Superintendente general de Rentas de Plasencia, en 1707, y de Salamanca después; tenía el hábito de Santiago.

Fray FRANCISCO OSSUNA, teólogo y escritor místico, nacido en Trujillo en 1500. Estudió en Toledo y residió largos años en Madrid, donde escribió la mayoría de sus obras, entre ellas "Trilogium Evangelicum", en 1535; "Expositionis Supper Minues est Alter Liber Ubi agitur de Ominis Reformatorum", impreso en Salamanca en 1535; "Abecedario Espiritual", impreso en Burgos, en 1537, y "Sermones", impreso en Zaragoza en 1549.

Fray PEDRO PANDURO, monje alcantarino, muerto en su Patria, Trujillo, en 1619. La crónica franciscana elogia sus virtudes místicas. Había nacido en 1570.

DON ANTONIO DE PAREDES, poeta, nacido en Trujillo a principio del siglo XVI. Fué soldado, escritor, músico y poeta, como tantos otros jóvenes de aquella época, y después de una vida agitada en las campañas de Flandes, donde llegó a capitán, vivió en Madrid desde 1592.

Antonio Paredes murió en 1610, dejándo inédita una obra mística y dos comedias, que pudieron representarse en Madrid con gran éxito, tituladas *Sin Alcalde Rey* y *Amores de un Soldado*.

SOR MARÍA DE JESÚS DE PAREDES, religiosa de grandes virtudes, nacida en Trujillo el año 1594. En su juventud tomó el hábito de la Orden Carmelita, y en 1634 marchó, con otras compañeras de Comunidad, a América para fundar conventos de su Orden. En el establecido por ella en Quito, falleció el 26 de mayo de 1646.

DON JUAN PESOTO DE HERRERA, nacido en Trujillo en 1477. Era del hábito de San Juan de Jerusalén, y protegió con dinero la empresa de los Pizarros para ir a América, donde pereció su hijo Vasco.

RUY PÉREZ DE VARGAS, nacido en 1469. Desde 1488 se dedicó a las armas, entrando en el ejército que envió más tarde D. Fernando para la conquista de Navarra, que se logró en 1512; operó como capitán contra los Comuneros, y en 1533 pasó a la guerra contra el turco, siendo de los primeros que entraron en Túnez cuando en 1535 ganamos la famosa batalla que más gloria dió a Carlos V.

DON GONZALO PIZARRO, conocido por el nombre del "Viejo", nació en Trujillo en 1446, y, como todos los hidalgos de aquella época, empuñó las armas formando parte de los numerosos ejércitos que se mandaron al recién conquistado reino de Navarra, para contener los deseos que Francia tenía por dominarlo. Murió en una de las más reñidas batallas con los franceses en el sitio de la plaza de Amaya, después de haber hecho heroicidades con la lanza y haber probado que pocos hombres se le podían oponer en resistencia y arrojo.

Tenía excesiva estatura, y por ello algunos le llamaban "El Largo" y otros "El Tuerto", a causa de haber perdido un ojo en las campañas de Italia. Otros le denominaban "El Romano", por haber residido largo tiempo en Roma y haberse distinguido en el asalto de la Ciudad Eterna. A su muerte era Coronel.

ANTONIO PIZARRO, pintor, nacido en Trujillo en 1584. Se ignora dónde estudió. Don Antonio Pons lo cita con gran aprecio, y Cea Bermúdez dice de él en su *Diccionario*, tomo IV, que "fué pintor de correcto dibujo y de buen colorido"; fué discípulo del Greco, y residió en Toledo a principios del siglo XVII, donde dejó obras apreciables.

DON ALVARO PIZARRO, tercer Conde de Torrejón, nació en Trujillo en 1689. Desde su juventud fué militar y se distinguió mucho en la guerra contra Francia y después en la de Portugal. Fué Comisario general y Maestro de Campo; el Rey Felipe III le dió la gracia del Condado de Torrejón, y Carlos III dió a sus descendientes la Grandeza de primera clase.

DON JUAN PIZARRO DE ARAGÓN, nació en Trujillo en 1577;

tenía el hábito de Calatrava, fué militar y después Abogado. Murió en 1625, siendo Corregidor Mayor de Guadix.

Don JUAN FRANCISCO SILVESTRE PIZARRO, primer Marqués de San Juan de Piedras Albas, nacido en Trujillo en 1649. Fué Caballero del hábito de Calatrava y hombre muy importante en sus tiempos; Felipe V le nombró Consejero de Hacienda cuando ya era Mayordomo de Su Magestad y Gobernador de la Real Casa de Doña Mariana de Austria y primer Caballerizo de la Reina esposa de Carlos II. Felipe V le concedió la Grandeza de primera clase.

Don FERNANDO PISÓN Y ORELLANA, literato, nacido en Trujillo en 1594. En 1634 escribió la obra que titulaba "Varones ilustres del Nuevo Mundo", y que contenía las biografías de los principales conquistadores.

Su autor la dedica a Felipe IV y al Conde-Duque de Olivares.

Fray ALONSO ROL DÍEZ, Caballero de Santiago, nacido por el año 1578. Fué muchos años Comendador de la Armentera.

Fray DIEGO DE SANTA ANA, alcantarino, nacido en Trujillo y muerto en septiembre de 1630 en olor de santidad.

Doctor D. LUIS DE TAPIA Y PAREDES, nacido a principios del siglo XVII. Fué corregidor de Valladolid, y más tarde del Consejo y Cámara Real. Tenía el hábito de Santiago.

Don GABRIEL TAPIA, Caballero de Alcántara, nacido en la misma ciudad a fines del siglo XVI. Estudió leyes en Alcalá y fué un distinguido jurista, que desempeñó largos años el puesto de Corregidor Mayor de Granada, cargo de suma importancia en sus tiempos.

JUAN TERNERO, esforzado capitán, nacido en Trujillo por los años 1429 de una familia muy principal. En 1450 tomó las armas, sirviendo en las guerras de la época y murió en 1474 a manos de D. Fernando Monroy "El Bezudo" en la toma de Trujillo.

Don JUAN TORRES ESCOBAR, del hábito de Alcántara, nacido en Trujillo en 1491. Estudió Derecho en Alcalá de Henar-

res, ejerció la Abogacía en Valladolid y Madrid, y murió de Alcalde Corregidor de Villanueva de la Serena.

Fray ANTONIO DE TRUJILLO, religioso franciscano y escritor distinguido, nacido en dicha ciudad en 1614. Escribió varias obras muy estimadas entre los místicos.

Fray FELIPE DE TRUJILLO, religioso y teólogo profundo, nacido en Trujillo en 1609. Era de la Orden regular de San Francisco, y murió en Toledo en 1678.

Fray JUAN DE TRUJILLO, teólogo y orador sagrado, nacido en la indicada ciudad en 1694. Estudió en Coria y tomó el hábito de San Francisco en Sevilla.

Fray JUAN DE TRUJILLO, nacido a principios del siglo XVII.

Fray MARTÍN DE TRUJILLO, teólogo, nacido en 1613. Ingresó de lego en la Orden Franciscana, y fué muy respetado por sus virtudes.

Fray DIEGO DE TRUJILLO, teólogo y escritor distinguido, que nació en la ciudad de su nombre en la segunda mitad del siglo XVI. Estudió en Toledo la Teología, y es autor de la obra "Vida de la Madre de Dios", que publicó en 1610.

Fray MIGUEL DE TRUJILLO, escritor religioso de la Orden Franciscana, nacido a mediados del siglo XVI. En el tomo segundo de la "Biblioteca Hispana" se cita una obra suya con el título de "Crux Christi".

Fray PEDRO DE GUADALUPE TRUJILLO, distinguido teólogo, nacido en la expresada ciudad a fines del siglo XVI. Siendo muy joven, y después de haber estudiado latinidad en su patria, pasó a cursar Teología y Derecho en Guadalupe, donde tomó el hábito de San Jerónimo a los veintiún años. Se cita entre sus obras una de gran fama titulada "De Rebus Ecclesie nom allicu, et resti in foro conscientie", que se guarda en la Biblioteca provincial de Cáceres.

Ilustrísimo Sr. D. GUTIERRE DE VARGAS Y CARVAJAL, nacido en Trujillo el año 1504. Estudió Teología en Toledo, y después de haber abrazado el sacerdocio, desempeñó varios cargos de importancia en aquel Arzobispado. En 1556 fué propues-

to para el Obispado de Plasencia, cuya diócesis rigió con gran acierto.

Fray VICENTE DE VALVERDE, religioso dominico, cuya cuna se disputan Oropesa y Trujillo. Es muy conocida su actuación en el Perú, y murió a manos de los indios mientras celebraba misa el 23 de mayo de 1543.

Doctor Don JUAN DE VARGAS ZAMBRANO, jurista, nacido en Trujillo en 1549. Fué Caballero de Santiago y después de Calatrava, y murió de Alcalde Mayor de Trujillo.

Otros muchos y notables varones tuvieron a Trujillo por cuna, pero renunciamos a insertar sus biografías por no hacer esta relación interminable.

Aunque algunos autores, entre ellos el actual párroco de la Cumbre, D. Clodoaldo Naranjo, dan como hijo de Trujillo al Doctor D. Lorenzo Galíndez de Carvajal, no es así, puesto que dicho ilustre jurista nació en Plasencia el 23 de diciembre de 1472, siendo sus padres D. Diego González de Carvajal, Arcipreste de Trujillo, Arcediano de Coria, Canónigo de Sevilla y Chantre de Plasencia, y su madre Doña Juana Galíndez, de la ilustre familia de los Galíndez, de Cáceres. Su padre consiguió del Rey D. Fernando V la legitimación, para que no tuviera que avergonzarse de su nacimiento, y el mismo Doctor Galíndez en sus anales declara el lugar de su nacimiento.



# PARTE SEGUNDA

---

## TEMA PRIMERO

**PREMIO:** A la poesía número 20.—Lema: *Gloria*.—Autor: Reverendo Padre Conrado Rodríguez, Agustino; Real Monasterio de El Escorial.





## EL ULTIMO BESO DE PIZARRO

La honda fulminante del David extremeño  
contra el monstruo ha lanzado la pedrada mortal.  
Ya el pastor de Trujillo, capitán velazqueño,  
cubriendo sus heridas, lleva un manto imperial.

La tierra fabulosa del oro y los volcanes  
treme bajo los duros cascos de su corcel.  
En su frente hay un reto para los huracanes,  
en su pecho, escondido, lleva un panal de miel.

Como, juntas las manos, las bellas israelitas  
cantaban en las calles las gestas de David,  
en montes y caminos, en palacios y ermitas,  
las peruanas cantan al nuevo hijo del Cid.

Derrocados los dioses de su templo magnífico,  
los Incas ya no doblan la rodilla ante el sol.  
La Cruz se alza en los Andes. Las olas del Pacífico  
saben aires del viejo Romancero español.

Hosanna. La victoria, como una desposada,  
camina ya del brazo del noble paladín.  
En el airón guerrero y en la bruñida espada  
centellean los rayos de una aurora sin fin.

Pero la mano trémula del glorioso vidente  
no cogió más que un ala de su sueño imperial.  
El guerrero ha vencido; pero en su augusta frente  
flotan vagos augurios de un reino patriarcal.

Si una tierra dorada le ha dado a Carlos Quinto,  
¿no quedan nuevos mundos de almas para Dios?  
¡La Cruz, la Cruz divina! Puesta la espada al cinto  
con la Cruz en la mano, de su sueño irá en pos.

Callarán los clarines al sonar las campanas,  
las palomas con ramos de olivo volarán...  
En Lima y Guadalupe, como tierras hermanas,  
una Hostia las manos unguidas alzarán.

Las canciones de América, los aires españoles  
suenan como latidos del mismo corazón.  
Enjuta ya la sangre por pacíficos soles,  
arados las espadas, brazos los hierros son.

La serpiente de aquellos edenes tropicales  
da silbidos de espanto, barruntando su fin.  
Caen los ídolos rotos, suben las catedrales  
al épico conjuro del sacro paladín.

Nimbados por las llamas de otro nuevo Cenáculo,  
caminan los apóstoles predicando al Señor.  
La vil ara del ídolo se trueca en Tabernáculo,  
los rituales sangrientos en plegarias de amor.

Ya el martirio se acerca... La frente del caudillo,  
coronada de espinas, sangra bajo el laurel.  
Aflan los Caínes, en silencio, el cuchillo  
que ha de hundirse en el noble corazón de otro Abel.

Vedle. No es ya el soldado que vertió en Cajamarca,  
como un dios de la Iliada, la sangre juvenil.  
Lleva blanca melena de antiguo patriarca  
y ha dejado la espada y el corazón hostil.

Le buscan los traidores... Como al sol del desierto,  
dos manadas de tigres acechando al león,  
espían su palacio, para todos abierto,  
temblorosos, beodo de rabia el corazón.

Los mira, los perdona... Lucha. Doscientas vidas  
parecen en la vida del capitán arder.  
Minutos de epopeya. La angustia, las heridas  
le hacen, al fin, glorioso, como un mártir, caer.

La victoria repliega sus alas. Vacilante,  
la mano de Pizarro le da el último adiós.  
Batallas, caballeros, la procesión triunfante  
de sus sueños cumplidos, pasa... ¡Le queda Dios!

Hundiendo en una herida la mano temblorosa,  
dibuja, como en éxtasis, una sangrienta cruz.  
Allí pone sus labios... La Cruz era su esposa  
y ella le abrió en los cielos un camino de luz.



## PARTE SEGUNDA

---

### TEMA SEGUNDO

PREMIO: A la poesía número 56.—Lema: *In memoriam tuam*.—Autor: don Ricardo G. Salavert, Académico de Honor de la Real Academia Hispano Americana de Ciencias y Artes. Plegadero, 24, segundo, Toledo.



## A LA SEÑORA RUMSEY

No preguntéis quién soy, gentil señora.  
Mi nombre nada importa en esta vida  
donde todo se pierde o evapora.  
¿Sabemos conocer por qué se llora,  
ni por qué ríe la Ilusión florida?

Ni deja traslucir el Sol ardiente  
la razón de sus cálidos fulgores,  
ni la Ciencia define claramente  
por qué el agua, que arrolla en el torrente,  
muere después acariciando flores.

Toda vida es así: Clave infinito  
donde surge un severo interrogante  
que en vano preguntamos quién ha escrito.  
¡Nuestra pregunta es grito  
que se pierde en la Noche del instante!

De vuestra fama, los clarines de oro  
llegaron a vibrar en el retiro  
donde la gloria de un Pasado añoro.  
¡Oh, lírico tesoro  
de juventud, que tan lejana miro!

Y fué tan poderoso mi deseo  
de rendiros honores dignamente,  
que no puse en hacerlo titubeo;  
seré uno más—pensaba—en el torneo,  
para ceñir laureles a su frente.

A vuestros pies, señora,  
deja el poeta su canción ahora.  
Si en ella veis un algo indefinido  
que entre las pobres rimas es latido  
de amante corazón,  
pensad en que el espíritu no muere,  
y en el recuerdo de su amor se baña...  
¡Vuestro noble marido amaba a España,  
la Madre de los sueños de Colón!

Y vos también la amáis; en tal extremo,  
que, por honrar la gloria de un caudillo,  
glorificáis al hijo de Trujillo  
con mármoles y bronces en su honor;  
que es de seres honrados,  
si un día lo permite la Fortuna,  
vestir con oro la gloriosa cuna  
del que ganó la suya por amor.

.....  
.....  
América dormía los sueños ancestrales  
de la pujante raza que se formó al azar;  
guardaban el secreto los bosques tropicales,  
cerraba su horizonte la soledad del mar.

Surcando el Tenebroso, la Cruz abre una estela  
y es faro que ilumina senderos de Ilusión;  
para encontrar un Mundo, bastó una carabela;  
para formar su raza, bastaba un corazón.



El corazón de España, que alarga meridianos  
y ensancha paralelos con épico valor,  
por medio de unos hombres que llevan en sus manos  
la Espada, contra el Odio; la Cruz, para el Amor.

Y el nómada cacique, desde su altivo cerro  
donde la luz del alba le viene a despertar,  
observa la figura de unos hombres de hierro  
que, intrépidos, avanzan por el confín del mar.

El salvaje sacude su penacho de plumas  
donde el iris campea bajo el beso del sol,  
porque allá en la ribera, coronada de espumas,  
otro símbolo brilla del solar español.

Roja y gualda bandera, por el mástil sujeta,  
flameando pregona la aventura triunfal;  
en sus vastos dominios, Atahualpa se inquieta...  
(se adelanta la Historia, retrocede el poeta,  
y aquí empieza, señora, la epopeya inmortal).

La Inquietud en el llano y el Dolor en la altura  
se han cubierto con velos de angustioso capuz;  
bajo el sol de las Indias, un acero fulgura,  
y en las pálidas manos de otra santa figura,  
sobre el Mar y la Tierra, se levanta la Cruz.

Cajamarca es teatro de la heroica escena  
donde espera Atahualpa, con mentida ficción,  
a que puedan saciarse sus instintos de hiena...  
y en el lírico marco de la tarde serena,  
surge, rápida y sorda, la cruel traición.

Y es entonces Pizarro quien su calma no pierde,  
quien maneja el acero con valor sin igual,  
mientras fija en la altura su mirada Valverde,  
y a los cielos implora protección contra el Mal.

Luchan, ciegos de rabia, nuestros hombres fornidos,  
que de Soto y Hernando multiplica el valor,  
y al caer de la tarde son los indios vencidos,  
prisionero Atahualpa, sus dominios perdidos...  
¡La Bandera española sobre el puesto de honor!

.....

Esa fué, gran Señora,  
la epopeya sublime que marcaba la aurora  
del valiente guerrero, diplomático y fiel,  
a quien hoy en la noble población de Trujillo  
levantáis una estatua que recuerde al caudillo,  
coronando su frente con glorioso laurel.

Descubrió con Balboa, navegó con Pedrarias,  
con el Padre Valverde recitó sus plegarias,  
hizo frente a los indios con Hernando y Carrión.  
¡Aún recuerda la Historia lo genial de su hazaña,  
cuando al épico grito de "Santiago y España"  
se batía en los Andes como fiero león!

Y unos años más tarde, cuando viles traidores  
con engaño apagaron de sus ojos la luz,  
aun brillaba el acero con siniestros fulgores,  
mientras, presa de agudos y mortales dolores,  
con su sangre trazaba la señal de la Cruz.

## PARTE SEGUNDA

---

### TEMA TERCERO

El premio correspondiente a este tema se declara desierto por no encontrar el Jurado méritos suficientes para otorgarlo a ninguna de las diez poesías que concursan a él.



ACCESIT PARA LOS TRABAJOS  
DE LA PRIMERA PARTE

---

Al trabajo número 2.—Lema: *Figuras de gesta*.—Autor: D. José Blázquez  
Marcos, Archivero de la Diputación provincial. Cáceres.



## PROPOSITOS

*La Historia*—se ha dicho—*es presencia de almas, no simple rememoración externa de hechos materiales.* Consecuente con este principio, al tomar la pluma para acudir al Certamen abierto con ocasión de erigirse en Trujillo, su cuna, la estatua del insigne conquistador peruano *Francisco Pizarro*, nos proponemos bosquejar la noble figura del bizarro paladín, deduciendo del conjunto de su hazañosa labor los perfiles de su fisonomía, y corroborando las facetas y tonalidades varias de su alma de héroe en la recordación de los momentos más singulares de su magna empresa.

No vamos, pues, a exponer detallada y prolijamente las peripecias y pormenores de su aventura ultramarina, desde el instante en que parte de España hasta que allá, en los dominios de su gobierno, muere, víctima de ingrata traición. Cien veces los relató la historia de nuestra conquista y colonización en América, y harto conocidos son de todo el que haya cumplido el deber de contemplar, con ojos limpios y corazón sereno, el brillante desfile de aquellos bravos cachorros de la gesta indiana.

Y al presentar, en el plan y forma expuestos, la figura ingente del caudillo trujillano—haciendo destacar los ideales que le impulsaron—, la obra colonizadora que realizó en el Perú y el verdadero rango y carácter de su personalidad antes de la conquista, conforme al tema propuesto, quedaremos satisfechos de haber cumplido, en la modestia de nuestra esfera, dos altos

deberes: Uno, como español, contribuyendo a restablecer y pregonar el verdadero espíritu de nuestra obra en América, y otro, como extremeño, poniendo fe y amores en la tarea bendita de exaltar una de las más puras glorias de la casta.

Oportunidad y urgencia de reparadora justicia entraña esa tarea. Porque el proceso histórico de la figura de Pizarro ha seguido un rumbo enteramente opuesto al que ofrecen otros tipos animados por ese quid del heroísmo. Mientras el Cid, por ejemplo, idealizado por la mente candorosa del pueblo, se ofrece en la leyenda limpio de impurezas, que luego ha de ir descubriendo la crítica histórica, Pizarro, en cambio, aparece en su fase legendaria como un aventurero cruel y ambicioso; y así persiste, hasta que la mirada serena de la historia comienza a vislumbrar los verdaderos móviles de su voluntad, a descubrir gestos, oír palabras y contemplar hechos de los que efunde ese soplo instintivo y misterioso que se agita sólo en las cumbres del heroísmo. Y de este modo, levantando poco a poco aquellos trapos harapientos con que infame leyenda lo cubriera, acaba por mostrarse a los ojos de todos el torso recio y limpio del conquistador del Perú, lavado por el agua del juicio imparcial y bruñido por el sol de la verdad.

## LOS PALADINES REHABILITADOS

No hay, de fijo, en la historia empresa alguna cuya grandeza haya sido tan regateada y cuyo espíritu haya sido tan malignamente tergiversado como la conquista y colonización española en América. Con notoria injusticia y ciega obsesión se ha considerado a los conquistadores españoles como monstruos de crueldad, como bandidos con yelmo y coraza, expoliadores y esclavizadores de un mundo. Heine, en su poema "Witzliputsli" (nombre del sanguinario ídolo azteca), lamentando que Cortés se codee en la Historia con Colón, dirige a la sombra del Almirante este lírico apóstrofe: "Más te hubiera valido no nacer



o permanecer anónimo entre la muchedumbre, antes que tu nombre, tan puro y grande, sufra el contacto infame de aquel nombre de bandido.”

Fomentando los odios y recelos que en los pueblos hispano-americanos recién independizados dejaban ciertos errores del período colonial, se achacaron a nuestros conquistadores un solo ideal: la ambición de oro, y una sola norma: la crueldad con los indios.

La sed de oro—“la fiebre amarilla”—se presentaba al mundo como la finalidad exclusiva de nuestra obra en América. Y esto lo decían, con gesto de hipócrita escándalo, aquellos mismos a quienes obsesionaba y endureció el oro de Klond-ike, de California, de Australia y del Transvaal. Bajo el pabellón de ideales más limpios y elevados, es lógico y humano que atrajeran también a los primeros exploradores españoles de América los relatos y palpables muestras de su fabulosa riqueza: eran al fin hombres. Pero este mismo estímulo fué fecundo en resultados.

Los lugares forjados por la fantasía, acuciada de tal deseo, la Cibola y Quivira, de Nuevo Méjico, la fuente rejuvenecedora de la Florida, la Meta fabulosa de Ordaz y, sobre todo, el mito del hombre dorado, o *Eldorado*, que, según relatos de la época, *continuamente anda cubierto de oro molido y tan menudo como sal molida*, y que, tomando base en añejas costumbres indias de Guatavitá (aldea de Venezuela), se fué luego desvaneciendo ante el mito del lago Parime—que se creía rodeado de montañas de plata, cuando no eran, según probó Humboldt, sino las sabanas del Orinoco, que, inundadas en la estación de las lluvias, reflejaban los rayos solares en los picos próximos de roca micácea—, no existieron en balde, pues su busca dió pie a la exploración del Orinoco, del Amazonas, de parte del Brasil, Venezuela, el Ecuador y otros territorios. ¡Benditos esos áureos mitos, que así adelantaron el advenimiento al mundo civilizado de pueblos sumidos en la barbarie!

En cuanto al tópico vil de la crueldad con los indios, es algo

que la misma realidad actual desmiente de modo categórico con sólo mostrar los numerosos indígenas americanos que todavía hoy viven en los que fueron nuestros dominios. De tal forma que en Chile, en la Argentina, en el Perú, en las cuencas del Orinoco, y el Amazonas, y en la región andina del Oeste, como en Méjico, y la zona ístmica del Centro, han sobrevivido a la colonización española los actuales *fueguinos, araucanos, quechúas, aymaras, cholulas, tlascaltecas, zapotecas, indios pueblos, apaches, navajas*, etc., merced a un humanitarismo que contrasta, en verdad, con la crueldad exterminadora observada por la puritana Albión con los pieles rojas del Norte. Por algo se dictó aquella "Legislación de Indias", que hasta los enemigos de España proclaman monumento único de humanitarismo y amor. La evidencia de estos hechos ha iniciado, de algún tiempo a esta parte, una reacción favorable a los héroes españoles de la conquista, que, a la luz de una crítica serena, han ido mostrando así su alta talla. A más de algunos españoles, como Altamira, han colaborado en esta empresa de justa rehabilitación de nuestros conquistadores varios estadistas yanquis—Rennert, Shewill, Crawford, Lummis—, que, si bien con miras encaminadas al perfecto conocimiento de los pueblos hispanoamericanos y al arraigo en éstos de su potente hegemonía—, han estudiado y aclarado puntos esenciales de la cuestión con un criterio admirativo que hace de los héroes extremeños en la conquista el único e insuperable antecedente de aquellos "matreros" y "pioneers" de la moderna epopeya del "Far West"; es decir, la conquista del "extremo Oeste", como expansión de la raza hacia el Pacífico desde el primitivo hogar costero del Atlántico.

Pero es también en la propia Hispanoamérica donde ha comenzado a estudiarse con serena visión, y hasta con cariño, la actuación de nuestros héroes en aquel continente: Roberto Levillier, el diplomático argentino, exalta la memoria de algunos conquistadores. César Rivas, en sus *Ensayos de historia política y diplomática*, reivindica la obra colonizadora de España; el brasileño Oliveira Lima, en su estudio *La evolución histórica*

*de la América latina*, justifica la actuación de las dos naciones ibéricas en el Nuevo Mundo; pensadores y literatos sudamericanos como Rodó Ugarte, Rojas, García Calderón, e historiadores como Pereyra y Cuneo-Vidal, vuelven al amoroso acatamiento de una tradición gloriosa, y un colombiano ilustre, Guillermo Valencia, en sus *Anales del Distrito*, dice lo siguiente: “Un jacobinismo reacio e incomprensivo sigue negando pleitesía a nuestros mayores coloniales, olvidando cuánto les costara plantar el árbol en que se mecen nuestros nidos y cuyos frutos sustentan.”

Arrullado por el eco de esta nueva salmodia, tan bien sonante en oídos españoles, no ha faltado quien llegara a considerarlos poco menos que como ángeles o santos. Es, hasta cierto punto, el natural impulso de una reacción que, animada de un explicable sentimiento españolista, al ver salir a los conquistadores del fango de viles calumnias en que estuvieron injustamente sumidos, no se ha detenido hasta elevarlos a alturas casi celestiales.

Ni lo uno ni lo otro. No fueron monstruos ni fueron ángeles. Fueron sencillamente hombres: de calidad altísima y valoración selecta, pero al fin hombres; y como tales dotados de nobles energías y raras virtudes, juntas con instintos y pasiones, agravadas quizás por la distancia y la barbarie del escenario en que actúan y por la relativa irresponsabilidad en que se desenvuelven. El pedestal de su gloria no es, pues, el altar, sino la estatua, que, plasmando su figura y eternizando su recuerdo, pregone a todos los vientos y cante a todos los soles la fecunda actuación y la misión trascendental de aquellos esforzados caudillos.

## EL PEREGRINO DE LA GLORIA

Un acontecimiento excepcional acaba de ocurrir en medio de aquel luminoso ambiente de gloria y de arte del Renacimiento. Bajo el amparo de España, un hombre singular, aventurándose a lo largo de un mar inexplorado y tenebroso, ha hecho surgir

de entre las ondas un mundo desconocido y tan exuberante y rico, que el relato de los que a él fueron es pasmo y maravilla de cuantos lo escuchan. Un buen día llegan al terruño extremeño, austero y grave como sus gentes, las noticias portentosas del vasto escenario que acaba de revelar la visión genial del Almirante. El eco de tales nuevas se extiende por labrantíos y encinares, y a su conjuro las imaginaciones se exaltan y los deseos se encienden. Precisamente allá abajo, muy cerca del solar, se halla la puerta que abre rumbo al mundo nuevo; y allá va, tras la fecunda quimera, la flor y nata del heroísmo hispano, los hombres de Trujillo y Cáceres, de la Serena, de los Barros; la casta prócer cuyo viril continente anuncia a los futuros domineadores de aquel mundo (1).

Espléndido marco para deslumbrar imaginaciones y avivar estímulos el de la Sevilla quinientista. Ciudad alegre siempre por su garbo y talante, encendida de sol y prendida de flores, era entonces la sede única del comercio ultramarino; sus muelles, punto de arranque y de llegada de las flotas de Indias, se mantienen en trajín constante. Al olor del negocio, allí acuden a granel armadores y pilotos, cartógrafos, soldados, pícaros e hidalgos, y, sobre todo, mercaderes alemanes, franceses, flamencos y genoveses. Porque no hay allí sólo relatos fantásticos y noticias abultadas para enganchar incautos; son también realidades positivas y tangibles, ricos y desconocidos frutos, tabaco, canela, vainilla, coca, azúcar, cacao, pimienta y café; arcas repletas de macizos lingotes de oro y plata. Y, cubriendo con el velo de la fantasía la desnuda riqueza de realidades tales, los anhelos vuelan hacia aquellas tierras, cuyos árboles rezuman jugos deliciosos y cuyas entrañas ofrendan oro y joyas.

---

(1) Portadores de aquellas estupendas nuevas fueron, sin duda, los que al volver del Continente recién descubierto iban a postrarse ante la Virgen de Guadalupe, los cuales, "al pasar por las granjas y castillos, al amor del brasil arrancado a los troncos de encina, en pago de la hospitalidad, narraban sus hazañas y ponderaban los tesoros y bellezas del Nuevo Mundo". (F. Plaza: *El Monasterio de Guadalupe*). Número 165. Cita tomada de la obra *Divulgación histórica: Francisco Pizarro*, por J. Tena.

Unos años más tarde la historia grabará el cuadro de su riqueza, y el P. Fray Tomás Mercado, en su *Suma de tratos y contratos*, nos dirá que es Sevilla “el fuerte y puerto principal de toda España”, pues “soliendo antes el Andalucía... ser el extremo y fin de toda la tierra, descubiertas las Indias es ya como medio”, y a ella viene “todo lo mejor y más estimado que hay en las otras partes antiguas, aun de Turquía... De aquí es que arde toda la ciudad en todo género de negocios”.

A esta ciudad de opulento dinamismo acuden en tales momentos aquellos hidalgos, menestrales y labriegos extremeños que se sienten llamados a realizar, por la reciedumbre de su temple y el brío de su voluntad, la magna tarea conquistadora. Allí llega Cortés, que ha poco acaba de dejar su ropilla de escolar salmantino; allí se presenta Alvarado y Valdivia y Almagro, y un jovenzuelo que descubrirá un Océano: Balboa. Allí llega también un hombre a quien la fortuna le ha sido adversa desde la cuna. Nacido de los ilícitos amores de un capitán de los tercios españoles, Gonzalo Pizarro, con una joven trujillana, Francisca González, ha vivido en humilde oscuridad—aunque no servil ni denigrante—hasta edad ya madura. Se llama *Francisco Pizarro*, tiene al presente cuarenta años, y en su rostro parece dibujarse la austera melancolía del que no halló todavía ambiente propicio para mostrar la llama ardiente del heroísmo que ilumina su alma (1).

Mas no ha perdido la fe: aún es tiempo de alcanzar renombre y gloria; y en este santo anhelo, el mundo recién descubierto se abre a su esperanza como escenario reservado a la grandeza de su misión.

Con rumbo a él embarca en Sevilla el año 1510; allá va mar adentro la frágil nao que conduce al obscuro bastardo trujillano, alistado como simple soldado en la expedición que manda Alon-

---

(1) El citado señor Tena dice que la edad de Pizarro en el momento de marchar a América era veintinueve años, toda vez que partió en el año 1505 y había nacido en 1476, según se deduce de las noticias que dan Agustín de Zárate y el inca Garcilaso de la Vega.

so de Ojeda. Cuando este hombre taciturno y oscuro regrese un día a España, volverá ya iluminado por la revelación de su alto destino, volverá para ofrendar a la Corona el señorío de un imperio (1).

Los expedicionarios arriban a la Isla Española, y pronto, en la expedición a Urabá, Pizarro muestra un valor y decisión que merecen se le confíe la defensa del primer fuerte allí levantado. Acompaña después a Balboa en el descubrimiento del mar del Sur, y luego de probar nuevamente su bizarría en otras expediciones, regresa a Panamá, donde sus servicios le han permitido ya reunir cierto caudal, disfrutando allí de casa y asiento con repartimiento de indios.

Vida es aquella que no satisface todavía los nobles anhelos de este hombre excepcional. La explotación agropecuaria a que allí se dedica sólo puede ser un compás de espera hasta que surja el chispazo de la hazaña a que se siente llamado, la aurora de ese día de gloria que su alma de héroe aguarda confiado.

Pasados unos años, esta aurora surge. Uno de los sucesores de Balboa en sus exploraciones por la costa del Pacífico, Pascual de Andagoya, llega a Panamá en 1522 pregonando las riquezas de la provincia del *Birú*, en la cual “supe y hube relación—dice Andagoya—ansí de los señores como de los moradores e intérpretes que ellos tenían, de toda la costa y de todo lo que después se ha visto hasta el Cuzco, particularmente de cada provincia y de la manera y gente de ella, porque éstos alcanzaban por medio de mercaduría mucha tierra”.

Las referencias de Andagoya produjeron gran agitación en



(1) Cúneo Vidal fija la partida de Pizarro para América en el año 1504, basándose en el texto de la Real cédula de 1529, donde el Emperador le hace merced de armas propias, y en la que dice: “por cuanto vos Francisco Pizarro... nos hiciste relación de que... puede haber veinticinco años, poco más o menos, que pasaste a la isla Española”. En cambio, el señor Tena fija la partida de España en el año 1505, fecha de la última expedición de Ojeda, ya que las dos primeras de este capitán salieron de Santa María y de Cádiz, y el punto de partida de Pizarro, según todos los historiadores, fué Sevilla.

Panamá y fueron sobre todo el grito que anunció a Pizarro la ruta de su destino. *E desde que estuvieron ricos—dice el cronista Jerez—que alcanzaba e valía lo que tenían quince o diez e ocho mil pesos de oro, siguióse quel capitán Pascual de Andagoya vino perdido a Panamá y enfermó del viaje que había hecho en busca del cacique del Perú... Entonces Pizarro y Almagro suplicaron a Pedrarias que se la diese a ellos, e por respeto del clérigo que tenía compañía con ellos se la concedió, e los hizo capitanes para el descubrimiento.*

En efecto, Pizarro, asociado con el capitán Diego de Almagro y el vicario del Darién Fernando Luque, se decidió a emprender la conquista del desconocido país, dándose a la vela con ciento catorce hombres a mediados de noviembre de 1524.

Ya tenemos al héroe camino de la gloria; es en este instante cuando se abre el libro de su verdadera vida, la que, por ser tal, ha dejado huella indeleble en el bronce de la historia. Pero dejemos ya la menuda relación de sus hechos para señalar los perfiles de su figura de gesta, deduciendo de sus propios actos los ideales que guían al héroe trujillano.

## IDEALES QUE IMPULSARON A PIZARRO A LA CONQUISTA Y COLONIZACION DEL PERU

“La pobreza—ha dicho Shakespeare—es la escala de las juveniles ambiciones.” América fué la oportunidad providencial, el magno escenario en que habían de surgir al mundo de la gloria los humildes de temple, los hombres oscuros pero recios. Y así los primeros españoles que se lanzan a la intrépida aventura son los humildes, el pueblo, y dentro de éste lo más joven, lo más audaz y vigoroso. Ellos descubren grandes mares como el Pacífico, grandes ríos como el Misisipí, el Amazonas, el Orinoco y el Plata; ellos remontan la cordillera andina y las mesetas de Méjico, Bolivia y Colombia; bordean los volcanes del Ecuador, atraviesan las Pampas y desiertos argentinos, los lla-

nos del Brasil y Venezuela, durmiendo entre charcas y manglares, o sobre las nieves de los páramos, y en lucha constante contra la naturaleza, los indios y el hambre. Y siendo esto así, y siendo ellos hombres, movidos como tales por virtudes y pasiones, nada extraño es que, al par que estímulos más limpios, les moviera también el acicate de una recompensa tan difícilmente ganada.

Este afán de ganancia y recompensa que en el conjunto de la masa pudo tener a veces manifestaciones excesivas, ha servido a los enemigos de España para ensañarse una vez más con el hombre que, precisamente por destacar cien codos del nivel de aquélla, ha recibido todos los salivazos de la calumnia. A Pizarro se le ha negado toda virtud, se le ha señalado injustamente como prototipo de esa ambición de lucro, de esa sed de oro; sus enemigos no pudieron perdonarle que, en efecto, lo encontrara en abundancia.

Mas no guiaría tan ciega obsesión a quien, como él, habiéndose creado ya cierto bienestar económico, no vacila en arriesgar de nuevo su fortuna y su propia vida para ensanchar los dominios de su patria. Y aun después del reparto del tesoro de Atahualpa, cuando todos los que en él participaron se hallan ricos de repente, si Pizarro hubiera sido ese vulgar ambicioso que la calumnia le hizo, se habría retirado a gozar tranquilamente y regalonamente el caudal ya adquirido.

Pizarro, por el contrario, prosigue su magna empresa. ¿Qué revela esto? Que en aquel hombre latía un sentimiento mucho más alto y noble que el mezquino afán de riqueza. Era el humano y legítimo anhelo de encumbramiento que alienta en todo espíritu de heroica reciedumbre; era el imperativo psicológico de señorío, el puro afán de renombre que se ofrecía al brío de su ánimo. Era, en suma, que el heroísmo que rezumaba por los poros todos de su alma—exaltado ante la grandeza del escenario en que vivía—le desasosegaba, ofreciendo ante sus ojos esa ruta que lleva a las jerarquías de una aristocracia, cuyo rango se acrisola en la serena perspectiva de la historia.



No había, pues, que detenerse a contar los tesoros ganados; eso era propio de un hombre vulgar. Mas Pizarro, cuya excepcionalidad hazañosa vuela muy por encima de cosas tales, continúa su camino con esa intrepidez sobrehumana que sólo se detiene al abrazarse con la victoria, o al caer envuelta en jirones de gloria.

Es más: las luchas y contiendas con Almagro, su consocio, más que por pugna de intereses, son motivadas por cuestión de jurisdicciones, por algo que hiera o merma la celosa jerarquía, el principio de autoridad hondamente arraigado en quien, como Pizarro, tuvo que alcanzarlo a costa de tanto sacrificio.

Por consiguiente, el primer ideal que impulsa en su conquista al caudillo trujillano es ese nobilísimo y humano anhelo de encumbramiento, de superación, que se abre, como luz en flor, en aquellas almas que se sienten llamadas a las grandezas de la acción, de la virtud o del pensamiento. En tal sentido, Pizarro viene a ser ejemplar formidable de voluntad y de fe: él, a quien nada dieron la cuna ni los hombres, ha de conquistar todo con su esfuerzo. Pasada la juventud en oscuro vivir, sólo ya cuando la nieve de los años empieza a blanquear sus cabellos logra este hombre someter a la fortuna; es, pues, él mismo quien modela golpe a golpe su figura gigantesca, y esta figura, austera y grave, que el sol de la gloria ilumina en el ocaso de la vida, parece un símbolo del terruño nativo, pardo y adusto también, al que un sol de fuego dora en el poniente.

## LA PASION DE GLORIA

El vuelo épico de Pizarro no puede detenerse en la mera satisfacción de estos anhelos de encumbramiento. Hay por cima de ellos algo que sólo alcanzan a divisar los que, como él, sienten en su espíritu el temblor vibrante de alas capaces de subir tan alto. Y esa meta presentida es la gloria, la gloria, polo imantado que atrae las energías de todo hombre excepcional. En pos

de ella corren así el héroe como el santo: éste, tras la gloria celestial; aquél, tras la terrena. La esperanza y el deseo de semejante recompensa es luz que guía a las almas grandes; pues, según ha dicho un pensador, así como para acrecentar la especie humana se nos dió el instinto del amor, para enriquecerla con obras grandes se nos dió la ambición de gloria.

En el caso de Pizarro era también esta sed bendita algo que estaba en el ambiente; algo que estaba imbuído en la tierra y en la casta. España era entonces señora del mundo: suyas eran las Indias, cuyas minas aquí volcaban sus tesoros; por todos los mares navegaban sus barcos; el turco había sido vencido, Flandes sometido, Italia dominada, el rey de Francia y el Papa eran prisioneros suyos. Nada más lógico que el espectáculo de grandeza tanta infundiera en todos, aun en los más humildes, la pasión de la gloria conquistada en aventuras inauditas. Y nuestro héroe, que llevaba en sus venas sangre de uno de aquellos capitanes de los Tercios invencibles, se siente también arrebatado por esa nobilísima pasión.

¿Vamos a contemplar, para enseñanza y deleite, alguno de aquellos momentos en que la luz de la gloria nimba su frente augusta?

Pizarro está haciendo un segundo intento de exploración por la costa del Pacífico; en dos naves le acompañan ciento sesenta hombres; entre ellos va un piloto decidido, el andaluz Bartolomé Ruiz. Llegados al río San Juan, Almagro vuelve a Panamá en busca de gente; mientras Ruiz sale a explorar la costa más al Sur, Pizarro y los suyos han quedado en la selva tropical en lucha con indios y reptiles; las vituallas se van agotando y el hambre se deja sentir. Vuelto Almagro con otros ochenta hombres y víveres, reanúdase la expedición; pero peligros y tormentas les hacen retroceder. Una nueva salida y desembarco, en que grandes núcleos de indios los acometen, les hace ver la necesidad de refuerzos, y en busca de ellos vuelve Almagro a Panamá, mientras Pizarro espera en la Isla del Gallo.

Las privaciones y azares que soportaran habían minado el

ánimo de aquellos hombres, dispuestos a cualquier violencia contra Pizarro, quien, pensaban, los llevaba a la muerte. Así, parece ser, lo consignaba cierta carta escondida en un ovillo de algodón que se envió a la esposa del gobernador de Panamá como muestra de los productos del país. La infamia produjo su efecto, y antes que Almagro regresara, llegaba a la Isla del Gallo el cordobés Tafur, comisionado por el gobernador Los Ríos para recoger a los soldados de Pizarro, cortando así una expedición cuya trascendencia era incomprendible a la vulgar sensatez de aquel prohombre.

Mas ni las órdenes del gobernador, ni el hambre y los peligros que aguardaban pueden ya restañar la vena del heroísmo ni apagar la pasión de gloria que encendiera en el alma de aquel hombre altísimos anhelos; y es entonces cuando Pizarro tiene ese gesto sublime que, decía Prescott, no encuentra igual ni siquiera en los fantásticos relatos de la caballería andante.

El Inca Garcilaso de la Vega, en sus *Comentarios reales*, nos ha legado la fiel reproducción de aquel épico instante: “Eché mano a la espada e hizo con la punta della una larga raya en el suelo hacia la parte del Perú, donde se encaminaban sus deseos, y volviendo el rostro a los suyos les dijo: Señores, esta raya significa el trabajo, hambre, sed y cansancio, heridas y enfermedades y todos los demás peligros y afanes que en esta conquista se han de pasar, hasta pasar la vida; los que tuvieren ánimos de pasar por ellos en tan heroica demanda, pasen la raya en señal y muestra del valor de sus ánimos.”

Así habló, y blandiendo su espada, salta el primero aquella raya. Trece hombres más, electrizados por aquel gesto asombroso de fe y decisión le siguen; y allá se internan en los laberintos de la selva virgen. Delante va Pizarro; un rayo de luz besa su frente: es el primer halago de la gloria, que comienza ya a rendirse a su bravura.

Pero sigamos al héroe. Luego de breve y más segura estada en la isla Gorgona, y una vez llegados los refuerzos de Almagro, Pizarro se traslada a la costa de Pohechos, junto al río

Chira, y avanzando penetra en una bahía, a cuyo fondo aparece una gran ciudad india, a la que sirve de dosel el macizo imponente de los Andes. Es la ciudad de Túmbez. Maravillado a su vista, envía Pizarro a Alonso de Molina para que se informe de ella, y son tan sorprendentes sus noticias, que, para mayor seguridad, envía a otro soldado de entera confianza, el artillero griego Pedro de Gandía, cuya referencia es igualmente encomiástica. Convencido entonces el caudillo, comienza a vislumbrar la grandeza del imperio que se brinda a su esfuerzo. Mudo de asombro y trémulo de alegría, contempla Pizarro las maravillas de aquella ciudad, que es póstico y augurio de su magna aventura, y en su rostro, grave y taciturno, se abre la flor de una sonrisa: ha llegado el momento solemne en que su vida se define y orienta para siempre, y el héroe se agranda, crece y multiplica, siente impacencias, contagia entusiasmos y derrocha actividad.

Es que, al fin, la Dulcinea de sus sueños, la gloria, se ha rendido al constante enamorado, y éste se lanza a retenerla con el brío impaciente, obsesionado, que ha criado alas en las larvas de la ilusión. Si en Panamá no le atendiera el gobernador, llegará a escucharle y apoyarle en su empresa el propio Emperador.

## HEROISMO.—SED DE AVENTURAS

Esta pasión de gloria que tales destellos ofrece en el caudillo peruano, lleva implícito otro ideal: *la sed de aventuras*, junto con cierta altísima calidad, que es como antorcha siempre encendida en el culto de esa pasión: *el heroísmo*.

Virtudes son éstas también que rezuman del temperamento de la raza y que son como sangre y nervio de su ser en el siglo áureo de nuestra historia. El genio español, que, incluso en sus manifestaciones artísticas, tiene un marcado timbre heroico —buena prueba es el *Romancero*—, ofrece precisamente en el

siglo XVI la floración más espléndida de lo que pudiera llamarse el *superheroísmo* hispano. Este superheroísmo, incubado en la lucha secular contra los árabes, engendra y multiplica en ese instante los hombres de acción, los tipos de epopeya: *Gonzalo de Córdoba, D. Juan de Austria, Pizarro, Cortés*, que vencen a los italianos, franceses y turcos, que someten a Portugal, conquistan a Orán y, encontrando todavía pequeño el marco del Viejo Mundo, descubren y conquistan uno Nuevo, en el que expanden sus ciclópeas energías.

Sólo España podía emprender entonces la conquista y colonización americana, empresa eminentemente heroica; porque ningún otro pueblo ofrecía, como el nuestro, esas dos notas que son ápice y medula del heroísmo: personalidad y energía; individualismo y empuje en la acción.

El individualismo desbordante, *sobreabundancia de personalidad*, está tan en el meollo de nuestro temperamento, que su acusada evidencia hizo escribir a Ganivet, en su *Idearium*, estas palabras: “En la Edad Media, nuestras regiones querían reyes propios, no para estar mejor gobernadas, sino para destruir el poder real; las ciudades querían fueros que las eximieran de la autoridad de los reyes, ya achicados, y todas las clases sociales querían fueros y privilegios a montones. Entonces estuvo nuestra patria a dos pasos de realizar su ideal jurídico: que todos los españoles llevarsen en el bolsillo una carta foral con un sólo artículo, redactado en estos términos breves, claros y contundentes: “Este español está autorizado para hacer lo que le dé la gana.”

Pero si este individualismo a ultranza fué durante el período medieval incentivo de discordias que retrasaron la constitución de la unidad nacional, y si con esas mismas luchas partidistas retrasa también nuestra obra en América, es, con todo, en aquellos paladines de la conquista, poderoso estímulo, fuerza incontrastable que eleva al máximo la voluntad para vencer obstáculos, salvar peligros y sojuzgar pueblos; rabiosamente individualista tenía que ser el temperamento de hombres como Pizarro,

Cortés, Balboa y cuantos dieron cima a empresas semejantes. Las mismas luchas entre Almagro y Pizarro, más que a la posesión de los territorios conquistados, obedecen, sin duda, a ese individualismo temperamental, al choque de personalidades celosas de la autoridad y jurisdicción conquistadas a fuerza de sacrificios enormes.

La energía, el empuje en la acción es también nota distintiva del heroísmo hispano, como sello de una raza que, hasta en los instantes en que se la creyó moribunda, sacó de los rincones de su alma reservas insospechadas de bravura y decisión; recordemos la guerra de la Independencia. Pero la revelación más asombrosa de esta energía heroica de la raza se ofrece precisamente en América. El empuje y dinamismo de los conquistadores alcanza allí proporciones sobrehumanas.

Balboa, por ejemplo, luego de construir sus cuatro bergantines, en el mar del Norte, tiene que pasar las piezas, una a una, para armarlas en el otro lado del istmo, tarea cuyo valor sólo se aprecia cuando contemplamos aquellos parajes cruzados por torrentes, selvas y cañadas en la "Relación", de Pascual de Andagoya: "E los materiales bajamos con mucho trabajo hasta la mar, porque hallamos muchos raudales por donde hacíamos cavas para los pasar."

La actividad y diligencia de estos hombres son portentosas. Conquistado un territorio, lejos de disfrutarlo tranquilamente, organizan nuevas exploraciones, y en lucha con la Naturaleza y los indios, van cada día alumbrando a la vida de la cultura rincones remotos y desconocidos. Grijalva recorre el litoral de Méjico, y Ojeda y Ordaz avanzan por el litoral de Tierra Firme; Pedro de Alvarado marcha de Guatemala al Ecuador, y Diego Pacheco, de Chile al Paraguay; Almagro va del Perú a Chile, atravesando la cordillera Nevada y regresa por el desierto de Atacama; Gonzalo Pizarro sale en busca del país de la canela, y Orellana, siguiendo el curso del Amazonas y la costa del Atlántico, llega hasta las islas venezolanas de Cubagua y Margarita. Pizarro envía al Gobierno de Piura a su lu-

garteniente Sebastián de Belalcázar, mas la inquietud aventurera de éste le hace lanzarse a los Andes de Quito, y llega a encontrarse con Quesada y Fredermann en las antiplanicies de Bogotá; los que salieron tras Eldorado no encontraron los anhelados tesoros, pero descubren algo más trascendental y definitivo: la unidad territorial del continente.

Pero el arquetipo de esta energía y actividad incansable es Francisco Pizarro. La más ligera noción de su obra en América nos descubre a cada paso rasgos reveladores de esa rara cualidad dinámica de su heroísmo; así en las costas como en el interior del país, navegando en frágiles naos contra vientos y corrientes o avanzando a través de ciénagas y lugares insanos, en lucha con los indios, las fieras, los insectos y el hambre, escalando el enorme espinazo andino, adelantándose a los planes del Inca, organizando exploraciones, dictando medidas de gobierno y fundando ciudades, en lucha constante contra propios y extraños, el héroe trujillano se ofrece como altísimo exponente de energía física y moral.

Sería preciso detallar los momentos todos de su empresa, si quisiéramos agotar los ejemplos de tal energía. Fijémonos en el momento inicial de su gloriosa aventura. Tres expediciones consecutivas, tres intentos exploradores, cuesta a Pizarro el comienzo de la conquista; de los azares y peligros que tales intentos envolvían, podemos darnos idea considerando que, si por tierra era imposible la conquista del Perú, debido a la falta de medios de penetración directa, por mar se hacía también dificultísimo, ya que éste presentaba obstáculos casi invencibles. Sólo a costa de dolorosas experiencias, en las que Pizarro puso energía y fe, pudieron conocerse las épocas en que reinan en el litoral del Pacífico vientos y corrientes que imposibilitan la navegación y que sólo merced a aquel arrojito han podido señalar en sus mapas los geógrafos modernos.

Ensayos tan duros hubieran inspirado a cualquier ánimo esforzado cierta cautelosa táctica antes de penetrar en el interior

del país. Mas Pizarro, con ese empuje instantáneo, con ese brío de raza que le caracteriza, apenas llega a la costa peruana, irrumpe tierra adentro, atraviesa los Andes y bajo el influjo de una obsesión épica, avanza hasta dar remate a su hazañosa aventura. La conjunción de estas dos notas típicas de la raza: *el individualismo y la energía*, da al heroísmo español un acusado perfil de arrogancia, que destaca en los conquistadores de América. Consciente de su calidad personal y de la valía de su esfuerzo, el conquistador es arrogante, muestra ese empaque expresivo y aun ostentoso que le infunde la propia convicción de la grandeza colectiva.

Tal arrogancia es precisamente la que pone alas en el espíritu nacional para acometer las grandes empresas; así ha podido decir Bunge, en su libro *Nuestra América*: “Es realmente portentoso cómo con los escasos medios de que disponía, realizáse hechos tan grandes, pues fueran cuales fuesen los dominios imperiales de Carlos V, España sola llevó a cabo sus guerras de religión y la conquista y colonización de América. Fué la arrogancia española la que todo lo desafió.” Y no es ello mero tópico de libros, sino realidad que salta a la vista de los contemporáneos. Brantome, viendo desfilar a los soldados de nuestros tercios, exclamaba admirado: “Los llamaríais príncipes por su arrogancia.” Y ya en plena decadencia, bajo el Gobierno de aquellos Austrias de faz idiota y belfos colgantes, la mano genial de Velázquez inmortalizará esa misma arrogancia española en el porte noble de aquellos soldados que, en el famoso lienzo de *Las lanzas*, reciben con gentileza acogedora las llaves de la ciudad de Breda.

Era que todavía se sentía aquel noble orgullo de ser español que, en el viejo *Mío Cid* hace decir a un personaje en presencia del Rey: “*Yo soy Alvar Núñez para todo el mejor*”, y que siglos después pondrá en labios del Conde de Benavente, refiriéndose al Condestable de Borbón, aquellas famosas palabras:



...Que si él es primo de reyes,  
Primo de reyes soy yo;  
Llevándole de ventaja  
Que nunca jamás manchó  
La traición mi noble nombre,  
*¡Y haber nacido español!*

Con esta misma arrogancia que es, como vemos, sello de raza, actúa el temple heroico de los paladines extremeños en la conquista americana. Noble altivez aureola la figura malograda de Balboa cuando, al divisar desde una cima del Darién el mar desconocido, el día 25 de septiembre de 1513, avanza por el istmo al frente de los suyos, y al llegar a la costa el 29 de aquel mismo mes, “armado de todas armas—nos dicen las crónicas—, llevando en una mano la espada y en otra una bandera en que estaba pintada la imagen de la Virgen, con las armas de Castilla a los pies, levantóse y empezó a marchar por medio de las ondas, que le llegaban a la rodilla, diciendo en alta voz: “¡Vivan los altos y poderosos Reyes de Castilla! Yo en su nombre tomo posesión de estos mares y regiones.”

Esa misma aureola de arrogancia envuelve la figura de Cortés y otros caudillos en América. Y, sobre todo, es Pizarro el que, como ninguno, muestra el penacho altivo de esa arrogancia, que es flor de su heroísmo, imán de los que le siguen y pasmo de cuantos conocen la verídica narración de sus hechos. Tal sucede en el episodio ya comentado de la isla del Gallo, cuando el cordobés Juan Tafur, en nombre del Gobernador de Panamá, intenta cortar la comenzada expedición, y Pizarro, con esa persistencia en el sacrificio que es, según Emerson, sello y cifra del verdadero heroísmo traza con su espada una raya en tierra, de Oriente a Poniente, y diciendo palabras que sólo una vez escucharon los siglos, salta sobre aquélla, aguardando a los valientes que sean capaces de seguirle.

Gesto tal ha subyugado, en efecto, a unos cuantos de los suyos, y aunque con algunas variantes entre los relatos de Jerez, de Zárate y el propio Pizarro en las *Capitulaciones*, sabemos que le siguen, primero, el piloto Bartolomé Ruiz, y el artillero Pedro

de Gandía; tras ellos van Cristóbal de Peralta, Alonso Bri- ceño, Alonso de Trujillo, Fernando de Cuéllar, Alonso de Mo- lina, Juan de la Torre, Domingo de Soria, Nicolás de Ribera, Pedro Alcón, Martín de Paz, Antón de Carrión y García de Je- rez. Estos hombres, que ha llamado un historiador los “trece de la fama”, desde aquel instante y con este solo rasgo de generosa audacia, han grabado sus nombres en el bronce de la Historia; es que mirando al héroe trujillano en aquel momento con ojos limpios y corazón levantado, se les pegó el heroísmo.

Luego de pasar cinco meses mortales en la isla Gorgona, aquellos valientes reanudan la exploración “navegando—dice el cronista Jerez—contra la fuerza de vientos y corrientes con har- to trabajo y peligro”; entran en el golfo de Guayaquil, se detie- nen en Túmbez y después de hallar el puerto de Paita—un día “principal escala del Perú y de todas las naos que vienen a él—, pasan la punta de Aguja y el arrecife de Trujillo, para llegar hasta Santa, a nueve grados de latitud del hemisferio austral. La arrogancia de Pizarro en la isla del Gallo comenzaba, pues, a dar sus frutos; ella había permitido explorar la costa peruana, preparando así la ulterior penetración en aquel imperio.

Pero era todavía preciso un nuevo y decisivo gesto de fe. Vuelto Pizarro a Panamá, y a pesar de los testimonios que pre- gonaban la trascendencia de su empresa, halla frialdad y hasta oposición en el gobernador Los Ríos. Mas Pizarro y Almagro, que, según dice Jerez, “con ser los más ricos de la tierra (Pa- namá) no sólo habían quedado pobres, sino adeudados en mucha suma”, no podían avenirse a la estrecha sensatez del criterio de aquella autoridad. Y Pizarro, con mil quinientos pesos de oro “que dió de buena voluntad Luque” y que según el propio Jerez “pudo haber prestado entre sus amigos”, salió para España en la primavera de 1528, dispuesto a solventar en la Corte tan im- portante asunto.

Preso apenas llegó a Sevilla, por demanda del Bachiller En- ciso, y puesto en seguida en libertad, Pizarro, con esa obsesión impaciente que en él ha despertado la conciencia de su misión,

marcha a la Corte. La lentitud recelosa del Consejo de Indias le desespera y, por consejo de Hernán Cortés, solicita audiencia del Emperador. Ya tenemos frente a frente al poderoso soberano y al soldado viril, que, con cierta elocuencia natural, va refiriendo su odisea y exponiendo sus proyectos. “Oyó el Rey su relación del mucho tiempo que con sus compañeros anduvo buscando aquellas provincias y los trabajos increíbles que padecieron... Tuvo el Rey gran lástima cuando decía que, sin vestido ni calzado, los pies corriendo sangre, muertos de hambre por manglares y pantanos, sujetos a la persecución de mosquitos que, sin tener con qué defender sus carnes, los martirizaban; expuestos a las flechas emponzoñadas de los indios, anduvieron tres años, sirviéndoles por engrandecer su corona y honrar su nación.” (Herrera. *Décadas*, libro cuarto, capítulo III.)

El relato del soldado humilde ha ganado el ánimo del soberano, y aunque éste ha de embarcar en seguida para Italia, deja encargo a la Reina gobernadora de que atienda a Pizarro. Y el 26 de julio de 1529 se firman las “Capitulaciones”, en las que, a cambio de unos cuantos maravedís y de algunos hombres y caballos, la Corona agrega a sus dominios todo un imperio. En el pie de este documento, nuncio de una de las grandes empresas de la Historia, aparecen juntas una firma: “*Yo la Reina*”, que gentil y augusta mano trazara, y una X con la que, por no saber firmar, sella su compromiso el héroe de Trujillo. La arrogancia y la decisión de Pizarro han triunfado una vez más.

Sigámosle y veremos cómo se eleva en otras muchas ocasiones a las cimas de lo épico. Reclutando gentes para su empresa, vuelve a la risueña ciudad en que se arrulló su cuna. Allí le siguen, entre otros, sus hermanos Hernando, Gonzalo y Juan Pizarro y Francisco Martín de Alcántara, que no en balde era esa tierra rica en hombres de temple y bríos para los grandes hechos.

Vuelto a Panamá, sale la expedición definitiva de conquista, formada por tres navíos, en los que van 180 hombres y 27 caballos, en enero de 1531. “El navegar de Panamá para el Perú —dice Cieza de León—, es por el mes de enero, febrero y mar-

zo, porque en este tiempo hay siempre grandes brisas y no reinan los vendavales, y las naos con brevedad llegan adonde van antes que reine otro viento, que es el sur, el cual gran parte del año corre en la costa del Perú.”

En efecto; la navegación emprendida en tal época fué tan venturosa—nos dice Francisco de Jerez—, que “en trece días llegó a la bahía de San Mateo, que en los principios, cuando se descubrió en más de dos años, no pudieron llegar a aquellos pueblos”. Pero aquí empiezan las penalidades. Sólo un hombre como Pizarro es capaz de emprender con tales medios la conquista de un país desconocido, donde a la oposición de los naturales se unirán los peligros del hambre, las fieras, los insectos y las mortíferas emanaciones de las selvas anegadas por ríos y manglares, luego de haber logrado salvar los esteros que bordean la costa, y que, en muchas ocasiones, tienen que salvar a nado; “en lo que valía mucho—dice el cronista—la industria y ánimo de Pizarro y los peligros en que ponía su persona, pasando él mismo muchas veces a los que no sabían nadar”. Ejemplo formidable y único de resistencia viril y arrogante heroísmo.

Y sin embargo, todavía se ha querido regatear a Pizarro esta altísima y evidente modalidad de su temperamento guerrero, afirmando que, mientras los indios carecían de estrategia y de armas apropiadas, Pizarro y los suyos conocían el arte militar europeo y disponían de poderosos elementos de combate. Afirmación gratuita y maligna, que la Historia echa por tierra al legarnos la cifra exacta de aquel *numeroso* ejército, que sólo formaban *ciento sesenta y cuatro hombres*, entre los que había, por todo haber, un artillero, Gandía el cretense, tres escopeteros y veinte ballesteros. Ahora bien; aquellos eran hombres, verdaderos hombres de brío y decisión, que fiaban no en el impulso arrollador de la masa, sino en el esfuerzo personal de cada uno. No eran, pues, valores numéricos, sino individuales con calidad militar propia. Por eso su actuación lucía y triunfaba, especialmente en la lucha cuerpo a cuerpo.

Pizarro, consciente de este hecho, antes de adentrarse en las

fragosidades andinas y en el misterio de Cajamarca, y aun a trueque de mermar su ya escasa hueste, no vacila en hacer una nueva selección que desgaje de ella a los menos esforzados; en un nuevo gesto de superheroísmo, manda hacer un “alarde” en Pivia “para ver qué gente tenía, aunque se podía contar bien presto”, dice el cronista, y queriendo llevar sólo hombres de su temple, da licencia para volver atrás a los que no se sientan con ánimos suficientes para la difícil aventura, ofreciéndoles repartimiento de indios en aquella ciudad de *San Miguel*, que él fundara apenas desembarcó. Nueve de ellos, cinco jinetes y cuatro peones, se vuelven, en efecto. Con los restantes prosigue Pizarro el paso de la ingente mole andina, por cuyas vertientes y ribazos ascienden aquellos valientes, en lucha frecuente contra los caciques indios del trayecto, y en busca del campamento del inca Atahualpa.

“Convenía abajar la soberbia e tiranía de Atabalipa—pensó Pizarro, según nos dice Fernández de Oviedo—y como quitado este inconveniente de enmedio, que era grandísimo, todo lo demás era facilísima cosa pacificarlo, acordó partirse de Sant Miguel en busca de Atabaliba.” Y aquí se descubre otro aspecto de la personalidad heroica de Pizarro; no es ya sólo el guerrero esforzado y audaz, sino el hombre experto y hábil que sabe dar el golpe de gracia en un momento decisivo: él ha comprendido que, dada la fanática adoración de los indios hacia la persona del inca, una vez sometido éste, el imperio estará de hecho conquistado. Por eso se ha dicho que la conquista del Perú se hizo en veinte minutos.

Prescindamos de pormenores, sobradamente conocidos, y vayamos a contemplar ese asombroso golpe de audacia que permite a un hombre, con poco más de cien soldados, conquistar de hecho todo un vasto imperio.

Pizarro que de continuo y a medida que se aproximaba al campamento de Atahualpa, recibe indicios y delaciones muy sospechosas en cuanto a las intenciones de éste, quien tenía además consigo cincuenta mil hombres—*e supo por las lenguas* (e intér-

pretes) *que cinco dieces de millares era la gente que Atabaliba traía consigo de guerra*—; Pizarro, decimos, con estos antecedentes, llega al valle de Cajamarca, donde se ofrecen a sus ojos las numerosas y ricas tiendas de los indios. Se establecen los españoles en el pueblo de Cajamarca. Las delaciones recibidas y las noticias de las crueldades del Inca, deciden al héroe a jugárselo todo en un momento decisivo, y logrando un día atraer a Atahualpa al campamento de los nuestros, éste se presenta rodeado de un inmenso cortejo de indios, y tras breve resistencia, queda prisionero.

Los enemigos de Pizarro, y en general de los caudillos españoles en América, han considerado este hecho como una traición, como la caza cobarde de un hombre, al que se ha presentado como inocente cordero caído en vil trampa. Calumnia tal quedará deshecha, apenas leamos cronistas contemporáneos—nada propensos, por cierto, a echar incienso al héroe de Trujillo—, y veremos cómo Fernández de Oviedo, en su “Historia General de Indias”, nos dice que Pizarro supo “que la gente que en la delantera venía traía armas secretas debajo de las camisetas, vestidos jubones fuertes de algodón, e talegas escondidas de piedras e hondas, e que le parecía que no venían de buena intención”. Y Herrera, en sus “Décadas”, nos dice: “Vestían debaxo de las camisetas ciertas corazas que usaban de hoja de palma, tan fuerte que no son fáciles a las espadas y lanzas; otros llevaban hondas y burjadas de piedras, y otros escondidas las mazas o porras de cobre con agudas puntas, todo tan disimulado que nadie lo echaba de ver. Y éstos eran los escuadrones delanteros, porque los traseros (como no se habían de ver) llevaban su larga lanza que de ordinario usaban en la guerra, como picas castellanas.” Y el propio Herrera confirma la intención de Atahualpa de rodear el pueblo y coger con redes a los españoles, cosa que juzgaba fácil, dado su escaso número, cuando añade: “Y a Irruminahui, capitán principal de quien Atahualpa tenía gran confianza, se dió cargo de usar de aquel género de armas que los indios llaman ayillos”, que son unas astas largas con cier-

tas cuerdas, para tomar a los hombres como con redes o lazos, para que ninguno se escapara." Son, pues, estos testimonios que prueban las aviesas intenciones del Inca.

Vienen después el pacto de rescate, a cambio del tesoro reunido por Atahualpa en su estancia, y finalmente el proceso y muerte de éste; puntos que trataremos brevemente, sólo para vindicar la figura de Pizarro de la nota de crueldad con que por tales hechos se le ha querido presentar.

No es ecuánime juzgar hechos de aquel siglo con el criterio de hoy, ni debe prescindirse, al enjuiciarlos, de circunstancias que modifican la responsabilidad de los actores. La guerra nunca la hicieron espíritus puros, ni fueron precisamente manos como lirios, perfumadas de piedad, las que hubieran de blandir armas y causar muertes. Recordemos que, según confidencias de indios, el general Chilicuchima, a la vez que recorría el país recogiendo oro para el rescate de su soberano, reclutaba gente para rescatar a Atahualpa por la fuerza y acabar con los nuestros. Uníase a esto, las constantes instigaciones de los hombres de Pizarro, que le decían que lo matase para seguridad de sus vidas y de aquellos reinos, la codicia de algunos de ellos, temerosa de que "mientras Atabaliba viviese, ellos no tenían parte en oro alguno, hasta henchir la medida de su rescate", y, por fin, la fatal circunstancia de que el indio Felipillo—único intérprete que podía deponer en el proceso—hubo de acumular falsedades y cargos, para lograr la muerte de Atahualpa y poder así casarse él con una de sus mujeres, de la que "se enamoró y amigó".

Teniendo en cuenta todas estas circunstancias, se reconocerá que en aquella ocasión si de algo pecó Pizarro fué de falta de energía para imponerse a los verdaderos autores de una muerte que, en rigor de justicia, nada mancha ni empequeñece su figura. Tan evidente es la pasiva actuación de Pizarro en aquel hecho, que historiador tan poco sospechoso de parcialidad y admiración a él como el mejicano Carlos Pereyra, dice:

“Ni fué el autor del designio ni lo cumplió con buena voluntad, y después de ejecutado el acto se mostró pesaroso.”

Algo parecido ocurre más tarde con el proceso y muerte de Almagro, que también ha sido, para algunos, arma que esgrimir contra el conquistador, acusándole de crueldad, pues más que el propio caudillo, actuó en aquel hecho la pasión y los odios de partido. El Marqués, ausente entonces del lugar donde más encarnizadamente peleaban pizarristas y almagristas, parece ser que estaba ignorante de la trama personal con que se llevó a la muerte a su consocio Almagro.

Así se deduce del relato de Cieza de León en la *Guerra de las Salinas*, cuando dice: “Lo verdadero, yo lo oí afirmar al obispo Don Garci Díaz, y me juró que el gobernador, hasta que llegó a Abancay, no supo nueva ninguna de Almagro, ni envió a mandar ninguna cosa a Hernando Pizarro; y que allí cuando vió las cartas y le dixerón lo que había pasado, que tuvo gran pieza los ojos baxos mirando al suelo, y que mostró recibir pena, porque luego vertió algunas lágrimas.”

Ni la muerte de Atahualpa ni la de Almagro, incidentes propios de una guerra de conquista, en edad y ambiente como aquéllos, pueden, pues, desvirtuar ni paliar la grandeza del caudillo trujillano, que en todo momento (lo hemos visto al comienzo de la expedición, ante el emperador, en la Isla del Gallo, en Pavía, etc.) muestra, bajo la recia coraza, el estímulo generoso, el alto ideal heroico que caldea su alma y orienta sus pasos.

## SENTIMIENTO PATRIO

Ideal que impulsa asimismo a Pizarro a la conquista y colonización del Perú es ese noble y perenne *sentimiento de patria*, cuyo poderío y grandeza en aquel instante obsesiona a éste, como a otros caudillos de la empresa americana, que, siendo en su inmensa mayoría masa sana, esencia pura del pueblo, no po-



dían menos de albergar en lo más hondo de su ánimo aquel sentir patriótico, aquel amor a España que se acusa y rebosa entonces en la vida del pueblo, y que la literatura, intérprete fiel de sus rasgos típicos, acoge y refleja con notoria elocuencia.

El pueblo se daba perfecta cuenta del vigor y poderío de la raza en aquellos días. Veía a sus soldados vencedores en Lombardía, en el Milanesado, en Nápoles, en Flandes, en Alemania y en Francia; los turcos eran dominados; los mares no tenían para sus naves rincones desconocidos, y un Nuevo Mundo colmaba de frutos y riquezas los muelles sevillanos. Era lógico que este espectáculo de grandeza y señorío encendiese en todos el orgullo de ser españoles. Y este amor a España, este sentir de patria, aliado con aquel fervor monárquico tan exaltado en nuestro teatro clásico, es faro que orienta las hazañas de los paladines de la gesta de Indias hacia un ideal afanoso de extender cada vez más los dominios de la Corona.

Este ideal nimba de luz y pone elocuencia ingenua en labios de Balboa, cuando, avanzando entre las olas del mar desconocido, exclama: *¡Vivan los altos y poderosos Reyes de Castilla!* Yo, en su nombre, tomo posesión de estos mares y regiones. Que era tanto como decir: “Yo soy vasallo de los monarcas más poderosos de la tierra; siento el noble orgullo de ampliar los dominios de mi patria con estos mares y regiones que he descubierto.” Ese mismo fervor y orgullo de patria da fuerza de convicción a las palabras de Pizarro, cuando relata ante el Rey las penalidades agotadoras que, con los suyos, atravesara en las dos primeras exploraciones y durante tres horribles años, sólo *por engrandecer su corona y honrar su nación*. Y, finalmente, cuando, a la vista de la ciudad de Túmbez, recibe el primer halago de la gloria y vislumbra la grandeza del imperio que allí se ofrece al brío de su ánimo, lo que pone en éste temblores de emoción orgullosa, es, más que nada, la idea misma de la patria, el sentir de español, la convicción de que ha de ser él, precisamente, quien volverá muy pronto al viejo

solar para rendir a su augusto señorío la ofrenda de nuevos e inmensos dominios, arrancados por su mano de titán a la noche del salvajismo.

## ESPIRITU RELIGIOSO

Mueve, por último, a Pizarro, como a tantos otros caudillos españoles del siglo de oro, *el ideal religioso, el espíritu cristiano.*

Es en nuestra historia este ideal algo que va íntimamente ligado al espíritu nacional. Y ello se comprende, observando que fué España, durante varios siglos, campo en que chocaron religiones y culturas opuestas. Precisamente, en el momento de emprender la conquista americana, España acababa de salir triunfante de una lucha de ocho siglos contra los árabes, y, habiendo servido en ella la fe cristiana de bandera, ésta fué creadora del espíritu nacional, factor esencialísimo de la patria recién integrada. Y este espíritu católico, consustancial con la nacionalidad misma, encontrando campo abonado en el sentido eminentemente dogmático de la raza, y aliándose con anhelos de señorío universal, se exalta y agudiza al descubrir en la Europa moderna un nuevo enemigo, que es el “libre examen, la reforma de Lutero”.

Era, pues, lógico que el pueblo que acababa de salir de una tan larga guerra de religión y que había aliado el espíritu religioso a la constitución de su nacionalidad y a la expansión de su poder—al sentirse movido hacia otra magna empresa, cual el descubrimiento y conquista de América—, concediera en ella lugar primordial al factor religioso. De igual modo que se había reconquistado la España árabe para la fe cristiana, había que catequizar las Indias, recién descubiertas, trayéndolas a la luz de una doctrina que había de ser, por tanto, elemento esencial de la españolización de aquel mundo. De manera que

junto al caudillo va el misionero; y así unidas la espada y la cruz, dan a aquella empresa cierto tono de guerra de Cruzada.

Pero, aparte la acción del misionero en la predicación del Evangelio y en la conversión de los indios, cada caudillo es por sí en América un campeón de la fe; pues, salido casi siempre de la masa de un pueblo eminentemente religioso, a la vez que lleva en su brazo la energía que vence y somete, lleva en su corazón la fe que enardece, apasiona y convierte. Hasta los capitanes más cultos y refinados tienen religiosidad sencilla y honda. Cortés, que siempre lleva consigo imágenes sagradas, estampa en sus banderas una Cruz con esta leyenda: "Hermanos, sigamos la señal de la Santa Cruz con fe verdadera, que con ella venceremos." En Cempoalla, en Méjico, en Tlascalá, Tenochtitlán, derroca los ídolos aztecas con ira y celo tales, que, según Bernal Díaz del Castillo, hubo de refrenarle cierto religioso mercedario; y en vísperas de una batalla con poderoso ejército indio, todos los soldados de Cortés, según el citado cronista, se confiesan en la noche.

Igualmente vemos a Balboa cómo en aquel memorable día 25 de septiembre de 1513, al divisar el Pacífico, cae de rodillas para dar gracias a Dios. "Miró hacia el Mediodía—dice Gomara—vió la mar, y, en viéndola, arrodillóse en tierra y alabó al Señor, que tal merced le hacía." También Juan de Villegas, según el escribano Francisco de San Juan, al tomar posesión del lago de Tacarigua, coge agua del lago, corta una rama con la espada, y luego de pasear ésta, desnuda, por la ribera, en señal de desafío, sella su descubrimiento y posesión con una cruz de madera, que planta a la orilla del agua. También Pedro de Valdivia llevaba siempre en el arzón de la montura una imagen de la Virgen, y al fundar una ciudad en la bahía de Talcahuano le da el nombre de Concepción.

El propio Diego de Almagro, tan desconfiado y ambicioso de ordinario, presta fe ciega a los pactos que se cierran con el santo sacrificio de la Misa y la presencia del Santísimo. Y todos aquellos paladines, en suma, dejan perdurable testimonio

de su fe y devoción en los nombres que dan, casi siempre, a las ciudades que fundan: Santa Fe, San Salvador, Los Angeles, La Asunción, Trinidad, Santo Domingo y otros semejantes.

Francisco Pizarro, el conquistador, tipo, espejo y cifra de los ideales que guían a España en su empresa ultramarina, lleva también su pecho encendido en aquel alto sentir cristiano, y son frecuentes los hechos y circunstancias que en su heroica aventura así lo reflejan. Ya en el contrato que hace con Luque y Almagro para emprender su conquista, es sello del convenio la fe católica. “Sepan—decía el documento—cuantos esta carta de compañía vieren, como yo, Fernando de Luque, clérigo, presbítero, vicario de la Santa Iglesia de Panamá, de una parte, e de la otra el capitán Francisco Pizarro e Diego de Almagro, vecinos que somos desta ciudad de Panamá, decimos que somos concertados y convenidos de hacer y formar compañía...” para “descubrir y conquistar las tierras y provincias de los reinos llamados del Perú.” Y luego de consignar solemne juramento, el Padre Luque celebra la misa y divide la Hostia en tres partes, recibiendo una cada uno de los otros. “Los asistentes—dice el cronista Jerez—derramaban lágrimas, viendo cómo dos de aquellos hombres ofrecían inmolarsé de un modo insensato.”

La noche anterior al día en que Atahualpa había de presentarse en Cajamarca, aposento de los españoles, buscan también éstos en su fe cristiana aliento para la jornada que se avecina, y mientras “los eclesiásticos y religiosos se ocuparon constantemente en hacer oración...” Pizarro, según el citado cronista, animaba a sus soldados “con una muy cristiana plática que les hizo; y con esto y con asegurarles los eclesiásticos, de parte de Dios y de su Madre Santísima, la victoria, amanescieron todos muy deseosos de dar la batalla”. Cuando Atahualpa llega a la plaza de Cajamarca, sale a recibirle el padre Valverde, luego Obispo de Cuzco, con un intérprete, y llevando una Biblia o breviario, como símbolo de su finalidad religiosa. Y al arrebatárselo el Inca y sonar en el poblado los tiros de los falconetes, salen jinetes y peones, que, al grito de ¡Santiago!, se lanzan

sobre los indios. Un hombre cobija y defiende al Inca, gritando: “*Nadie hiera al indio, so pena de la vida*”. Es Francisco Pizarro. Terminada la lucha y “venida la noche, los españoles —nos dice Jerez— se recogieron todos e dieron muchas gracias a Nuestro Señor por las mercedes que les había hecho”.

Este espíritu religioso resplandece sobre todo emocionante, en el momento en que empieza a apagarse aquella vida insignificante. Es la mañana del domingo 26 de junio de 1541; los almagristas, ansiando vengar la muerte de su jefe, penetran en casa del Marqués; y tan sin precauciones vive éste, que sus enemigos llegan fácilmente hasta los aposentos interiores, cuya **puerta**, según Francisco de Herrera, abre Francisco de Chaves, creyendo que podrá contener y reducir a los amotinados con el prestigio de su autoridad y la eficacia de su palabra; pero los amotinados le dan muerte. “Entonces—refiere Agustín de Zárate—Pizarro, sin acabarse de atar las correas de las coracinas, toma una espada y una adarga y acude a la puerta, que ya defendía su hermano Francisco Martín de Alcántara, y gritando: ¡A ellos, hermano, que nosotros bastamos para esos traidores!, se defendió bravamente y dió muerte a Narváez. Pero caído su hermano, los conjurados se arrojan a una sobre él; una estocada en la garganta le hace caer al suelo, donde su ingrato y antiguo mayordomo, Juan Rodríguez Barragán, le remata. Al ver que se le agota la vida sin recibir la confesión que ha pedido, Pizarro traza una cruz en el suelo con su mano ensangrentada y muere besándola.”

Así rendía su última ofrenda de cristiano, besando una cruz, entre ansias de muerte, aquel hombre excepcional, cuya espada fué invencible, leal y fecunda para ensanchar los dominios de su patria; el héroe moría como cristiano.

## LABOR COLONIZADORA DE PIZARRO

No fué sólo Francisco Pizarro el conquistador de un vasto imperio—imperio que en aquellos tiempos se extendía desde el río Ancasmayo hasta el Maule, abarcando, por tanto, las actuales repúblicas del Perú, Ecuador y Bolivia, mas una parte de la de Chile y el Noroeste de la Argentina—, sino que, en medio de los azares y obstáculos de la conquista, emprende desde luego la labor colonizadora que había de transfundir en aquellos países las esencias más puras de la casta: religión, sangre, idioma, instituciones y costumbres de la madre patria.

Es, pues, Pizarro, a la vez que el conquistador, el político, el gobernante. Es no sólo el guerrero cuya espada hace viable la europeización de aquel continente, sino que empieza por ser él el primer europeizante. Su recio brazo, luego que ha sometido, comienza a echar las bases de una nueva y más culta sociedad. No podía escaparse a su sentido político que la célula primitiva de esta nueva sociedad estaba en las agrupaciones municipales, en las colectividades organizadas con un sentido democrático; y por ello, apenas pone el pie en aquel país, se afana por levantar poblados y ciudades, en cuyo seno germinen el espíritu y carácter de la vida de relación en los pueblos cultos.

Contemplemos la actividad y el noble afán colonizador de Pizarro en los que “de visu” pudieron apreciarlo. Pedro Cieza de León, en su “Crónica del Perú”, dice: “Y no me parece que debo pasar de aquí sin decir alguna parte de los males y trabajos que estos españoles y todos los demás padescieron en el descubrimiento de estas Indias... descubriéndolas por montañas muy ásperas y fragosas y por desierto sin camino, y haberlas conquistado y ganado y en ellas poblado de nuevo más de doscientas ciudades.”

Y si seguimos a este cronista, veremos cómo van surgiendo de las manos del héroe esas ciudades, muchas de las cuales serán un día potentes focos de riqueza y de cultura. “La ciudad

de San Miguel... primera que en este reino se fundó... y a donde se hizo el primer templo a honra de Dios Nuestro Señor... la pobló y fundó el Adelantado Don Francisco Pizarro, Gobernador del Perú... año del Señor de 1531 años.”

La ciudad de Ancerma la “pobló y fundó el capitán Jorge Robledo en nombre de su majestad, siendo su Gobernador y capitán general de todas estas provincias el Adelantado Don Francisco Pizarro”; y añade el cronista que “Lorenzo de Aldana, teniente general de Pizarro, nombró el cabildo y envió a poblarla a Robledo, con encargo de que la llamara *Santa Ana de los Caballeros*. El mismo Jorge Robledo fundó y pobló la ciudad de *Cartago*, cerca del río de Santa Marta, en el año de 1540, y también bajo el gobierno de Francisco Pizarro”.

“El capitán Belalcázar pobló y fundó en estos llanos la ciudad de *Galí*, que después se tornó a reedificar... por Miguel Muñoz, en nombre de su Majestad, siendo el Adelantado Don Francisco Pizarro Gobernador del Perú, año de 1537 años.” El mismo Sebastián de Belalcázar fundó y pobló la ciudad de *Popayán*, “con poder del Adelantado Don Francisco Pizarro... año del Señor de 1536 años”.

“La villa viciosa de *Pasto* fundó y pobló el capitán Lorenzo de Aldana... siendo el adelantado Don Francisco Pizarro... año del Señor de 1539 años.” La ciudad de *Quito*, o San Francisco del Quito, metida debajo de la línea equinoccial, tanto que la pasa casi a siete leguas... “la fundó y pobló el capitán Sebastián Belalcázar, siendo Adelantado Don Francisco Pizarro... año de 1534 años”.

“Pasados algunos días, por mandato del mismo Adelantado Don Francisco Pizarro, tornó a entrar en la provincia el capitán Francisco de Orillana... y en el mejor sitio y más dispuesto pobló la ciudad de *Santiago de Guayaquil*, en nombre de su majestad, siendo su gobernador y capitán general en el Perú Don Francisco Pizarro... año de 1537 años.”

Pero al perpetuar bajo el sol del trópico el nombre de su cuna, el héroe no confía la fundación a ninguno de sus capita-

nes. Quiere ser él mismo quien, con mimo de hijo enamorado que paladea la dulce saudade del terruño lejano, disponga, emplace y ordene la erección de aquella ciudad, que allí ha de bañar su alma en ese perfume concentrado y sutil de los recuerdos más caros y los amores más santos. Y así, el *Trujillo* peruano fué una flor que en medio de la selva hizo brotar la imagen risueña y luminosa de la cuna amada.

“En el valle de Chimó—nos dice Cieza de León—está fundada la ciudad de *Trujillo*, cerca de un río algo grande y hermoso, del cual sacan acequias con que los españoles riegan sus huertas y vergeles... y el agua dellas pasa por todas las casas desta ciudad, y siempre están verdes y floridas... y a todas partes cercada de muchos heredamientos que en España llaman granjas o cortijos, en donde tienen los vecinos sus ganados y sementera. Y como todo ello se riega, hay por todas partes puestas muchas viñas y granados y higueras y otras frutas de España, y gran cantidad de trigo y muchos naranjales, de los cuales es cosa hermosa ver el azahar que sacan... Esta ciudad está asentada en un llano... bien trazada y edificada, y las calles muy anchas y la plaza grande... Fundó y pobló la ciudad de *Trujillo* el Adelantado Don Francisco Pizarro... año de 1531 años.”

La ciudad de *los Reyes*, o sea la actual *Lima*, cuya urbanización y belleza preocupó hasta sus últimos días a Pizarro, que intervino en sus planos y replanteo con obsesión de enamorado y minuciosidad de técnico, también nos dice Cieza de León que “la pobló y fundó el Adelantado Don Francisco Pizarro, Gobernador y capitán general en estos reinos... año de 1540 años”.

La ciudad de *Arequipa*, asimismo “la pobló y fundó el Marqués Don Francisco Pizarro”, aunque más tarde y por “causas convenientes se pasó adonde agora está”.

La ciudad de la *Frontera*, también la fundó y pobló “el capitán Alonso de Alvarado en nombre de su majestad, siendo su Gobernador del Perú el Adelantado Don Francisco Pizarro... año de 1536 años”.



Gómez de Alvarado fundó y pobló la ciudad de *León de Guanuco* “con poder del marqués Don Francisco Pizarro... año de 1539 años”.

La ciudad de *Guamanga* la “fundó y pobló el Marqués Don Francisco Pizarro” en 1539.

La de *Cuzco*, antigua residencia de los Incas, “la fundó y pobló Mangocapa, primer rey Inca que en ella hubo”. Y después, “reedificó y tornó a fundar el Adelantado Don Francisco Pizarro... año de 1534”.

Y por último, para no hacer interminable la relación, sabemos, por el propio testimonio tantas veces citado, que la ciudad de *Plata*, “población de españoles en los Charcas... muy mentada en los reinos del Perú y en muchas partes del mundo por los grandes tesoros que della han ido estos años a España... la pobló y fundó el capitán Peransúrez, en nombre de su majestad, siendo su gobernador y capitán general del Perú el Adelantado Don Francisco Pizarro... año de 1538 años”.

Y todas estas ciudades que, como vemos, van surgiendo, en alarde inaudito de actividad y celo, de las manos creadoras de aquel hombre singular, consolidan y afianzan de inmediato la garantía de su vida y desarrollo, nombrando seguidamente sus cabildos y justicias y adquiriendo desde el primer momento un sentido foral y ciudadano de verdadera democracia.

No descuida tampoco el caudillo colonizador y político el fomento y desarrollo de las fuentes de riqueza—la agricultura y la ganadería muy especialmente—, importando y aclimatando los cultivos españoles en torno a aquellos mismos centros de población colonial.

Ya hemos visto cómo Cieza de León, al describirnos la ciudad de Trujillo, nos habla entusiasmado de las granjas o cortijos que la rodean y en donde tienen los vecinos sus ganados y sementeras, así como “muchas viñas y granados y higueras y otras frutas de España” y gran cantidad de trigo, y muchos naranjales de los cuales es cosa hermosa ver el azahar que sacan.

Algo análogo se ofrece junto a la ciudad de San Miguel, “adonde—según la crónica—hay muchas viñas y higueras y otros árboles de España”.

Y en la de *los Reyes* (Lima) donde “hay muchas buenas casas y algunas muy galanas con sus torres y terrados, y la plaza es grande, y las calles anchas y por todas las más de las casas pasan acequias, con cuya agua riegan sus huertos y jardines, que son muchos, frescos y deleitosos”. Pero, además, es esta urbe el gran centro industrial del Perú, en aquellos días, pues como “la contratación de todo el reino de Tierra Firme está en ella, hay siempre mucha gente y grandes y ricas tiendas de mercaderes”.

De igual modo, alrededor de la ciudad de la *Frontera* “tienen los españoles sus estancias con sus granjerías y sementeras, donde cogen gran cantidad de trigo, y se dan bien las legumbres de España”. Y finalmente, la ciudad de *Plata*, nos dice el mismo observador que está asentada en “tierra de muy buen temple, muy aparejada para criar árboles de fruta, y para sembrar trigo y cebada, viñas y otras cosas”.

Coincidiendo con estos afanes desplegados por Pizarro en la fundación de ciudades y en el desarrollo de la agricultura, la industria y el comercio, aquel hombre—guerrero y gobernante en una pieza—desenvuelve como administrador de la cosa pública una gestión tan acertada, que aquellos artículos—vestidos, calzados, sobre todo—cuyo precio los hacía al principio inasequibles, se pusieron pronto al alcance de los medios más modestos.

Mas no basta con levantar ciudades y fomentar las fuentes de riqueza; la pampa inmensa y la selva virgen acaban de asistir al choque de dos razas, y para que la obra que de ese choque ha nacido perdure, es preciso borrar odios y antagonismos de raza, mediante la fusión de vencedores y vencidos. Y con un humanitarismo ejemplar y único entre todos los pueblos colonizadores, Pizarro y sus soldados no tienen escrúpulos en transmitir su propia sangre a la raza vencida, que algún día sentirá

el noble orgullo de su ascendencia. Aquellos esforzados españoles dejan, pues, en América descendientes directos. Y no sería su recuerdo tan odioso, como algunos han afirmado, cuando, durante siglos, fué timbre de orgullo descender de ellos; llegándose, en el deseo de tal ascendencia, hasta tejer fantásticas genealogías para probar que se entroncaba con los primeros civilizadores. Quien era nieto de conquistadores por ambos lados, tenía patente de limpieza de sangre.

Sin querer tener en cuenta este rasgo tan generoso, se ha propalado y exagerado calumniosamente la crueldad de Pizarro con los indios. Pero los hechos han venido a rehabilitar su memoria insigne en éste como en otros aspectos de su obra, demostrando que, lejos de intentar el exterminio de la raza vencida, aquel hombre sólo se preocupó de civilizarla y cristianizarla para que entrara dignamente en la ciudadanía de la nueva patria que él le diera. Por eso, apenas desembarca, aconseja y exige a sus soldados que den buen trato a los indios, so pena de severos castigos.

Por eso procura depurar y corregir las perversas costumbres a que su barbarie los arrastra. Testimonio elocuente de tan limpios anhelos es aquel pasaje de la Crónica de Cieza que, refiriéndose a los indios de la provincia de Puerto Viejo, dice que “no embargante que entre ellos había mujeres muchas, y algunas hermosas, los más dellos usaban (a lo que a mí me certificaron) pública y descubiertamente el pecado nefando de la sodomía, en lo cual dice que se gloriaban demasiadamente. Verdad es que los años pasados el capitán Pacheco y el capitán Olmos... hicieron castigo sobre los que cometían el pecado susodicho... y los escarmentaron de tal manera que ya se usa poco o nada este pecado”.

Con esta misma finalidad civilizadora Pizarro erige, como hemos visto, numerosas ciudades (algunas muy bien trazadas y urbanizadas), a las que dota de instituciones y normas de justicia y de cultura. Y para completar tan hermosa obra lleva a los

vencidos la sangre de los vencedores, que ha de ser vehículo de los más altos atributos de la casta: el idioma y la religión.

Quien como Pizarro se había sentido impulsado a la conquista de aquellos países por el ideal religioso, tan arraigado en el temperamento de la raza a cuya historia iba ligado, tenía que conceder también, en su tarea colonizadora, atención preferente a la cristianización de gentes cuya idolatría salvaje dejaba ancho campo a costumbres licenciosas y bárbaros instintos. Era, pues, urgente poner en aquellos corazones el freno moral de la fe y en sus inteligencias la luz de altos principios. Y a tal fin había que organizar la actuación en aquellas tierras de los ministros de la Iglesia. Desde el primer momento dedicó Pizarro su atención a este aspecto tan importante; de tal modo, que puede decirse que la organización eclesiástica es, en el Perú, contemporánea de la conquista misma.

“Después que se descubrió este reino—dice Cieza de León en su Crónica—, como se hubiese hallado en la conquista el muy reverendo señor Don Fray Vicente de Valverde... su majestad lo nombró Obispo del reino, el cual fué hasta que los indios le mataron en la isla de Puna. Y como se fuesen poblando ciudades de españoles, acrecentáronse los obispados; y así, se proveyó por Obispo del Cuzco el muy reverendo señor D. Juan Solano... Y de la villa de *Plata*... lo es D. Hierónimo de Loaisa, el cual en este tiempo se nombró por Arzobispo de los Reyes... De San Francisco del Quito es Obispo D. García Díaz de Rías... De Popayán es obispo D. Juan Valle... los cuales tienen en los pueblos y ciudades de sus obispados cuidado de poner curas y clérigos que celebren los divinos oficios.”

Con esta misma finalidad religiosa comenzaron pronto a fundarse monasterios, en los cuales—según dice Cieza de León— “asisten graves varones y algunos muy doctos”. Eran los siguientes: En *Cuzco*, uno de dominicos, fundado por Fray Juan de Olías; otro de franciscanos, fundado por Fray Pedro Portugués, y otro de mercedarios, que fundó Fray Sebastián. En la *Paz*, uno de franciscanos, fundado por Fray Francisco de los

Angeles. En *Ahiquito*, uno de dominicos, fundado por Fray Tomás de San Martín. En la villa de *Plata*, otro de franciscanos, que fundó Fray Hierónimo. En *Guamanga*, uno de dominicos, que fundó Fray Martín de Esquivel, y otro de mercedarios, que fundó Fray Sebastián. En la ciudad de *los Reyes*, uno de franciscanos, que fundó Fray Francisco de Santa Ana; otro de dominicos, fundado por Fray Juan de Olías, y otro de mercedarios, que fundó Fray Miguel de Orenes. En *Chincha*, uno de dominicos, fundado por Fray Domingo de Santo Tomás. En *Arequipa*, uno de dominicos, fundado por Fray Pedro de Ulloa, que fundó otro en *León de Guanuco*. En *Trujillo*, uno de franciscanos, fundado por Fray Francisco de la Cruz, y otro de mercedarios, cuyo fundador no cita el cronista. Y en *Quito* había uno de dominicos, fundado por Fray Alonso de Montenegro; otro de mercedarios, cuyo fundador tampoco se cita, y otro de franciscanos, que fundó el flamenco Fray Iodoco Rique.

Y aunque Cieza de León recoge estos datos hacia el año 1548, algunos después de la muerte de Pizarro, es lógico suponer que la mayoría de estas residencias religiosas se fundaron en vida del conquistador.

La benéfica semilla civilizadora que allí vertiera esta organización eclesiástica rinde frutos tempranos y tan ostensibles que por aquellos mismos días y refiriéndose a los indios de Puerto Viejo, nos dice Cieza de León que aquéllos no usaban ya las viejas y pervertidas costumbres ni “los otros abusos de sus religiones, porque han oído doctrina de muchos clérigos y frailes y van entendiendo cómo nuestra fe es la perfecta y la verdadera”. Y agrega la observación de que “la fe imprime mejor en los mozos que en muchos viejos”, pues aquéllos, como no tienen tan arraigados los vicios de su condición inculta, “oyen a los sacerdotes nuestros y escuchan sus santas amonestaciones y siguen nuestra doctrina cristiana”.

Vemos, pues, cómo paralelamente a la conquista Pizarro despliega una fecunda actuación colonizadora. A la vez que vence y sojuzga, el héroe trujillano edifica y crea conforme a

las normas y al espíritu de los pueblos cultos. Y esta altísima misión civilizadora, así puesta de relieve por los hechos mismos, eleva y ennoblece la figura de aquel héroe, envolviendo la cimera del guerrero en la radiante aureola del político, del gobernante cincelador de pueblos nuevos que sobre las ruinas de un salvajismo primitivo se levantan en medio de la selva americana como realidades plenas de halagadoras promesas.

## FALSA LEYENDA DE QUE FUERA UN PORQUERIZO NI UN AVENTURERO

Ha dicho un poeta que

“no van la esplendidez ni la miseria  
del nacer al capricho encadenadas;  
se nace miserable en cuna de oro  
y opulento en las pajas...”

También nuestro padre Don Quijote—con aquella certera visión de la realidad que a ratos infundiera en su santa locura el genio del Manco inmortal—nos enseña que hay dos maneras de linajes: uno, que acaba en el individuo, y otro, el verdadero, que en él comienza; uno, que es hijo de actos ajenos, y otro, el más eminente, que es padre de los actos propios; y añade: “no es un hombre más que otro si no hace más que otro”. Concepto de evidente verdad que ya antes señalara la *Celestina*, de Rojas, cuando dice: “Las obras hacen linaje, que al fin todos somos hijos de Adán y Eva. Procure de ser cada uno bueno por sí, y no vaya a buscar en la nobleza de sus pasados la virtud.”

El eco acorde de aquella conocida estrofa y el son viril de palabras que tales labios pronunciaran se grabaron en mi ánimo—acaso porque su sentido reivindicatorio de los humildes halagara la propia y limpia humildad—, arraigando en él la convicción de que para ser grande no es preciso descender de grandes; que la nobleza no consiste en polvorientos y roídos

pergaminos, sino en la hidalguía y alteza del sentir, del pensar y del obrar. Por eso, cuando se hablaba de Pizarro y se traía a colación la repetida cantinela de su cuna humilde, su origen ilegítimo y su ruin oficio, me encogía de hombros con el gesto indiferente del que al evocar tal figura pone ante los ojos de su enamorada devoción, no al inventado porquerillo trujillano, sino al héroe conquistador de un imperio para España.

Y aun dando así por cierta una leyenda que todavía no se había deshecho, pensaba yo que es mucho más ilustre y grande quizá cómo Pizarro eleva su cuna y crea su linaje, que aquel que heredó talegas y blasones a manos llenas, limitándose a dejar correr su vida en inútil pasividad, mientras en derredor palpita el pensamiento, vibra la palabra y resuena en el yunque la bendita sinfonía del trabajo. Tal consideración enardecía mi fervor admirativo hacia el paladín de la conquista peruana, llegando a figurarme que si algún rufiancete más o menos blasonado hubiese intentado arrojar al rostro de Pizarro monsergas tales de su origen, éste podría haberle respondido como lo hiciera Cicerón ante reproche semejante: “Soy plebeyo, es cierto; pero la nobleza de mi familia empieza en mí, y la de la vuestra acaba en vos.”

Sin embargo, a Pizarro se le ha venido negando todo; no habrá de fijo figura histórica más rebajada y calumniada por la leyenda. No ya sólo su labor en la conquista y colonización del Perú, sino su personalidad misma antes de emprender aquella ha sido blanco de viles reproches. Ni su origen ni su cuna se han respetado; Francisco de Gomara llega a decir que “nació en Trujillo y echáronlo a la puerta de la iglesia. Mamó una puerca ciertos días, no se hallando quien le quisiese dar leche”. Palabras que han dado origen a denigrante y falsa tradición, que el Inca Garcilaso de la Vega censura y corrige con justiciera dureza.

Además, se ha venido repitiendo caprichosamente que su infancia y juventud fueron tan ruines y oscuras que hubo de verse obligado a servir los oficios más bajos, guardando cerdos en-

tre los canchales y encinares extremeños. Debió contribuir en parte a sostener tal afirmación la relativa incultura que se achaca al caudillo trujillano. Mas ella, aun considerándola cierta, no podrá chocarnos tanto si la juzgamos con relación al nivel medio de la cultura española en aquel tiempo, y sobre todo si se compara con la de los demás conquistadores de América, cuya nota distintiva es precisamente la falta de letras, a tal punto que un Cortés algo letrado, un Ercilla poeta, un Díaz del Castillo cronista y un Quevedo letrado, son entre ellos verdaderas excepciones (1).

El Renacimiento, es decir, la resurrección de la cultura clásica y el alborear del pensamiento moderno que distinguen aquel siglo fueron más bien iniciación de privilegiados, lujo erudito de aristócratas, que alimento del pueblo, cuyo meollo no invadía ni cuya piel rozó apenas aquella brisa humanista del quinientos. La aristocracia misma ofrece lagunas en este orden, y así Francesco Guicciardini, embajador de Florencia en la corte de los Reyes Católicos, refiriéndose en su "Relazione di Spagna" a la incultura de la nobleza, decía: "non sono volti alle lettere, e non si trova né nella nobilitá né negil altri notizia alcuna, o molto píccola e in pochi di lingua latina".

Esta relativa incultura de Pizarro, que es, como vemos, un hecho generalizado en la España de aquel tiempo, ¿autoriza con todo a rebajar su condición hasta hacerle rudo y zafio porquero?

Es cierta la involuntaria ilegitimidad de su origen: Francisca González, muchacha de diez y ocho años, hija de unos la-

---

(1) Sin embargo, el presbítero D. Juan Tena sostiene que Pizarro sabía leer, basándose en el testimonio de sus secretarios Pedro Sancho y Francisco Jerez, que dicen leyó cartas el caudillo; y sostiene asimismo que sabía escribir, aduciendo como prueba la firma (que reproduce) de una carta escrita en "Cuzco a XXX días del mes de junio de mil quinientos treinta y cinco años", y el memorial que presentó Pizarro a Carlos V para ingresar en la orden de Santiago, documento que debió escribir él mismo, ya que entonces no tenía un secretario. Por último, inclinan a admitir tal aseveración la educación que Pizarro recibiera y la consideración de que un hombre de las dotes intelectuales que él reveló en su empresa, no debió necesitar gran esfuerzo para aprender a escribir.



bradores acomodados de la huerta de Trujillo, se encuentra, hacia los años de mil cuatrocientos setenta y tantos, al servicio de las monjas del Convento de San Francisco el Real, situado junto a la puerta de Coria. Inmediata al Convento está la casa solariega de un joven militar, que ha venido a descansar de sus tareas guerreras en el remanso apacible de la noble ciudad. Es el mozo apuesto y galán; se llama Goñzalo Pizarro; un día ha visto a la gentil sirvienta de las monjitas, que escucha ruborosa los requiebros del galán; los encuentros se suceden, la pasión se hace recíproca y la amorosa aventura da su fruto. Pronto nace un niño, que lleva por nombre Francisco Pizarro.

Mas, aunque nacido de amores ilegítimos, este niño lleva en sus venas sangre noble. Su abolengo, por línea paterna, se remonta a los días en que D. Pelayo luchaba por librar a España del dominio sarraceno. Sus ascendientes eran montañeses de Asturias, como lo prueban el pino, los osos y las pizarras de su blasón. Con el apelativo de Pizarros *Añascos* o añejos, los descendientes de aquellos guerreros de Covadonga vinieron a la reconquista de Trujillo en enero de 1232, bajo el estandarte del belicoso obispo de Plasencia Alonso Pérez y juntamente con los caballeros Mengos, Tapias, Monroyes, Miñanos, Bejaranos, Ramírez y Altamiranos.

Según D. Clodoaldo Naranjo, en *Trujillo y su tierra*, los Pizarros, descendientes de aquel viejo tronco de los *Añascos*, se dividieron en tres ramas: Los Pizarros Carvajales, los Pizarros Orellanas y los Pizarros conquistadores, siendo armas comunes a las tres “un escudo en campo de plata, un pino de sínople de frutos de oro, en cuyo tronco apoyan dos osos sables empinantes, y al pie de éstos sendas pizarras de color natural”. El Pizarro de más remota ascendencia, según el citado autor, fué un Gonzalo Sánchez Pizarro, nacido a fines del siglo XIII; hijo suyo fué Sancho Martines Añasco Pizarro, que destacó en los Concejos del XIV, y cuyo hijo Diego Hernández Pizarro vino a formar con su yerno Hernando Alonso Pizarro las tres ramas citadas de los Pizarros trujillanos.

Este último, Hernando Alonso Pizarro, fué el progenitor de la rama de los conquistadores, pues de su matrimonio con Teresa Martínez Pizarro tuvo un hijo de igual nombre, que a su vez tuvo tres hijos, el mayor de los cuales fué Gonzalo Pizarro, el capitán de Italia, de Flandes y de Navarra, padre del conquistador del Perú. El héroe trujillano, por tanto, aparte las circunstancias ilegítimas de su nacimiento, descendía por línea paterna de los hidalgos trujillanos Hernando Alonso Pizarro y Teresa Martínez Pizarro. Y este rango heredado será un día ennoblecido y elevado por sus propios hechos.

El origen y las circunstancias del nacimiento de Pizarro no pueden ser obstáculo para que éste recibiera cierta educación y atesorara en su infancia alguna instrucción, conforme prueba D. Juan Tena en su libro *Divulgación histórica.—Francisco Pizarro*, del cual se obtiene la halagadora convicción de que la infancia y juventud del caudillo transcurrieron en un plano social más elevado que el que la calumnia y la leyenda le han venido dando.

El historiador peruano Cuneo-Vidal dice que Francisca González, la madre de Pizarro, era hija de unos labradores acomodados de la Huerta de Trujillo. Por otra parte, el inca Garcilaso de la Vega afirma que “su padre el capitán Gonzalo Pizarro casó a su madre del marqués, que era cristiana vieja, con un labrador muy honrado, llamado Fulano de Alcántara, cuyo hijo fué Francisco Martín de Alcántara, de quien el mismo Gómara dice medio hermano de Pizarro”.

Estos datos pintan el hogar en que se formó el futuro héroe como una casa regularmente abastecida con el fruto de un trabajo honrado, inclinando a pensar que los que en ella se criaran recibirían la instrucción que la generalidad de las gentes podía alcanzar en aquel tiempo. Además—según hace notar muy oportunamente el Sr. Tena—, ¿cómo puede pensarse que no recibiera la adecuada educación quien descendía de nobles y quien había de alcanzar un día la talla gigantesca que Pizarro ofrece? De entre sus mismos parientes, acomodados e hidal-

gos, no dejaría de haber alguno que cuidase de su educación; incluso de su vestido y comida; mucho más cuando Pizarro convivió en ese primer período de su vida con sus hermanos, según se deduce de aquellas palabras de Fernando de Oviedo: “El marqués Francisco Pizarro e sus hermanos fueron unos hidalgos... compañeros, naturales de la ciudad de Trujillo en Extremadura.”

Y este plano, más digno y elevado, en que vemos transcurrió la infancia de Pizarro, viene a confirmarlo el hecho de que al llegar a su mocedad y como noble que era, aunque bastardo, figura entre los muchachos de la nobleza trujillana en aquel tiempo, llegando—como dice el citado Sr. Naranjo—a tomar parte con ellos en justas y torneos, en los que mostraba una destreza que parece lució alanceando toros en presencia de la propia reina Doña Juana la Loca. El mismo autor señala también la afirmación de que peleó en Italia junto a su padre, como parece deducirse del hecho de haber sido gran admirador del Gran Capitán, cuya indumentaria y ademanes procuraba imitar, como si lo hubiere tratado de cerca (1).

Tales hechos y deducciones, junto con los hechos hazañosos que luego llevó a cabo, arraigan en todo espíritu ecuaníme la firme convicción de que la infancia y juventud de Pizarro se desarrollaron en un plano social más elevado que el que hasta ahora se le ha venido atribuyendo. El hombre que supo alcanzar tan enorme talla en la historia no pudo pasar sus primeros años entre cerdos y canchales (2).

Los que así quisieron denigrar la juventud de aquel hombre

---

(1) En una solicitud firmada por Francisco Hernando Pizarro, nieto de Hernando Pizarro, se lee: “Francisco Pizarro, siguiendo la inclinación de sus antepasados, sirvió a los reyes católicos y al Emperador Carlos V en las guerras de Italia, y otras partes.” (Cúneo Vidal: *Vida del conquistador del Perú, D. Francisco Pizarro.*)

(2) Un hombre que, como Pizarro, “durante los setenta y tres años de su vida, dió prueba de cuanta hermosa cualidad puede enaltecer la condición humana...”, dice Cúneo Vidal, todo y cualquier principio pudo tener menos el que, sugerido por la ignorancia o la maldad, quisiera presentárnosle guardando cerdos en las dehesas de propiedad de su padre.

han querido también manchar la personalidad que él mismo se forjara con sus propios hechos. Y cerrando los ojos a la realidad de la historia y a la evidencia deslumbradora de los ideales que le impulsaron en su empresa, han considerado injustamente a Pizarro como un aventurero vulgar, sólo obsesionado por la ambición de riqueza.

La más superficial idea de su labor en la conquista y colonización del Perú basta para deshacer tan infame apelativo. ¿Puede llamarse con justicia aventurero vulgar a quien como Pizarro no vacila en arriesgar el caudal que ya posee en Panamá, juntamente con su prestigio y su propia vida, por acometer una nueva y tan difícil empresa?

¿Aventurero un hombre a quien ilumina y guía ese espíritu heroico, esa luz de gestas, que irradia de sus hazañas y que alcanza tonos inéditos e insuperables en la isla del Gallo?

Y esa sed de gloria, que es polo y norte de altas energías, y que a la vista de Túmbez, en la isla del Gallo y en tantas otras ocasiones transfigura a Pizarro, ¿puede sentirla, acaso, un vulgar aventurero? ¿Ni puede éste sentir en sí mismo aquel españolismo, aquel ideal de grandeza colectiva que siente Pizarro en presencia del Emperador y que pone en sus palabras, ante éste, tonos de cálida elocuencia?

Y ese espíritu religioso que alienta entre los azares de la conquista, que anima la actuación colonizadora de Pizarro y que se manifiesta con anhelos de lo infinito en el supremo instante de la muerte, ¿lo albergó jamás en su pecho un aventurero de presa?

¿Puede considerarse como tal a un hombre que apenas pone el pie en aquellas tierras se afana, como hemos visto, por levantar ciudades, por fomentar las fuentes de riquezas, por infundir en los indios verdades cristianas y altos principios depuradores de sus bárbaras costumbres, vertiendo generoso las esencias de la casta—sangre, idioma, religión, instituciones—para que sean un día floración espléndida del viejo tronco racial?

No. El hombre de rapiña destruye sin preocuparse de crear, y Pizarro, por el contrario, coloniza, crea, vierte allí fecundas

semillas de civilización. Pizarro, como el Cid, es un héroe que guiado por altos ideales acomete empresas esforzadas, en las que tras los peligros vencidos está no sólo el personal encumbramiento del actor—riquezas nunca vistas, honores, título de Adelantado, gobernador, capitán general y marqués—, sino también el triunfo y la grandeza de una raza.

Y si la voz de bronce del caballero de Vivar advierte en el viejo cantar a sus leales mesnaderos “mucho habemos de andar”, como augurio de una ruta larga y dura, a cuyo fin está el ensanchamiento de Castilla, también la palabra viril de Pizarro anuncia a los suyos en la isla del Gallo los azares y peligros que han de soportar hasta llegar a conquistar el imperio peruano para honra y gloria de España.

¡Bendita una y mil veces aquella sed de empresas peregrinas que sacó a la luz un mundo entero, en el que había de cuajar la savia vigorosa de una raza! ¡Benditos los que como Pizarro—éste sobre todo—pusieron su temple y su brazo al servicio de tan noble causa! Aventurero, no: Héroe, y de la más noble prosapia, es el hijo de Trujillo. El airón de su cimera ondea por siglos en la cumbre más alta de la historia.

Los hombres, al fin, le han hecho justicia y la admiración se le han rendido. De hoy para siempre la estatua que en sueño anhelante de belleza y de verdad modelara una mano prócer con blando mimo de fervor, será sanción perdurable del homenaje tanto tiempo diferido, será voz pregonera de una gloria tan discutida antes cuanto reverenciada hoy.

Y cada vez que en el horizonte se levante este sol que besa las tierras extremeñas con beso ardiente de fecundidad, la figura viril del héroe—mostrando su frente limpia de calumnia e irguiendo su busto en la típica plaza de una ciudad ennoblecida por tan puro patrimonio de gloria—será de fijo el altar donde se rece esa redentora letanía de la tradición que estimula; será el ara donde se rinda culto al pasado y en donde se escuche esa *voz sagrada de la historia* que inspira a los pueblos altas enseñanzas y acciones ejemplares.

## ENVIO

Extremadura, la de sierras bravas y llanadas de horizontes infinitos, abrupta y esbelta al arrancar de Castilla, corazón de España, para descender mansa y blanda hasta el regazo andaluz. El gesto austero de los viejos solares y las pardas aldeas del Norte, rima en tu rostro con la sonrisa luminosa del blanco caserío ribereño del Guadiana; y en tu alma se aúnan el porte hidalgo y el recio tesón de la madre Castilla con la impulsión generosa y exaltada de la hermana Andalucía. ¡Tierra ardiente y fecunda, religiosa por tus misterios, hechicera por tus secretos, maestra por tus silencios!

Extremadura madre, vivero insigne de las tres superioridades humanas: heroísmo, santidad, genio. Cuna inmortal de héroes que supieron crear linajes, conquistando un mundo para España: los Pizarros y los Cortés, los Balboa y Alvarados y Valdivia y Orellana. Patria de sabios y poetas que enriquecieron la ciencia y ennoblecieron el arte: los Montano y los Brocenses, los Naharros y los Miranda, Zurbarán, Morales, Espronceda y Carolina Coronado. Cuna de santos que, como Pedro de Alcántara, supieron arraigar en tu pardo terrón la blanca florecilla de humildad amorosa que en Asís plantara la mano bendita del dulce *poverello*.

Extremadura madre, espejo de hidalguía, relicario de fe, joyero de arte, señorial y austera en las piedras de oro de Trujillo y de Plasencia, de Mérida y Cáceres; altiva y noble en las almenas de Alburquerque y de Montánchez; recogida y mística en el oratorio de las Villuercas, trono de una Virgen morena y chica, donde el alma embelesada reza emociones y canta plegarias...

Tu potencia genitora antaño es al presente recogimiento fecundo y digno; pero hay todavía en los frescos rincones de tu alma savia capaz de revivir la grandeza pasada. Bastará para ello que tus hijos vuelvan a poner en acción aquella voluntad

soberana que elevó todo un mundo a la luz de la cultura, esa voluntad cuyo más cumplido representante es este insigne FRANCISCO PIZARRO, que desde hoy muestra su figura, modelada en bronce, en medio de la plaza trujillana y entre torres y palacios cuyas piedras hizo de oro la alquimia bruja de los siglos para que fueran un día dosel digno de hijo tan preclaro.

## BIBLIOGRAFIA

### OBRAS CONSULTADAS PARA REDACTAR EL PRESENTE ENSAYO

- Altamira (R.): *Historia de la civilización española.*  
Blanco Fombona (R.): *El conquistador español del siglo XVI.*  
Cieza de León (P.): *Crónica del Perú.*  
Cúneo Vidal (R.): *Vida del conquistador del Perú D. Francisco Pizarro.*  
Garcilaso de la Vega (I.): *Comentarios reales del Perú.*  
López de Gómara (F.): *Historia general de las Indias.*  
Lummis (Ch. F.): *Los exploradores españoles del siglo XVI.*  
Naranjo (C.): *Trujillo y su tierra.*  
Pereyra (C.): *Francisco Pizarro y el tesoro de Atahualpa.*  
Pereyra (C.): *Historia de América española.*  
Salaverría (J. M.): *Los conquistadores.*  
Tena F. (J.): *Divulgación histórica. Francisco Pizarro.*





ACCESIT PARA LOS TRABAJOS  
DE LA SEGUNDA PARTE

---

A la poesía número 7.—Lema: *Hispania Victrix*.—Autor: Fray Juan Gil  
Prieto. Real Monasterio de El Escorial.



## A FRANCISCO PIZARRO

¡Gloria y honor a ti, varón insigne  
de la España triunfal de otras edades,  
orgullo de la histórica Trujillo  
y alta prez de una estirpe de gigantes!...  
Tu excelso nombre al pronunciar mis labios  
y al recordar tus gestas inmortales,  
surgir siento en el fondo de mi mente  
aquellas brillantísimas falanges  
de robustos iberos paladines  
dignos hermanos de tu noble sangre;  
los de Otumba, Granada y de Pavía  
y de Lepanto, Ceriñola y Flandes...  
Tu figura viril, ¡oh gran Pizarro!,  
en medio de esa raza de titanes,  
imponente levántase y sublime  
con la severa majestad de Marte.  
¿Qué mágico pincel o excelso numen  
la fúlgida epopeya inenarrable  
pudo cantar, que tu invencible diestra  
grabó en las cimas de los altos Andes?...

Curtido el rostro varonil y austero  
por los rayos del sol caniculares;  
templada la viril musculatura  
en esforzado trabajar constante;

la frente altiva y el semblante adusto,  
la apostura marcial y regio el talle,  
¡ved al hijo sin par de Extremadura  
como un héroe de Grecia levantarse  
a combatir, cual campeón glorioso,  
en pro de los más altos ideales!...  
La ruta sigue que Colón abriera  
con las frágiles quillas de sus naves  
a través de la inmensa superficie  
de océanos ignotos e insondables.  
Por sueños arrullado de altas glorias  
arrostra denodado el oleaje  
del mar embravecido y las penurias  
que mira en lontananza dibujarse.  
Nada detiene su triunfal carrera,  
y el hijo grande de la España grande,  
sintiendo que en su pecho los obstáculos  
le sirven a su esfuerzo de acicate,  
recorre sin temores y animoso  
de América los bosques seculares,  
de Colón, de Cortés y de Zaldívar,  
emulando los lauros inmortales...  
¡Oh héroe de la España de otros tiempos,  
no hallaste quien tus glorias aventaje!...  
Desde los campos de la humilde tierra  
que vió nacer tu corazón gigante  
y formó tu ciclópea contextura  
con fibras de sus viejos encinares,  
hasta los agrios y fragosos riscos  
que las cumbres coronan de los Andes,  
la planta de tu genio soberano  
un reguero de luz trazó imborrable,  
que deslumbró con su fulgor los orbes  
y de la historia patria los anales...  
¡América gentil! Sobrecogida

de profundo estupor tú contemplaste  
las espléndidas páginas de gloria  
que a través de tus bosques seculares  
en desigual y persistente lucha  
escribiera su acero inquebrantable...  
Tú los furores domeñar le viste  
del hondo mar y roncadas tempestades,  
subir abruptos y empinados montes  
con los recios empujes de un Atlante;  
surcar rugientes e ignorantes ríos,  
cruzar rocosos y extendidos valles  
y por sed abrasado de conquistas,  
a la sublime del Perú lanzarse,  
de un puñado seguido de valientes  
en cuyas venas la española sangre  
con ímpetus ardía juveniles  
de triunfos en anhelos insaciables.  
Allí de pasmo sin igual henchida  
con sublime bravura le miraste  
de tus montañas dominar las crestas,  
y al siniestro fulgor de cien volcanes,  
en sus agrestes milenarias rocas,  
enclavar de Castilla el estandarte.  
Y la enseña le viste refulgente  
tremolar de la cruz, y a los cobardes,  
con los acentos animar fogosos  
de concisas arengas penetrantes,  
y luchar cual león embravecido,  
y ceñirse de lauro en mil combates  
dignos de la alta inspiración de Homero  
y del áureo buril de Miguel Angel...  
¡Hosanna, triunfador esclarecido!...  
Con efusiva gratitud de madre  
América bendice hoy tu memoria  
y exalta tus proezas eternas.

En lo más hondo de su entraña vive  
unido tu recuerdo venerable  
al dulce de Colón y de Alvarado,  
y Cortés, y Valdivia, y Magallanes.  
¡Oh nombres sin iguales en la Historia;  
símbolos de heroísmo incomparable;  
vosotros en América infundisteis  
vuestra audacia y valor con vuestra sangre!  
Pusisteis en sus labios de Castilla  
la lengua varonil, austera y grave;  
la luz del Evangelio redentora  
en su robusto corazón clavásteis.  
Y de Oriente a Occidente recorriendo  
las ubérrimas selvas tropicales,  
de vuestra voz al mágico conjuro,  
sublime apareció, bella y radiante  
la América de vuestras ilusiones,  
emporio de bellezas singulares  
y templo del saber do vigorosas  
las ciencias florecieron y las artes  
al calor de la hispánica bandera,  
que entonces, en sus pliegues virginales,  
del claro sol cautivo retenía  
el luminoso disco inmensurable...  
¡Oh, Pizarro inmortal! ¿Quién tu memoria  
(blasón insigne de la España grande)  
de cieno quiso mancillar inmundo  
y la pureza de tu noble sangre...?  
¿Quién vió heroísmo como tu heroísmo,  
viril y generoso sin alardes,  
por la firme entereza abrigado  
e ingénita bondad de tu carácter...?  
¿Qué genio, cual tu genio prepotente,  
encarnó las egregias cualidades  
que fueron patrimonio el más augusto

de aquellos paladines indomables,  
entre las rudas y agrietadas rocas  
nacidos del Auseba y Roncesvalles...?  
¡Salve, héroe inmortal! Las negras nubes  
que en torno de tus hechos sin iguales  
con lengua maldiciente la calumnia  
difundiera en pretéritas edades,  
huyeron por los rayos disipadas  
del sol de la verdad siempre triunfante;  
y al fluir de los tiempos, que rodando  
en curso tan veloz, cual huracanes,  
de tu imponente y colosal figura  
ven los mundos la prez agigantarse  
con nuevas fulgidísimas coronas  
de radioso laurel inmarchitable...  
El pueblo ilustre que nacer te viera  
con nobleza gentil que el orbe aplaude,  
hoy se apresta, de júbilo inundado,  
a ensalzar tus hazañas inmortales.  
Allí desde hoy contemplarán las gentes  
tu bizarra figura levantarse,  
y los destellos de tu excelsa gloria  
con lumbré refulgir la más radiante.  
Allí de tus grandezas el recuerdo  
alentará con vida perdurable,  
por hábiles cinceles esculpido  
en duros bronce y en eternos mármoles,  
para que sea estímulo ardoroso  
de la España presente, que renace,  
ante la faz del mundo con los bríos  
y el genio sin igual de otras edades...  
¡HAGA DIOS, HÉROE INVICTO, QUE ALUMBRADOS  
DE TUS EJEMPLOS POR LA LUZ BRILLANTE,  
OTRA VEZ SUS INDÓMITOS LEONES  
LAS ALTAS CIMAS DE LA GLORIA ESCALEN!...





## EPILOGO

Los precedentes trabajos, premiados en el Concurso, se insertan tal cual salieron de la pluma de sus autores.

Patentes están a los ojos del cuidadoso lector la diversa manera de enfocar que cada autor tiene unos mismos hechos del gran conquistador, y hasta las contradicciones que existen en el señalamiento de fechas en que tuvieron lugar acontecimientos culminantes de su gloriosa vida.

Como el cometido del Jurado calificador no era el ejercer de árbitro en las contiendas históricas entabladas entre los investigadores de la vida de Pizarro, ni definir en las materias que se han propuesto a pública controversia, la adjudicación de los premios otorgados, no implica en el Tribunal solidaridad con todo el contenido de los trabajos premiados ni en cuanto a la adopción de fechas, aun discutibles, ni en la admisión de hechos aun no comprobados, ni en la explanación de teorías filosóficas, pedagógicas y sociales que se asientan para en ellas fundamentar con mayor o menor acierto el método deductivo a que suele apelarse cuando se carece de documentación fehaciente y adecuada.

Entre los trabajos no premiados hay, sin duda, algunos con mayor abundancia de documentos; otros, expresados en ciertos períodos con mayor brillantez o estilo más galano, pero en el estudio comparativo a que han sido sometidos por el Jurado, examinándolos en sus múltiples aspectos, han triunfado sin discusión, por abarcar todas las condiciones del Concurso en for-

ma más sumaria y concreta los preinsertos, haciéndose por sus méritos acreedores a los premios y honores otorgados para los triunfadores por el excelentísimo Ayuntamiento.

\*  
\*\*

Con arreglo a las bases sobre las cuales se ha desarrollado este Concurso o Certamen literario, los trabajos premiados pasan a ser propiedad del excelentísimo Ayuntamiento de Trujillo, y, por tanto, todos los derechos de propiedad literaria que conceden las leyes al autor de cualquier publicación serán ejercitados por la corporación municipal antes dicha, a quien pertenece este libro.

FIN

# INDICE

Páginas.

## *Inauguración oficial del monumento a Pizarro.*

Concurso literario..... 5

### *Temas para el Concurso.*

Primera parte: Trabajos en prosa..... 7

Segunda parte: Trabajos en verso..... 8

Jurado calificador ..... 8

### *Relación de los trabajos que han concurrido a este Certamen, por el orden de su recepción.*

A la parte primera..... 9

A la parte segunda..... 9

Fallo del Jurado..... 10

### *Relación de trabajos premiados y sus autores.*

Primera parte..... 11

Segunda parte..... 11

Accésit para los trabajos de la primera parte..... 11

Accésit para los trabajos de la segunda parte..... 12

## PARTE PRIMERA

### TEMA PRIMERO

*Premio: Al trabajo número 18.—Lema: INCA SILU.—Autor: don  
Luis Hernández Alfonso, Divino Pastor, 9 duplicado, primero.  
Madrid.*

A manera de prólogo..... 15

I.—Francisco Pizarro..... 18

II.—Los españoles y América..... 23

III.—Pizarro en América..... 26

IV.—Pizarro, guerrero..... 33

	Páginas.
V.—Pizarro, diplomático.....	43
VI.—La obra de Francisco Pizarro.....	49
Bibliografía .....	53

### TEMA SEGUNDO

*Premio: Al trabajo número 10.—Lema: A MI MADRE Y A TRUJILLO.  
Autor: D. Fermín Corredor Lebrón, Peñón, 28, tienda. Madrid.*

Presentación .....	57
Ideales que impulsaron a Pizarro a la conquista y colonización del Perú .....	58
Falsa leyenda de que fuera un porquerizo ni un aventurero.....	68
Labor colonizadora que llevó a cabo en aquel Imperio.....	81
Justificación adecuada.....	83
Final .....	87

### TEMA TERCERO

*Premio: Al trabajo número 8.—Lema: BAJO EL ARCO DE FERNÁN.  
Autor: D. José García Morgado, San Ildefonso 2, Plasencia.* 89

## PARTE SEGUNDA

### TEMA PRIMERO

*Premio: A la poesía número 20.—Lema: GLORIA.—Autor: Reverendo Padre Conrado Rodríguez, agustino; Real Monasterio de El Escorial.*

El último beso de Pizarro.....	133
--------------------------------	-----

### TEMA SEGUNDO

*Premio: A la poesía número 56.—Lema: IN MEMORIAM TUAM.  
Autor: D. Ricardo G. Salavert, académico de honor de la Real Academia Hispano Americana de Ciencias y Artes. Plegadere, 24, segundo. Toledo.*

A la señora Rumsey.....	139
-------------------------	-----

### TEMA TERCERO

El premio correspondiente a este tema se declara desierto por no encontrar el Jurado méritos suficientes para otorgarlo a ninguna de las diez poesías que concursan a él.....	143
---	-----

ACCESIT PARA LOS TRABAJOS DE LA PRIMERA  
PARTE

*Al trabajo número 2.—Lema: FIGURAS DE GESTA.—Autor: D. José Blázquez Marcos, archivero de la Diputación provincial. Cáceres.*

Propósitos .....	147
Los paladines rehabilitados.....	148
El peregrino de la gloria.....	151
Ideales que impulsaron a Pizarro a la conquista y colonización del Perú .....	155
La pasión de gloria.....	157
Heroísmo.—Sed de aventuras.....	160
Sentimiento patrio.....	172
Espíritu religioso.....	174
Labor colonizadora de Pizarro.....	178
Falsa leyenda de que fuera un porquerizo ni un aventurero.....	186
Envío .....	194
Bibliografía .....	195

ACCESIT PARA LOS TRABAJOS DE LA SEGUNDA  
PARTE

*A la poesía número 7.—Lema: HISPANIA VICTRIX.—Autor: Fray Juan Gil Pietro. Real Monasterio de El Escorial.*

A Francisco Pizarro.....	199
EPÍLOGO .....	205



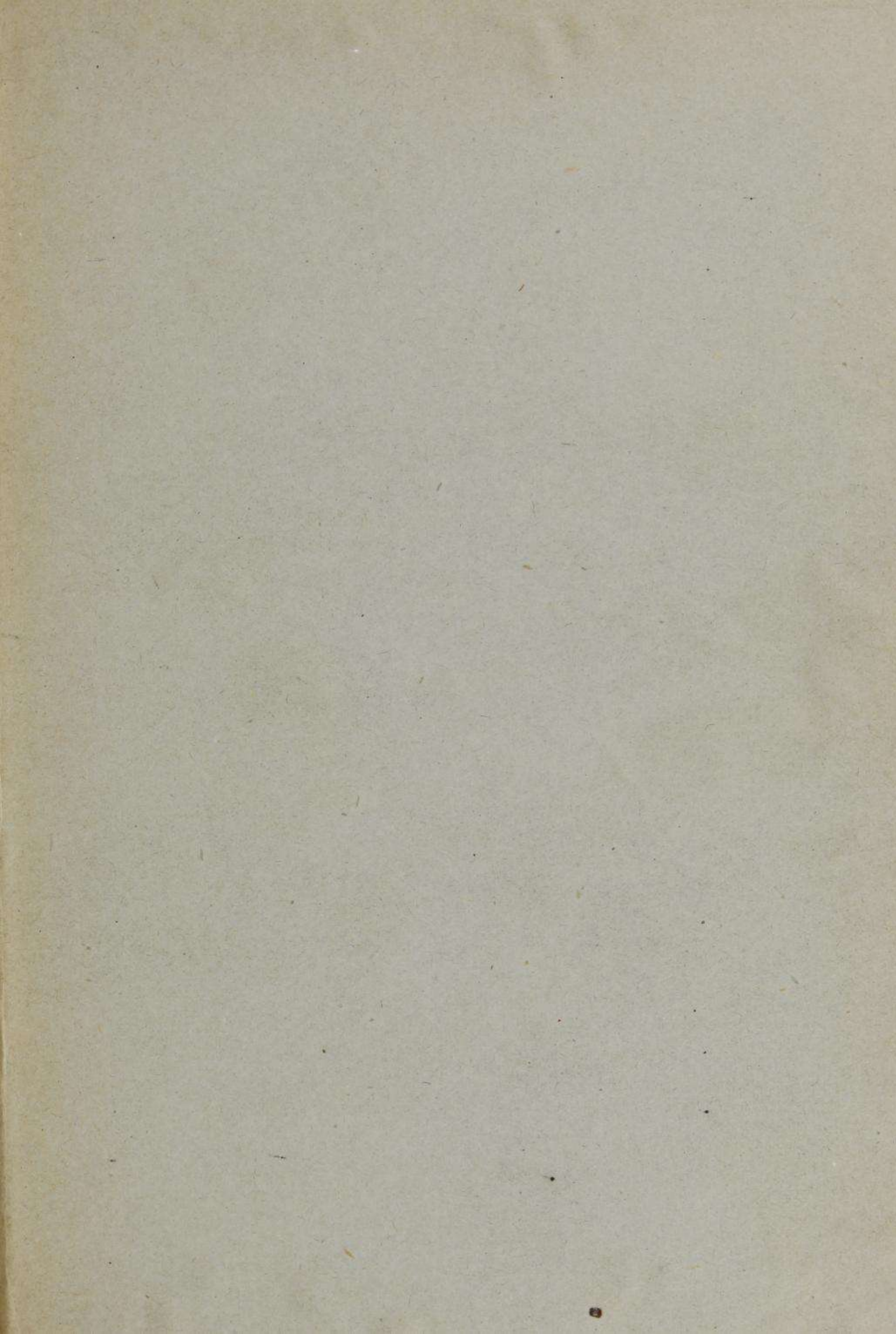














05



515